

30 años
CONCURSO

HISTORIAS DE
NUESTRA TIERRA

Me lo contaron mis abuelitos



★ 2022 ★



Me lo contaron mis abuelitos

Los cuentos y dibujos que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas y jóvenes de todo Chile para el concurso Historias de Nuestra Tierra.

★ 2022 ★

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura



Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

Coordinación de contenidos
Área de Cultura y Extensión, FUCOA

Diseño y diagramación
Área de Diseño, FUCOA

Ilustración de portada
Francisca Villalón Oligier

Ilustraciones
Daniela William
Tomás Olivos Achurra
Mariel Sanhueza Venegas
Alfredo Cáceres Urrutia
Patricia Aguilera Álvarez
Paula Bustamante Jaña
Juan Carlos Cortés Sarria
Paulina Leyton Pérez
Sol Díaz Castillo
Dannaé Álvarez Rivas

Edición
Área de Cultura y Extensión, FUCOA

Corrección de textos
María Pía Albarracín

Derechos reservados

El presente libro no puede ser copiado, reproducido, distribuido, publicado, difundido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción sin la autorización escrita de FUCOA.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 2023-P-2640
ISBN: 2022 978-956-7215-79-9

Marzo de 2023, Santiago de Chile

Imprenta Feysler.

Índice

PRESENTACIÓN MINISTERIO DE AGRICULTURA	7
IV VERSIÓN CATEGORÍA DIBUJO	
JURADO	10
PALABRAS DEL JURADO	11
GANADORES EDUCACIÓN BÁSICA	12
GANADORES EDUCACIÓN MEDIA	22
XXX VERSIÓN CATEGORÍA CUENTO	
JURADO	34
PALABRAS DEL JURADO	35
PREMIOS NACIONALES	
Mi abuelo buzo escafandra , Ignacia Oyarzo Vargas. Región de Aysén	37
El primer incendio , Antonia Varela Carvajal. Región de Tarapacá	41
Mi abuelo Vicente y su chalupón Mar Bella Luisa , Kevin Barría Bahamonde. Región de Los Lagos	45
Desde Haití hasta Quemchi, la aventura de Walna , Florencia Ibacache Lucero. Región de Valparaíso	49
La puerta entre dos mundos , Sebastián Ávalos. Región de Antofagasta	53
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
Croando una tarka , Félix Lizana Paredes	57
Cuento de choclos , Nickolas Jamett Vaure	61
Nuevas vistas , Nicolás Gutiérrez Mondaca	65
REGIÓN DE TARAPACÁ	
¿Cómo quieres que viva así? , Sigrid Tapia Samit	69
La caja de luz , Jazmín Estrada Quispe	73

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

La Añañuca y yo, José Carmona Femenias	75
Constelación de los deseos, Yomahyra Mamani Rosa	79
¿Existirá un encuentro entre los vivos y los muertos?, Antay Araya Soto	83

REGIÓN DE ATACAMA

La vieja Amanda, Anaís Tello Varas	87
Del misterio y la vida del pirquinero atacameño, Eduardo Castillo Rojas	91
Las monedas de oro, Joely Araya González	95

REGIÓN DE COQUIMBO

Los dinos jurásicos en la comuna de Combarbalá, Gaspar Arroyo Banda	99
Las costumbres de mi pueblo, Cristóbal Pizarro Castillo	101
Conociendo el campo chileno, Víctor Álvarez	103

REGIÓN DE VALPARAÍSO

José y la propuesta del diablo, Antonella Díaz Gallardo	107
La noche del diablo, Catalina Navarrete Troncoso	111
Desde mí, Thiara Arriagada de la Paz	115

REGIÓN METROPOLITANA

El cementerio del Mandinga, Sofía Flores Cautre	117
Lo que el mar oculta, Sofía Flores Cautre	123
Un duende mi abuelo, Manuel Manzo Núñez	129

REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O´HIGGINS

La milagrosa de Doñihue, Isabel Becerra Pérez	131
El potrero embrujado y la poción de la vieja Juana, Ignacia Vásquez Soto	135
Persecución alocada, Isidora Jara Soto	139

REGIÓN DEL MAULE

Weñi Kutral, el niño que pudo controlar el fuego, Sofía Venegas Sanhueza	143
La loica aventurera, Máximo Silva Abaca	149
El pozo de la culebra colorada, Agustín Castro Yáñez	153

REGIÓN DE ÑUBLE

El jinete misterioso, Camilo Cortés Tapia	155
Ceci y la flor mágica, Paola García Araya	159
De tus ojos, Diego Villa Ceballos	161

REGIÓN DEL BIOBÍO

El arcoíris, Jim Vega Jara	165
Escape fortuito, Benjamín Quintrileo Guzmán	167
Lucas, el caballo, Víctor Moraga Jara	171

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Pequeñas manos frías, Francisco Cravero Huenuqueo	173
El zorro futbolista, Génesis Cabrera Fontevalba	177
El culebrón, Maira Espinoza	179

REGIÓN DE LOS RÍOS

Millaguir el zorro, Vicente Painemal Rifo	181
El cuero vivo, Gido Escares Lincocheo	183
Eluney, el regalo del cielo, Emilia Pérez Valdebenito	185

REGIÓN DE LOS LAGOS

Los secretos de mi abuelita, Francesco Melato Muñoz	189
Los ojos en el bosque, Renata Sasmay Davagnino	193

REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

La parte secreta de sendero, Alicia Steinmeyer Morgado	197
El equipo Condell, Tomás Matus Alfaro	201

REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

La lluvia del campo, Bastián Oyarzo	203
El coleccionista, Benjamín Pérez González	205
La montaña imposible de escalar, Cristóbal Puentes Guzmán	207

PRESENTACIÓN

Ministerio de Agricultura

Historias de Nuestra Tierra tiene más de 30 años de vida, tiempo en el que se acumulan más de 30 mil obras, todas resguardadas en la Biblioteca Nacional, cuyos autores han participado desde 1992.

Y solo si tomamos en cuenta quiénes participaron en la versión 2022 del Concurso, nos encontramos con que más de la mitad del total de participantes fueron niños menores de 14 años, 2440 sobre casi 4500.

Anima y alegra saber que una enorme cantidad de niños, niñas y jóvenes recrean la vida rural, la narran y la dibujan, fortaleciendo su vínculo con el territorio, tendiendo puentes con las raíces de nuestra cultura.

Las historias y dibujos que recoge esta publicación, reflejan sus vivencias o lo que han escuchado de sus mayores y tras las leyendas, mitos, tradiciones y relatos del cambio que se está produciendo en nuestra ruralidad, afloran los ejes que sustentan la vida del campo chileno: solidaridad, armonía con la naturaleza, espiritualidad. Y también aparecen los claroscuros de una cultura que está en camino de reconocer realidades que requieren corregirse para que cada persona sea respetada en su plena dignidad.

Esperamos que la creatividad y la mirada positiva que niños, niñas y jóvenes manifiestan en estas obras acerca de la ruralidad se multipliquen. Y que esa valoración sea un anuncio de lo que nuestro país necesita: muchos niños, niñas y jóvenes que amen el campo y vean en él una fuente de valores, pero también el espacio adecuado para su propio desarrollo futuro, como protagonistas del reverdecer del mundo rural.

Esteban Valenzuela Van Treek
MINISTRO DE AGRICULTURA

Claudio Urtubia Cornejo
DIRECTOR EJECUTIVO FUCOA



IV VERSIÓN

Categoría Dibujo

OBRAS CREADAS POR ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN BÁSICA Y MEDIA

Jurado nacional categoría Dibujo

Francisca Aninat

Realizó un BA en Historia del Arte de la Universidad de Maryland; es Licenciada en Artes Plásticas de la Pontificia Universidad Católica de Chile y tiene un máster en Artes en Central Saint Martins College of Art and Design (Londres). Vive y trabaja en Chile y ha participado en diversas exposiciones nacionales e internacionales. Desde el 2010 ejerce como profesora de la Facultad de Filosofía y Humanidades en la Universidad Alberto Hurtado.

Claudia Lira

PhD en Estética y teoría del arte. Académica del Instituto de Estética e investigadora del Centro de Estudios Asiáticos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Directora en Chile del Proyecto Educación de los Sentimientos de Japón y del Concurso Internacional Museo de Bellas Artes de Atami, Japón. Trabaja actualmente en proyectos de interdisciplina a fin de introducir la educación estética en la formación, en la agricultura urbana educativa, en la alimentación saludable, en la salud.

Diego Echeverría

Licenciado en Artes Visuales y Productor visual de la Universidad de Concepción y Diplomado en Diseño Gráfico. Ilustrador y aprendiz de muralismo chileno con Alejandro "Mono" González y Luis Núñez San Martín. Director Artístico y fundador de TOSCA Contenido Multimedia. Es Director de Arte e Ilustración de la Fundación ProCultura, donde desde 2018 ilustra con directo énfasis en el rescate identitario de los territorios y la cultura del país.

Loreto Salinas

Arquitecta de la Universidad Central de Chile e ilustradora. Se ha dedicado principalmente a la ilustración infantil, donde ha creado libros y proyectos que difunden la flora y fauna de distintos lugares del mundo, de una manera entretenida y visual, entre los que se encuentran los títulos *Animales Americanos* y *Jardín de Chile*. Ha sido distinguida en dos ocasiones con el Premio Colibrí y con el Destacado ALIJA.

Luisa Ayala

Artista egresada de la Escuela Municipal de Bellas Artes de Valparaíso y profesora de Plástica Infantil y Adolescente en las escuelas de Bellas Artes de Valparaíso y Limache. Ha expuesto en el Instituto Cultural de Las Condes, Hotel O'Higgins de Viña del Mar, Hotel Galerías de Santiago, en la Galería 25 del Instituto Chileno de Cultura Hispánica, entre otros. Lleva más de treinta años implementando la técnica mixta usando materiales como la creta, arpillera, tierras de color y grabado.

Palabras del jurado categoría Dibujo

Cada obra es una experiencia que nos habla de sensaciones, emociones y sentimientos. Nos conecta con alguien “prendado/a” de sus raíces, de las palabras de sus ancestros/os, de su suelo/cielo, de su paisaje, de sus costumbres. Sus vivencias reviven y quedan vibrando en sus obras para que otros/as aprendamos quienes somos. Cada obra es una invitación, nos incitan a buscar esos lugares, a recorrerlos, a sentir en carne viva lo que ahí vemos retratado.

Este año llegaron obras que eran trozos de vida, con nombres que venían de otros tiempos. Fiestas religiosas, labores donde el cuerpo se revitaliza y siente la vida de manera dura, áspera pero que, al mismo tiempo, pasado el cansancio, nos hacen sentir que vale la pena vivir.

Nunca es una decisión rápida ni fácil seleccionar las obras, nos quedamos sin tiempo, es decir, olvidamos que tenemos un tiempo acotado para decidir y hablamos sobre ellas sin parar. Quisiéramos que todas las personas de Chile pudiesen verlas para reencantarnos con nuestro territorio y nuestras costumbres. A través de ellas comprendemos que somos ricos, con una biodiversidad compleja, de belleza fuerte, profunda, a veces intensa. Estamos llenos de pequeños y grandes rituales y eso lo apreciamos en sus obras. Quedamos impresionadas/os, llenas/os de entusiasmo pensando en cómo mejorar la selección para que más y más talentos puedan ser reconocidos.

Siempre les he dicho a quienes participan del concurso que ya participar es ganar. Porque cuando tomamos el lápiz y el pincel y nos lanzamos a crear es ingresar en la humanidad. Somos seres hechos para crear. Por otro lado, cuando plasmamos nuestras raíces estamos recordando, trayendo desde el fondo de nuestra memoria aquellos momentos en que vivimos con todos nuestros sentidos alertas, por eso recordamos. Ellas fluyen desde nuestra memoria hacia la hoja, a través de los lápices, por la pintura, renovando los lazos con la tierra, con la familiar, con la comunidad, con lo que nos hace chilenas/os y que no es una canción nacional o una bandera, aunque los símbolos son importantes para cada grupo humano. Lo que nos hace cultura viva es aquello que ustedes, recuperan y ponen en valor al dibujarlo o pintarlo y compartirlo. Podría toda esa riqueza quedar encerrada en sus cuerpos/corazones, pero los abren y en ese abrir y compartir construyen una historia común. La cultura chilena viva, vivida y reconocida en cada territorio es lo que nos ayudará a sanarnos. Escuchar, reconocer y valorar la riqueza de la diferencia, como la de nuestro territorio de norte a sur: biodiverso e intercultural. Gracias por compartir su vida con nosotras/os.

Claudia Lira Latuz
Presidenta del jurado

EDUCACIÓN BÁSICA



PRIMER LUGAR NACIONAL

Domingo de Ramos en Islas Desertores

La celebración de Domingo de Ramos en las Islas Desertores responde a una tradición de unión de las seis islas que componen el archipiélago Desertores, donde año a año se convoca a una procesión en el mar, y luego la santa misa de Domingo de Ramos. Actividad en que los habitantes de: Chulín, Chuit, Imerquiña, Nayahue, Autení y Talcán, comparten una comida comunitaria y realizan intercambios de experiencias y formas de vida con sus vecinos. Todo se realiza en el mar, se agitan ramos, se cantan canciones y se celebra en comunión.

Jordan Zúñiga Vivar
Chaitén, Región de Los Lagos
13 años

EDUCACIÓN BÁSICA



SEGUNDO LUGAR NACIONAL

Creencia nortina

La religiosidad del norte de Chile ha trascendido mediante pasan los años, aún conserva ese sentimiento de reverencia, humanidad y amor. Algunas costumbres continúan, vivificando la cosmovisión nortina. Este sentimiento no se idealiza, ama al mundo tal cual es.

Teresita Farías Martínez
San Rafael, Región del Maule
13 años

EDUCACIÓN BÁSICA



TERCER LUGAR NACIONAL

La amansa

La amansa es una actividad típica de los campos agrícolas, significa "domesticar o quitarle la bravura natural" a un novillo joven. La finalidad de la amansa es que el novillo quede dócil y apto para el trabajo. Se enyuga con un buey experimentado para que aprenda obediencia y logre el mismo nivel del buey adulto en el transporte de carga u otras faenas. Esta actividad se ha realizado desde siempre. El dueño no queda conforme hasta lograr el objetivo con su novillo.

Simón Rivas Contreras

Lautaro, Región de La Araucanía

8 años

EDUCACIÓN BÁSICA



PREMIO ESPECIAL ADAPTACIÓN VISUAL

Minga chilota

Este dibujo representa una antigua tradición y parte de una labor campesina, es decir, personas dispuestas a ayudar a gente de su misma comunidad sin pedir nada a cambio. Yo quise plasmar en mi dibujo esta gran labor que demuestra la solidaridad de nuestro pueblo chilote y que se ha ido perdiendo en el tiempo por las nuevas generaciones. En el dibujo se puede ver una típica casa chilota de madera tirada por yuntas de bueyes guiadas por los campesinos al mar.

Antonia Vásquez Scholz
Quemchi, Región de Los Lagos
11 años

EDUCACIÓN BÁSICA

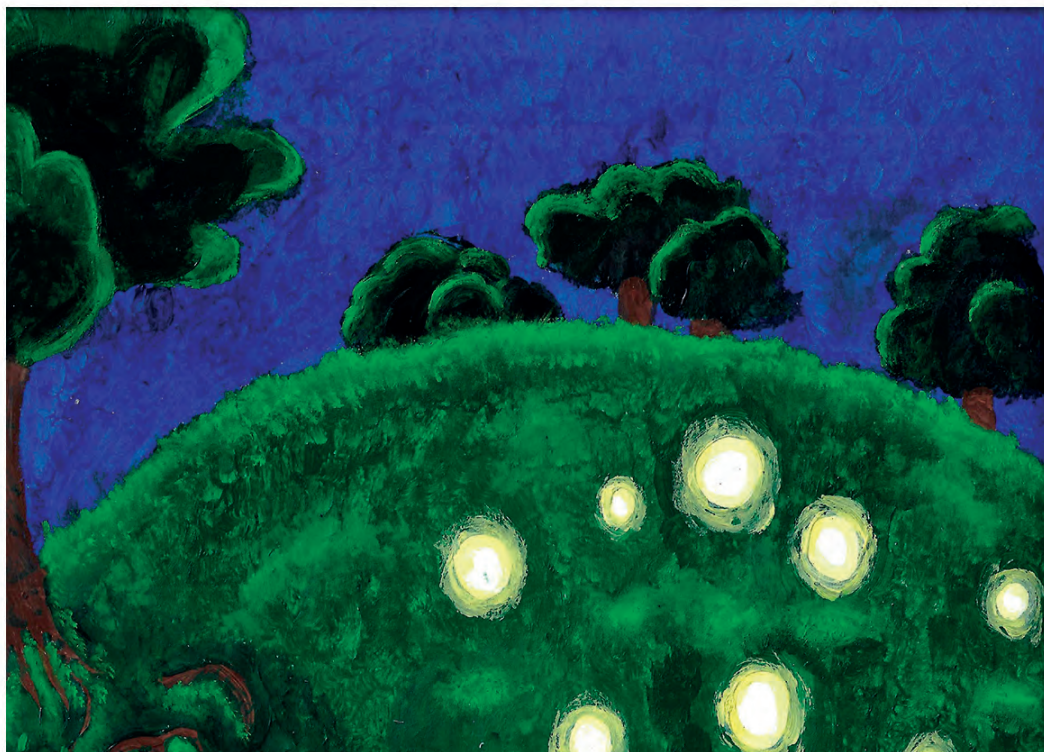


PREMIO ESPECIAL COLOR
Onces de campo

Quise mostrar en mi trabajo una típica escena a la hora de onces en la casa de mis amados abuelos, quienes muestran su amor a la familia a través de una mesa muy generosa, con pan amasado y la mantequilla que nunca debe faltar para untar el pancito recién salido del horno, un buen mate y el rico pebre favorito de papá.

Nuvia Ponce Riquelme
 Rancagua, Región de O'Higgins
 13 años

EDUCACIÓN BÁSICA



PREMIO ESPECIAL EXPRESIONISTA

Camino a las tumbas

En las zonas rurales de Chile, durante las noches, aparecen luces para guiar a las personas a las tumbas olvidadas en las que se encuentran tesoros incalculables.

Sayen Catalán Meza

San Pedro de la Paz, Región del Biobío

14 años

EDUCACIÓN BÁSICA



PREMIO ESPECIAL TÉCNICA GRÁFICA

El campo

Sin descripción.

Constanza Peñaipil Díaz
Los Ángeles, Región del Biobío
13 años

EDUCACIÓN BÁSICA



PREMIO ESPECIAL PAISAJE

La fiesta de la virgen del Rosario

Sin descripción.

Omar Aravena Olmos

Arica , Región de Arica y Parinacota

15 años

EDUCACIÓN BÁSICA



PREMIO ESPECIAL TÉCNICA DIBUJO

Noche de trineos en invierno

En esta obra quise reflejar una tradición invernal que hacemos en mi ciudad de Porvenir, que son competencias en trineo, nos tiramos desde una calle empinada para divertirnos y pasarlo bien en familia y con los amigos. Es muy, pero muy entretenida pese al frío que hay, incluso nos olvidamos de lo rápido que pasa la hora.

Cony Agüero Ojeda

Porvenir, Región de Magallanes

12 años

EDUCACIÓN BÁSICA



PREMIO ESPECIAL TÉCNICA NARRATIVA

Extracción de guano en la silla del diablo

El islote Nihuel, Piedra de Calto o la Silla del Diablo, es una formación rocosa en el Archipiélago Desertores que tiene forma rectangular. En su base superior nidifican centenares de aves marinas, su guano era ampliamente cotizado antes de la llegada del abono químico. Forma parte del patrimonio de nuestro pueblo insular en la comuna de Chaitén.

Kevin Barría Bahamonde
Chaitén, Región de Los Lagos
14 años

EDUCACIÓN MEDIA



PRIMER LUGAR NACIONAL

Procesión San Pedro, patrono de los pescadores

El 29 de junio nuestras embarcaciones se embellecen con banderines de colores y guirnaldas hechas de ramas, confeccionadas por los dueños de las embarcaciones. Es un día de fiesta para la isla, los pescadores viven con profundo recogimiento y emoción, agradeciendo la abundancia de los recursos marinos y también la protección que nos entrega el patrono de los pescadores.

Sofía Hernández Quedimán

Guaitecas, Región de Aysén

14 años

EDUCACIÓN MEDIA



SEGUNDO LUGAR NACIONAL
Recuerdo de campo

En el dibujo quise retratar el conocimiento que tengo de la zona rural chilena, además de expresar la admiración y el apego que tengo al campo. A pesar de ser muy trabajadoras las personas siempre te van a dar una cálida bienvenida o despedida, son preocupados y sonrientes. Mi intención no es retratarlo como una foto, sino que indagar más en mis recuerdos y evocar más a los sentimientos.

Isabel Mendonza de la Jara
San Bernardo, Región Metropolitana
15 años

EDUCACIÓN MEDIA



TERCER LUGAR NACIONAL

Batea

Abuelita, lavando ropa en batea de madera al lado de un fogón con teteras para tomar mate. Una idea llena de vida e historia la cual con el tiempo ha perdurado en el corazón de algunos, Abuelita Albina.

María José Villegas Mieres
Los Ángeles, Región del Biobío
16 años

EDUCACIÓN MEDIA



PREMIO ESPECIAL COLOR

El origen

En mi dibujo quise representar el mito que muestra el origen de la creación de los montes y montañas en la cultura mapuche. Se trata de la gran batalla entre las serpientes, Caicai y Trentren vilu. Esta historia siempre estuvo muy presente en mi periodo de educación básica, ya que provengo de la Araucanía, de una pequeña escuela de campo donde los valores más importantes eran la interculturalidad y el cuidado a nuestra tierra.

Rocío Estrada Ulloa

Río Negro, Región de Los Lagos

16 años

EDUCACIÓN MEDIA



PREMIO ESPECIAL EXPRESIONISTA

Paisaje del norte

Esta obra refleja el atardecer de San Pedro de Atacama.

Antonia Oyarzo Valenzuela
Antofagasta, Región de Antofagasta
16 años

EDUCACIÓN MEDIA



PREMIO ESPECIAL GRÁFICA

El Parinacota y el Pomerape

Según la leyenda corresponde a dos amantes, cuya relación fue prohibida y castigada por sus respectivas tribus que se oponían a su unión, transformándolos en cerros gemelos, que están siempre cerca, mirándose, pero sin poderse tocar.

Fernanda Gutiérrez Trigo
Arica, Región de Arica y Parinacota
15 años

EDUCACIÓN MEDIA

PREMIO ESPECIAL PAISAJE

Población



Mi dibujo representa a un pueblo camino a Pichilemu llamado Población, reconocido por sus cuchillas parroninas. Este pueblo ha sido gran parte de mi vida ya que toda mi familia, incluyéndome, ha sido criada en este lindo lugar repleto de anécdotas, historias y recuerdos.

Josefina Sepúlveda Escobar
Machalí, Región de O'Higgins
15 años

EDUCACIÓN MEDIA



PREMIO ESPECIAL TÉCNICA DIBUJO

La tranquilidad en el entorno de una mujer mapuche

Entre las montañas del sur de Chile en un sector rural se encuentra Quilloimo, San Juan de la Costa. Quise plasmar, la vida de mi abuela Juana Naipil, la cual lleva toda su vida entre la cestería y su vida cotidiana en el campo.

Siendo para mí un orgullo, poder presentarles en este retrato que refleja, la paz interior y la tranquilidad, del mundo campesino.

Elealdo Zieballa Ahumada

San Juan de la Costa, Región de Los Lagos
15 años

EDUCACIÓN MEDIA

PREMIO ESPECIAL TÉCNICA
NARRATIVALimpiando trigo
con llepu

En el campo limpiamos el trigo con el llepu¹ para hacer harina tostada y las gallinas se juntan para comer alrededor.

Es entretenido ver como los granos caen y de inmediato ellas corren en su búsqueda.

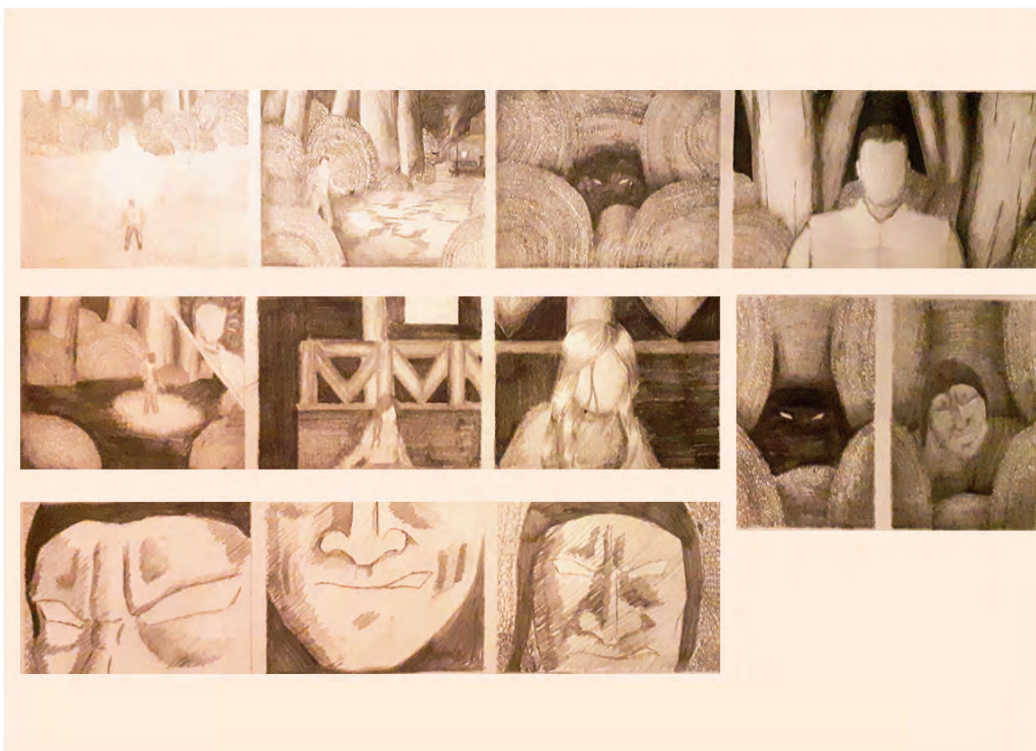
Anahí Beltrán Lleubul

Temuco, Región de La Araucanía

18 años

¹ Llepu: es un cesto tradicional mapuche con el que se avienta el trigo (nota de la edición).

EDUCACIÓN MEDIA



PREMIO ESPECIAL ADAPTACIÓN VISUAL

Una noche con el Trauco

El dibujo hace referencia a la leyenda del Trauco. Se muestra a un hombre confundido regresando a su hogar, buscando a su pareja se encuentra con una extraña silueta oculta entre los arbustos, que lo observa desde la sombra. A lo lejos se da cuenta de que su pareja se encuentra en el suelo casi sin energía, sin poder observar más de cerca, nota como la silueta sale a la luz, se trataba del Trauco, el cual habría abusado de su pareja y ahora se encargaría del hombre.

Vicente Montoya Antileo

Nacimiento, Región del Biobío

17 años



XXX VERSIÓN

Categoría Cuento

OBRAS ESCRITAS POR MENORES DE 14 AÑOS

Jurado nacional categoría Cuento Menor

Esteban Cabezas

Periodista, crítico de gastronomía y escritor de literatura infantil. Algunos de sus libros son: *La saga de Julito Cabello*, *María la Dura* (Premio Barco de Vapor) y *La tortulenta* (Premio Ibbý Chile).

Zoila Díaz

Educadora de párvulos y se desempeña actualmente como profesional del departamento de Educación Rural de la división de Educación General del Ministerio de Educación.

Josefina Hepp

Agrónoma, máster en Protección y Manejo Ambiental de la Universidad de Edimburgo y doctora en Ciencias de la Agricultura de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus intereses están centrados en la conservación de la biodiversidad y sustentabilidad, siendo el foco de sus investigaciones la flora nativa. También es escritora de libros infantiles informativos y de ficción, como *La época de las semillas*, *De brujas caprichosas y hadas desencantadas* y *Auxilio, socorro. Historia de un malentendido*, que escribió junto a su padre.

Francisca Vogt

Periodista de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Magíster en Edición de la Universidad Diego Portales. Directora Ejecutiva de Fundación Teraike, institución dedicada a apoyar la educación en la región de Magallanes y de la Antártica Chilena. Es escritora de cuentos infantiles y ha publicado cuatro libros: *Cómo Noel se convirtió en el Viejo Pascuero*, *Animales chilenos con cuento*, *Te cuento la Patagonia* y *Mañke*.

María José Ferrada

Periodista y máster en Estudios de Asia y Pacífico. Autora de libros para adultos y numerosos libros de literatura infantil y juvenil. Ha sido galardonada con varios premios, entre ellos el Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil, que reconoció su trayectoria. Entre sus novelas infantiles destacan *Niños*, *La tristeza de las cosas*, *El bolso*. Su última publicación fue un libro de no ficción para adultos llamado *Diario de Japón*.

Palabras del jurado categoría Cuento Menor

Una vez más los participantes del concurso Historias de Nuestra Tierra realizaron una importante tarea: mirar su paisaje, escuchar las voces de quienes lo habitan y poner su imaginación a disposición de las historias rescatadas. Tal vez el interés propio de su edad –y que ojalá no perdiéramos nunca– les hizo reparar en que este paisaje no solo está habitado por seres humanos, sino también por animales, árboles, flores, lluvia, viento y unos rayos de sol que, de diferentes maneras, abrigan y alumbran el mapa de Chile.

Esos ojos, esos oídos y esa imaginación atenta, lograron recrear oficios olvidados y hacernos caminar por senderos desconocidos y familiares a la vez. En ese recorrido, nos encontramos con ritos, celebraciones y antiguas presencias que pueblan un imaginario local que, gracias a estos relatos, se ha vuelto compartido.

No nos queda sino agradecer, como jurados, la preciosa oportunidad de haber leído estos cuentos.

María José Ferrada

Presidenta del jurado



Mi abuelo buzo escafandra

Ignacia Oyarzo Vargas

Había una vez un señor que nació en una hermosa isla llamada Melinka. Él era una persona muy trabajadora. Empezó a trabajar a los 20 años en un trabajo muy especial que se llamaba buzo escafandra. Así es, él trabajaba de buzo escafandra, navegaba por todo el archipiélago de las Guaitecas, y cuando se iba a faena se iba por más de tres meses. Era muy extrañado por su familia y más por su hija llamada Danisa, pues ella lo llamaba todos los días por radio para ver cómo estaba su papá. Él siempre decía que estaba bien a pesar de que estaba todos los días muy cansado por el enorme peso que tenía que cargar en su cuerpo.

Aquí en la isla, o en cualquier otro lugar, no hay muchos buzos escafandra, bueno... de hecho no hay... hace mucho tiempo que ya desapareció, y hace mucho tiempo que tenía la duda de cómo era la faena y cómo se utilizaba ese traje que se usaba en las profundidades del mar.

Entonces un día decidí levantarme temprano, como a las siete de la mañana, porque a esa hora mi abuelo ya tiene fuego, está con su mate amargo atrás de su cocina y la radio tocando a todo volumen; nuestra radio, La voz del ciprés que programa puras rancheras. Llegué despacito, haciéndome la chistosa, pero casi maté a mi abuelo de un infarto, aparecí de la nada y no le gustó mucho la broma. Me senté y le dije:

—Abuelo, ¿me puedes contar cómo se usaba el traje que tienes en tu bodega que es muy parecido al de un astronauta?

Se rió y me dijo:

—Te explico hijita: el buzo escafandra se ponía un montón de ropa, por ejemplo; dos pantalones y tres pares de medias de lana, dos o tres jerséis también de lana y después se ponía el traje, protegía mucho del frío, sólo se sentía el frío en las manos, pero el traje era muy pesado. El asistente de buzo lo ayudaba a ponerse el traje, usaba jabón hervido, se hacía como una pasta y eso servía para hacer pasar el puño del traje, porque era muy duro y apretado, después se ponía la coraza, luego las placas, le ponían doce pernos a la coraza y después venían las mariposas, estas se apretaban con una llave. Le ponían los zapatos, luego la plomada, que nosotros le decíamos el escapulario, ese pesaba alrededor de treinta kilos. Una vez listo el buzo escafandra, con su guadaña en una mano y en la otra un *palde*¹, se ponía

en posición, el asistente lo ayudaba a sacar una pierna afuera y bajar del bote. Al terminar la faena nuevamente el asistente lo ayudaba a quitarse el traje. La verdad era imposible sacarse el traje solo.

—Abuelo, ¿qué mariscos sacaban del agua?

—En esos años la cholga no era abundante como ahora, por eso nos íbamos mucho tiempo a faena, generalmente por tres meses. La vida en ese tiempo era muy difícil y sacrificada, además todo nuestro trabajo lo manejaba el patrón, contando lo que llevábamos, pero siempre quedábamos debiendo, la verdad es que nuestro trabajo era muy mal pagado. Muchos de mis compañeros perdieron la vida en esas faenas, muchos de ellos murieron buceando...

Mi abuelo miró a través de la ventana hacia el horizonte.

—Abuelo, ¿cómo hacían sus casas?

—Lo primero que hacíamos al llegar a la isla era el rancho, se cortaban palos, el canutillo, goque para amarrar los palos, porque no se usaban clavos, se enterraban en la tierra y se construía el hogar donde íbamos a pasar tres meses. Le llamábamos rancho. A veces igual se usaba el aparejo de la chalupa a vela para tapar de mejor manera el rancho y que quedara más abrigadito. Luego buscábamos la leña para la fogata y el agua, y después que teníamos todo listo pensábamos en el primer día de trabajo. Al día siguiente nos íbamos a sacar la cholga para poder tener trabajo en tierra. Esto significaba cocer la cholga en tambores, luego desconcharlas, ahumarlas y luego ensartarlas en hebras de junquillo, para luego hacerlas paquetes. Después le entregábamos 1.500 paquetes al hombre que nos habilitaba de mercadería, no gastábamos en combustible porque en ese entonces sólo usábamos chalupa a vela y a remo. Lo curioso de todo esto, es que siempre quedábamos debiendo.

—Abuelo, cuando desapareció el traje de escafandra, ¿en qué trabajaste?

—Seguí trabajando de buzo. En la década de los 70 en los mercados empezaron a verse los trajes de buzo foca o más conocidos como buzo rana, lo cual provocó la desaparición rápida de los buzos escafandra, pues no era tan diferente. Igual era un trabajo en el mar, solo que con un traje diferente, más ligero, liviano; era fácil de usar. Podía vestirme solo, claro que teníamos

¹ Palde: utensilio para mariscar (nota de la edición).

que usar plomo para poder irnos a pique, sino flotábamos en la superficie. Seguí trabajando hasta que ya no pude más con la edad, ya era mayor y no podía trabajar como antes, así que decidí terminar con todo y volver a casa con mi familia que siempre me esperaba con los brazos abiertos.

—Gracias abuelito, te *quieroooo*, ahora me voy a mi casa y escribiré tu linda historia y la enviaré al concurso Historias de Nuestra Tierra.

En la actualidad todos lo conocen, es un hombre muy honorable, uno de los pocos hombres vivos que ha sido buzo escafandra.

Primer lugar nacional

Primer lugar regional

Región de Aysén

Guaitecas

12 años



El primer incendio

Antonia Varela Carvajal

No había fuego cuando se creó el mundo. La gente animal era fría y solo el Trueno y el Relámpago vivían en el cielo y juntos tenían el fuego. Un día, sucedió que el Trueno le pidió al Relámpago que pusiera fuego en la parte inferior de un árbol hueco sobre una gran montaña.

La gente animal vio esta bola roja con naranja que brillaba y crecía desde lo lejos y que emanaba calor y quisieron obtenerla. Así, decidieron obtener el fuego cruzando el agua de un río que estaba a los pies de la montaña.

El gran cóndor tenía un hermoso color blanco, tanto así que ningún otro ser vivo podía mirarlo por mucho tiempo, ya que los ojos dolían del resplandor; y como poseía grandes alas preguntó si podía ir a buscar el fuego, ya que podía volar. Lo hizo y en el cielo relucía su cuerpo cubierto de plumas mientras volaba. Llegó a la cima de la montaña y sus plumas se quemaron por el calor de las llamas y se volvió negro, excepto su cuello que no fue alcanzado por las brasas y por eso sus hijos y los hijos de sus hijos son de color negro hoy.

El *wank'u*² pidió ir a ayudar a la gente animal trayendo el calor. Corrió con sus pequeñas patas hasta la montaña dando saltos, y cuando miró el fuego de cerca se quemó los ojos. Desde entonces sus ojos están rojos.

La *wallata*³ y la *parina*⁴ pidieron ir a buscar el fuego y dijeron que no fallarían porque irían juntas. Pero el humo caliente quemó las patas del ave más grande y las dejó por siempre rosadas, y la *wallata* fue alcanzada por las brasas en las puntas de sus alas y por eso se oscurecieron. Ya casi sin esperanzas fue el turno de la serpiente, Amaru, quien nadó a través del agua y subió la montaña, pero el calor incendió las hierbas del lugar y se adhirieron a su piel volviéndose verde.

² Wank'u: conejo (nota de la edición).

³ Wallata: ave del altiplano similar a la gaviota (nota de la edición).

⁴ Parina: flamenco (nota de la edición).



Finalmente, la lagartija dijo que iría y que podría rodear el agua y llegar al lugar y traer el preciado fuego. Los demás animales le preguntaron cómo traería todo ese calor sin quemarse como los demás y ella dijo que pondría una piedra en su espalda y sobre ella un trozo de llareta seca para cargar la bola roja y caliente de regreso. Caminó lentamente, rodeó el agua, trepó la montaña y puso un pequeño trozo de llareta que ardía por el fuego en su espalda, sobre la piedra, como había dicho... Y regresó.

Así es como la gente animal pudo sobrevivir a las largas y heladas noches en el altiplano, y la lagartija camina cerca de las piedras aún, por si necesita cargar una en su espalda y ayudar a los suyos.

Segundo lugar nacional
Primer lugar regional

Región de Tarapacá
Alto Hospicio
14 años



Mi abuelo Vicente y su chalupón⁵ Mar Bella Luisa

Kevin Barría Bahamonde

Don Vicente Barría es un hombre simpático de unos setenta años, que con la claridad de sus ojos celestes como el golfo de Corcovado, recuerda sus andanzas en el mar. Él es mi abuelo paterno y se voltea orgulloso a contarme historias antiguas sobre sus viajes en chalupones chilotes. Hace un tiempo me contó la historia de la vez que naufragó junto a su chalupón en la isla Talcán⁶ en compañía de mi tío Rodrigo y que allí se quedaron haciendo *quelcún*⁷ durante una semana más o menos. Me pregunto, ¿quién podría llevar la contabilidad de los días cuando estás varado como ballena en una playa que no es de tu isla?

Con la vista fija en un horizonte imaginario, mi abuelito comienza su relato.

Me cuenta que hace un tiempo con mi tío Loly fueron a un sector de la isla Talcán llamada Las Cabras a cortar leña para luego venderla en Achao. Se emocionaron tanto en el monte cortando buenos palos que el chalupón logró vararse en la playa, y no se dieron cuenta de que había mareas de repunte⁸, las que causan que, en cada crecida de mar vaya mermando el nivel del mar por una semana, hasta que haya un nuevo cambio de ciclo lunar.

Con la embarcación varada y sin esperanzas de poder salir por una semana, comenzaron a buscar alojamiento donde los vecinos de la isla Talcán, quienes durante esa primera noche les dieron algo de comer y un rincón seco y limpio donde dormir. A la mañana siguiente se levantaron al primer canto del gallo y desayunaron como reyes, pero no podían aprovecharse de la hospitalidad de estos buenos vecinos ni aburrirlos con tanta petición, pues el buen ánimo y la paciencia no crecen en el monte, así que hay que cuidarlos. Acto seguido, bajaron a su

⁵ Chalupón: antigua embarcación chilota sin motor, impulsada por el viento en las velas y los remos en situación de mar calma (nota de la edición).

⁶ Talcán: nombre de isla que deriva del mapudungun *talkan*, que significa trueno (nota de la edición).

⁷ Quelcún: situación de espera para hacerse a la mar por mal tiempo, naufragio u otros problemas de embarcaciones (nota de la edición).

⁸ Mareas de repunte: ciclos de mareas que van desde la luna llena hasta el ciclo de luna nueva (nota de la edición).



embarcación y trataron de empujarla, pero era una tarea difícil, ya que era una embarcación completamente de madera de doce metros muy pesada, no había mucho que hacer... Dieron otra mirada al horizonte y se conformaron que estarían un largo rato en esa playa.

Durante los siguientes días, durmieron e hicieron vida dentro del chalupón, ya que los chalupones contaban con cueros de ovejas para poder dormir y un bracero para cocinar. Pescaron y mariscaron, porque era tiempo de mareas y como tenían harta leña hicieron fogatas alrededor de la embarcación. A pesar de comer pescados y mariscos constantemente, no lograban aplacar las ansias por otros alimentos que sus cuerpos necesitaban, por lo tanto, fueron días de sufrimiento en el tema de la alimentación.

Cuando ya habían transcurrido tres a cuatro días pidieron ayuda a otras personas de la isla, suplicaron a los vecinos que les ayudaran con sus bueyes, ya que el mar no llegaba tan de prisa para flotar el chalupón y necesitaban volver a su isla, a su casa, a isla Chuit⁹.

Para bajar su embarcación tuvieron que cortar varales, palos más largos y derechos del bosque, de canelos o de otros tipos de maderas. Consiguieron que cuatro vecinos les prestaran cuatro yuntas y a fuerza de buey pudieron reflotar el chalupón, eso sí, hubo que sacar toda la carga para que no estuviese tan pesado al ser arrastrado, y después de tener la embarcación a flote, nuevamente cargarlo con ayuda de los botes auxiliares... Dicen que "*el flojo trabaja doble*", pero en esta ocasión trabajaron doble por descuido.

No hubo festejo al flotar la Mar Bella Luisa. En gratitud prometieron llevar un chanco faenado en otra ocasión para agradecer la ayuda desinteresada de esos vecinos isleños, ya que, sin su ayuda y sus bueyes, hubiese sido imposible sacar el chalupón del arenal.

Al llegar a la isla Chuit les contaron a sus familias las anécdotas que les había tocado vivir dentro de la isla Talcán, y entre risas y carcajadas recordaban las peripecias y aventuras de estos dos chuitanos leñeros, varados como ballenas y a su suerte, quienes luego de comer y descansar como Dios manda, iniciaron un viaje a Achao a vender la leña que tanto trabajo les había costado cortar, acarrear y flotar.

Tercer lugar nacional
Primer lugar regional
Región de Los Lagos
Chaitén
14 años

⁹ Chuit: nombre de isla en lengua chona, sin significado conocido (nota de la edición).



Desde Haití hasta Quemchi, la aventura de Walna

Florencia Ibacache Lucero

Walna, de siete años, llegó hace unos meses a Chile junto a su familia de nacionalidad haitiana. Desde Santiago comenzaron su travesía hacia una isla frente a Quemchi, en la Isla Grande de Chiloé, con la esperanza de encontrar un trabajo. Al llegar a la isla una pequeña habitación fue su refugio en las heladas noches de invierno; sin embargo, sus ganas de salir adelante eran más grandes. Su papá Michel y su mamá Dachna comenzaron a trabajar en la lechería del pueblo.

Walna tuvo que matricularse en un colegio para comenzar su enseñanza, su única alternativa era viajar a la isla de Chiloé. Desde entonces, se levanta muy temprano para tomar la lancha que la lleva hasta su escuela. Después de dos horas de viaje llega a su escuela, allí su profesora la espera cada día para comenzar las clases; sin duda es un gran sacrificio, pero sus ganas de aprender son más grandes. Fue allí donde Walna conoció a Isabella, quien recuerda haberla visto muy tímida, callada y solitaria.

Durante el recreo, los nuevos compañeros de Walna la miraban de una manera extraña y hacían comentarios sobre su color de piel. Uno de los niños, Juanito, quien era el más travieso del curso, se burló de ella gritándole “negra”, ya que su padre así llamaba a sus vecinos y vecinas de piel morena.

Walna, muy apenada por el comentario que había realizado su compañero Juanito, se escondió en un rincón del patio, tenía sus ojos llorosos y la mirada perdida. Fue en ese momento cuando Isabella decidió acercarse al lado de Walna para ofrecerle su amistad.

Isabella le dijo:

—No te pongas triste, hablemos con la profesora para que esto no vuelva a ocurrir.

Walna le contó a Isabella y a su maestra sobre sus miedos, comentándoles que su familia había sido discriminada en el país donde vivía antes. Walna les relató que al llegar a la isla, sus vecinos y vecinas les gritaban “negros”, “cochinos”, “hediondos” y a su papá con su mamá los culpaban de quitarles el trabajo.



Debido a lo comentado por Walna a su maestra y su amiga, es que la profesora decidió hablarles a sus pequeños y pequeñas estudiantes sobre el respeto a todas las personas, para que los niños y niñas no volvieran a burlarse de su compañera.

Un día, Juanito se tropezó al entrar al salón de clases. Al caerse, todos sus compañeros y compañeras se burlaron de él, pero Walna se levantó de su puesto y lo ayudó a pararse, ya que se había doblado su pie y no podía hacerlo solo.

Desde ese momento, Juanito entendió lo que se sentía que sus compañeros y compañeras se rieran de una persona y, arrepentido de su actitud con Walna, al día siguiente al llegar al colegio, se paró frente a todos y todas en la sala de clases y le pidió disculpas a Walna por haberse burlado de ella.

Aquel día los niños y niñas comprendieron todo lo que les había dicho su profesora del respeto a las personas, de que no se deben burlar de nadie por su color de piel, ya que todos y todas son diferentes, merecen consideración y ser felices.

A partir de entonces, los compañeros y compañeras de Walna comenzaron a invitarla a jugar en los recreos y a incluirla en las actividades grupales. Es así como Walna se sintió feliz y les enseñó a sus amigos y amigas cosas interesantes de su país.

Premio especial migrantes

Región de Valparaíso

San Felipe

8 años



La puerta entre dos mundos

Sebastián Ávalos

Había una vez una pequeña tribu llamada *Ckoiba h'aiti*, la cual vivía en un páramo desértico con un gran socavón vacío. Ellos hacían sus casas bajo tierra, en donde vivían muchas familias con niños y niñas muy felices y en paz. Eran un pueblo muy pasivo, no cazaban animales, sino que los domesticaban, ya que con ayuda del dios del sol y la luz divina, *Ckapin Ckapur*, y la diosa de la luna y las estrellas, *Cahmor Ckoirama* podían hacer un trato mágico con los animales sagrados; al jurarles lealtad, ellos les daban lo que necesitaban a manos llenas a la gente del pueblo.

Estos dioses eran hermanos muy queridos, unidos y siempre estaban pendientes de su amado pueblo. *Ckapin Ckapur* les daba luz divina para sus cosechas, y su hermana les daba las mejores vistas de estrellas y constelaciones durante la noche, además de fuego para combatir el frío del desierto.

Dentro del pueblo había una pequeña niña llamada *Ckepi haalar*, que era la más hermosa. Tenía la piel tostada, como promesa de continente moreno; sus ojos verde grises reflejaban todo como un espejo y su cabello eterno, negro como la noche, que *Cahmor Ckoirama* iluminaba con estrellas.

Un día la niña decidió hablar con la diosa y le pidió un deseo a cambio de tomar cinco años de su vida. Le pidió que llenara de agua el socavón que estaba a unos metros de la aldea con la misma tonalidad de sus ojos relucientes como espejo.

A los días después, *Cahmor Ckoirama* decide hablar con *Ckapin Ckapur* sobre la petición, dispusieron poner en marcha el deseo. Ascendieron al cielo y mientras *Cahmor Ckoirama* llenaba de agua el socavón, *Ckapin Ckapur* reflejaba su hermosa luz divina en ella produciendo un hermoso suceso, el cual los habitantes llamaron *Inca Coya* (eclipse). Mientras tanto, *Cahmor Ckoirama* terminaba de llenar el socavón.

De repente, algo salió realmente mal, *Cahmor Ckoirama* se quedó sin energía y cayó directamente al socavón desapareciendo. En la desesperación, *Ckapin Ckapur* se tiró sin pensarlo a lo que se había convertido en una hermosa laguna, que parecía un divino espejo que reflejaba todo el cielo con las hermosas estrellas y constelaciones que guiaban el camino del Inca.



Se dice que *Ckapin Ckapur* buscó hasta el infinito de la laguna, pero que nunca más encontró a *Cahmor Ckoirama*. Al tiempo después, durante una noche, los habitantes se percataron de que en el hermoso reflejo nocturno se podía observar a la diosa, por lo que los habitantes asumieron que la laguna tenía un enorme poder divino y que sus dioses *Cahmor Ckoirama* y *Ckapin Ckapur* quedaron atrapados en distintos mundos y lo único que los unía era esta hermosa puerta sagrada.

El pueblo desapareció tras la partida de sus dioses, pero al irse dejaron un hermoso grabado en piedra que hasta el día de hoy dice:

"Esta es la hermosa Inca Coya, puerta sin fondo sagrada que une dos mundos y separó a dos hermanos. De día verán al poderoso dios Ckapin Ckapur buscando a su querida hermana, mientras en la noche podrás ver a Cahmor Ckoirama, que quedó atrapada en el otro mundo de la laguna".

Se dice, entre los susurros del viento, que después del grabado, los pobladores de *Ckoiba h'aiti* decidieron lanzarse a la laguna en busca de sus dioses, excepto *Ckepi haalar* que ascendió por la laguna y, antes de salir a flote, se encontró a *Cahmor Ckoirama*. Ella les sonrió a sus ojos verde grises y le devolvió sus cinco años de vida.

Premio especial pueblos originarios

Región de Antofagasta
Calama
14 años



Croando una *tarka*¹⁰

Félix Lizana Paredes

Nadábamos, saltábamos y croábamos felices en un río cerca del pueblo de Visviri, hasta que escuchamos las plegarias del *Yatiri*¹¹, que apareció con varios instrumentos musicales. Sorprendidos, nos escondimos entre las piedras, observamos la ofrenda a las deidades y nosotros, los *jamp'atu*¹², respondimos a sus ruegos. No sé si es verdad, pero dicen que los instrumentos se vuelven mágicos cuando los *jamp'atunaka*¹³ croamos alrededor, así les entregamos parte de nuestro espíritu, llamamos a la lluvia con el canto y ellos con su *tarka*.

Un día a la deidad de la luna le rogué estar en las fiestas junto a los que tocan sin cesar, Phaxsi¹⁴ vio mi tristeza y me dio permiso para cambiar. Desperté en la mañana y no sabía caminar. Un *Yatiri* me abrigó y me dijo:

—Yo sé qué eres, pero te voy a enseñar a tocar la *tarka*. Sólo tienes una semana antes de volver a la realidad.

Y todas las tardes me enseñaba; en las mañanas pasteábamos, en las noches croaba con mis hermanas, no obstante, ellas se iban lejos, porque no reconocían mi cantar... Unas llamas y alpacas se reían sin cesar. Me fui a la casa del *Yatiri* y le conté todo mi pesar. Juntos cantamos sobre tradiciones y costumbres, aprendiendo cada movimiento de esa hermosa melodía. No quería que llegara el séptimo día...

El *Yatiri* me contó historias, me habló de su familia, me dijo que todos se fueron a la ciudad por mejores oportunidades y que su mujer murió hace unos años con la aparición de un virus infernal. Tocamos por su *warmi*¹⁵, tocamos por sus hijos, tocamos por mis amigos. Apareció una bebida y otra y ya no supimos de nosotros. Amaneció, un día menos, y Phaxsi me llevaría

¹⁰ Tarka o tarca: voz aymara. Instrumento de viento originario de los Andes, hecho de madera, con 6 orificios para los dedos y un orificio extra en la parte inferior (nota de la edición).

¹¹ Yatiri o yatire: sabio en la cultura andina (nota de la edición).

¹² Jamp'atu: sapo en lengua quechua (nota de la edición).

¹³ Jamp'atunaka: plural de jamp'atu en lengua quechua (nota de la edición).

¹⁴ Phaxsi: luna en lengua aymara (nota de la edición).

¹⁵ Warmi: mujer en lengua quechua (nota de la edición).



pronto a cantar en los bofedales junto a mis hermanas, pero quería aprender más... Las noches eran muy divertidas junto al viejo hombre sabio, sin embargo, creo que estaba muy solo.

Antes de llegar al último día me llevó a tocar con músicos, donde celebraron las *k'illpa*¹⁶. Se veían tan bonitas las alpacas y llamas con esas lanas de colores en sus orejas. Bailé, canté y conocí a varias personas. Mi amigo el *Yatiri* disfrutó tanto que en la noche muy alegremente se durmió. Toqué toda la noche en su recuerdo. Al día siguiente la gente lloró, bailó, comió, cantó y tocaron los músicos por varios días en memoria del viejo sabio.

Llegó mi día final. En la lluvia de la primavera volví a mi esencia. Me fui saltando y nadé en el riachuelo... Feliz de ver a mis hermanas. Cada vez que cantan los músicos y suenan sus *tarkas* voy saltando a croar para que el viejo sabio vea, en donde esté, que aprendí todo lo que me enseñó y que respeto sus costumbres con todo mi corazón. Y croando una *tarka* me voy...

Primer lugar regional

Arica
14 años

¹⁶ K'illpa: ritual de marcación de animales en el Altiplano andino (nota de la edición).



★
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Cuento de choclos

Nickolas Jamett Vaure

Había una vez un niño súper pobre, que todos los días comía choclo, hasta que un día se cansó de comerlo, por lo que le reclamó a su madre. Esta no tuvo opción más que echarlo.

El niño se quedó en la calle e intentó buscar una solución para dejar de ser pobre y solo tuvo una idea, que no le gustaba: vender choclos... Porque en ese tiempo lo más barato eran los choclos. Pensó y pensó: "¿Cómo puedo vender?". Se las ingenió para conseguir un choclo. Sacó cosas de la basura, ketchup, mayo y mostaza. El niño bañó el choclo en esas combinaciones, y lo puso en venta a 1.500 pesos.

Estuvo esperando a que se lo compraran, así pasaron diez minutos, luego quince, hasta que un hombre se decidió a comprarle el choclo. Lo probó y ¡LE GUSTÓ! El niño estaba tan feliz que fue a comprar más choclos para seguir vendiendo.

Empezó vendiendo dos, luego cuatro, luego diez, hasta que un millonario le ofreció pagarle todos los gastos a cambio de trabajar en algo llamado ¿Festival del Choclo? El niño intentó investigar qué era eso hasta que encontró un periódico. Lo estaba leyendo y en eso se topó con su mamá. Ella le empezó a pedir perdón por todo lo que había hecho y él la perdonó.

Después de eso, continuó leyendo qué era el Festival del Choclo y se dio cuenta que era un lugar donde vendían empanadas, choclos y varias cosas más. Al niño le gustó la idea, pero tenía un problema, estaba muy lejos del lugar. Buscó personas que lo pudieran llevar al festival, buscó y buscó, hasta que encontró una persona que podía, pero quería algo a cambio. Que le diera *cien lucas*¹⁷; el niño no tuvo opción y aceptó, y así fue al Festival del Choclo. Vendió y vendió choclos como nunca. Así decidió construir una humilde casa un poco más lejos del festival para seguir vendiendo choclos. Pagó todo lo que tenía que pagar, se llevó a vivir a su mamá a la casa, mientras iba a estudiar y vendía choclos todos los días.

¹⁷ Cien lucas: expresión idiomática que significa cien mil pesos chilenos (nota de la edición).



Creció y cumplió dieciocho años, por lo que decidió comprar un terreno en Arica para hacer su puesto para vender choclos y le fue bien. Como le fue bien hizo otro y otro, salió hasta en los periódicos. Ya todas las personas que lo conocían lo llamaban el Señor de los choclos, y gracias a los choclos pudo salir de la pobreza.

Pero como la vida no es perfecta, algo pasó: su mamá se enfermó gravemente, así que tuvo que vender sus terrenos y propiedades para poder pagar la cirugía de su madre. Lamentablemente al terminar la cirugía, no salió con vida... El señor no aguantó, intentó suicidarse, pero había varias personas que lo apoyaban. Gracias al apoyo de ellas pudo seguir viviendo.

Quería conseguir todos esos terrenos que vendió, así que empezó todo de nuevo. Compró un choclo, lo bañó en mayo y mostaza y se lo compraron. Siguió vendiendo, pudo conseguir la casa que estaba cerca del Festival del Choclo y pudo comprar todos los lugares que vendió. Incluso llegó a comprar el Festival del Choclo.

El señor se hizo millonario gracias a los choclos. Con su fortuna decidió ayudar a los niños de la calle, les dio trabajo en el festival vendiendo cosas; empanadas, asados, choripanes, etc. Un día el señor consiguió una señora y tuvieron un bebé, pero a falta de imaginación le pusieron Choclo. A varias personas les causó risa, porque el señor vendía choclos.

El niño creció y cumplió dieciocho años. Choclo estaba tranquilo hasta que un día a su padre le pasó algo, tenía una enfermedad muy extraña, preguntaron qué era y les dijeron que fue causada por el choclo, lo había envenenado. El señor falleció y el hijo heredó las propiedades de su padre: casa, hoteles, etc. El niño no sabía qué hacer así que le pidió un consejo a su madre. Ella le dijo que siguiera los pasos de su padre y así lo hizo, no le quedaba otra, pero bueno, lo hizo y pasaron muchos años, y Choclo se volvió famoso y millonario. Y así se acaba un cuento de choclos.

Segundo lugar regional

Arica
14 años



★
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Nuevas vistas

Nicolás Gutiérrez Mondaca

Me desperté en la mañana y me di cuenta de que era tiempo de dejar el único hogar que conocía. Me levanté y me fui directo a la sala a tomar un gran sorbo de agua. Me sentía en ese momento un poco triste por todo lo que tenía que dejar atrás, todo por una razón muy común en este tipo de situaciones, buscar una vida mejor.

De pronto despertaron los demás, ya estaban vestidos y listos para irse. Entonces comenzamos a desayunar por última vez ahí, todo pasó demasiado lento, casi nadie habló, estábamos un poco enojados, tristes y con poca esperanza de que todo salga bien. Al terminar el desayuno "eterno" nos fuimos a empacar, ponernos bloqueador solar y comenzamos a salir de nuestra casa y país. Comenzamos a esperar nuestro transporte, me puse una chaqueta, ya que estaba haciendo demasiado frío, en mi hogar siempre las mañanas son así, pero después en la tarde sale un sol que quema.

Nos subimos al auto para que nos lleve al tren y poder ir a nuestra próxima casa, en ese momento, mientras estábamos en el auto, me preguntaba si alguna vez iría de nuevo a esta ciudad para ver a mis familiares que todavía estaban ahí. Recordaba la forma en que nos despedimos de ellos, salimos de paseo a ver con detalle nuestra ciudad, visitamos unas tiendas y comimos algo muy típico de ahí, el anticucho. Seguía pensando hasta que mi mamá me avisó que habíamos llegado a la estación del tren, me bajé del auto con desgano y le dije que no quería irme, que no tenía sentido irse si ya era feliz aquí, mi mamá contestó que al lugar al que íbamos haría que yo llevara una vida mejor. No le seguí la discusión y asentí con la cabeza y nos fuimos al tren.

Fueron siete horas de viaje las cuales las usé para dormir. Al llegar nos bajamos del tren y presenciamos a la Región de Arica y Parinacota, tomamos un transporte y nos dirigimos a un departamento chico, donde viviríamos a partir de ahora. Desempacamos las cosas, nos tardamos en eso toda la tarde y luego tomamos once. Durante la once mi papá me habló de algunos pueblos que había afuera de la ciudad que había conocido gracias a un amigo que también vivía en Arica, me dijo de algunas fiestas que se celebraban y culturas que se encontraban ahí, al oír de esos pueblos me quede emocionado por algún día verlos con toda la familia.



Pasaron meses después de esa conversación, me fui acostumbrando al lugar, conseguí amigos y aunque el departamento era chico, el vecindario era agradable, aunque no todos los días eran felices, pero es algo que se presenta en cualquier lugar. Me percaté entonces de que mis papás tenían razón, antes de venir aquí no teníamos televisor, refrigerador o cocina decente, pero ahora nuestra vida mejoraba en lo económico poco a poco.

Un día mi papá me dijo que iríamos de paseo hacia los pueblos que quería visitar hace mucho, nos alistamos, nos pusimos bloqueador solar; lo común que hace una familia antes de salir. Ya íbamos en el auto en dirección a Codpa, un valle de la zona. Cuando llegamos observé un entorno totalmente distinto, no había edificios, había mucha vegetación y las casas eran muy distintas a las de la ciudad principal, me alegraba de ver algo distinto y no tan urbano, pero luego se puso mejor, ya que había un carnaval a unas cuadras más, entonces corrí hacia allí y escuché la música que iba aumentando cada vez más. Entonces miré los bailes que estaban haciendo, las caras que por una razón que no sabía, las tenían pintadas de blanco, también cargaban a un muñeco mientras bailaban, una acción muy peculiar que no había visto antes. Pregunté a mi papá cómo se llamaba aquel muñeco, él dijo que se llamaba Ño Carnavalón. Me acerqué más para verlo de cerca, noté varios detalles de este muñeco: tenía la ropa blanca, los pies y manos negros y unos espirales de papel de colores que lo hacían resaltar.

Nos fuimos del pueblo y viajamos a otro lugar en donde podríamos ver más cosas interesantes; cuando estábamos a punto de llegar al otro lugar noté que había un montón de llamas decoradas con cosas de colores, bajamos del auto y presencié a algunas mujeres que decoraban las llamas y les pregunté para qué lo hacían, ellas me dijeron que lo hacían para la fiesta del Floreo, me explicaron que esa fiesta se hacía para conmemorar el respeto entre los animales y humanos en esta zona, me dijeron también que habría un montón de actividades en unas horas. Le pregunté a mi papá si podíamos quedarnos para ver la fiesta completa, él aceptó y vimos un juego andino que consistía en que cada dueño debía quitarle la campana a su llama, fue divertido verlo, luego tuvimos una convivencia donde nos unimos para comer empanadas de charqui. Fue un día muy poco común en mi vida, un día que quisiera repetir, pero por desgracia ya era tarde y nos fuimos a casa, les dije a mis padres que gracias por el viaje, ya que por esos eventos descubrí las costumbres de la gente que vivía afuera de la ciudad de Arica.

Tercer lugar regional

Arica
14 años



¿Cómo quieres que viva así?

Sigrid Tapia Samit

Considerando que no tengo derecho a trabajar en un lugar digno, y estar de sirvienta en casa, me hace sentir desagradado, simplemente que no valgo nada. Tengo que estar veinticuatro horas dispuesta a un hombre, servirle como si fuera un rey. Vivo en un mundo totalmente controlador, no tengo presente, mis papás están desesperadamente esperando a su *nietito*, de que "se me va a pasar la micro" y ¡ah!, recalcar el hecho de que con mucha suerte sé leer y escribir.

Mi nombre es Fernanda Linares, tengo veinticinco años, trabajo en una pulpería en la que me pagan verdaderamente una miseria y cada vez me dan menos ganas de ir. Las viejas copuchentas me tienen hasta la coronilla, son desagradables. ¿Qué les importa lo que haga yo? Hablan de mí cuando me reúno con mujeres y les enseño lo poco que sé, para que no sigan viviendo en la ignorancia.

Hoy es jueves 18 de junio del año 1932, son las 10:46 p.m., llego a mi casa cansada, ofuscada, sofocada y con dolor de brazos de tanto cargar sacos en la pulpería. Abro la puerta y escucho a esa persona tan desagradable al que llamo esposo, de quien no me he separado, tomo aire y me aguanto las ganas de vomitar, lo veo y saludo indiferente.

Siempre tan desanimado, fatigado del sol en la calichera y el trabajo forzoso, no escucho una mínima respuesta de su parte, paso a la cocina y dejo un poco del almuerzo que había preparado hoy. Me alisto para dormir, me doy vuelta hacia la pared y concilio el sueño de inmediato. Al poco tiempo, algo me despierta bastante brusco, era él, con quien tengo que convivir obligatoriamente porque así las reglas sociales están dadas, con quien se supone tenga hijos... Porque sí, así nos miran aquí a las mujeres, separadas en dos grandes grupos: con las que te puedes divertir un rato o con las que puedes tener hijos.

Lo veo parado a mi lado, está fumando dentro de la habitación, como si nada, pidiéndome que le sirva comida. Es media noche. Lo quedo mirando para comprender la situación, respiro, pestañeo con bastante rabia, le pongo cara seria y le empiezo a decir de forma sutil que estaba cansada, que hoy estuve tapada de trabajo en la pulpería. Sin embargo, lo más esperado pasó, le importó un carajo lo que le había dicho, tampoco tuvo en consideración como me podía sentir en ese momento y sólo me respondió alterado:



—¡No te pregunté, párate! ¿O *querí* dormir afuera?

Me paré con un poco de cansancio aún.

Ya terminado de servir el arroz, le eché la presa de carne que dejé del almuerzo, tomé el plato desgredado por el tiempo, era de los únicos que teníamos de todo el tiempo que estuvimos juntos, exactamente siete años y lo dejé frente a él. Tomé la silla para correrla y sentarme en ella, pero antes de hacerlo me dijo algo que creo que fue la gota que derramó el vaso. No dejó que me sentara a descansar y se rio fuerte de mi cansancio y aspecto. Suavemente tomé el plato por abajo y mientras este caballero y su risa era más y más desbordante, le tiré todo el plato en la cara, se quemó y se le quebró el plato en la cabeza, por poco casi se ahoga, se quedó sumergido en la vergüenza. ¿Me importó? No.

Rápidamente, tomé mi chaqueta desgredada por el paso del tiempo, abrí la puerta y empecé a correr a los alrededores de la salitrera, el frío embargaba mi cuerpo. Después sentí un mal presentimiento, me empezó a doler el pecho horrible como si me hubieran aplastado todo mi torso, y sin querer empecé a correr, involuntariamente estaba corriendo, hasta que evidentemente me empecé a cansar. Ya cuando no podía correr más, me detuve y me apoyé en mis rodillas bastante agitada, comencé a llorar, pero por alguna razón no podía dejar de hacerlo, la gran mayoría de las veces tengo un gran control sobre mis emociones, pero ahora no podía aguantar. No podía contenerme y cuando parecía que ya terminaba, se me llenaban una y otra vez los ojos de lágrimas.

Me paré derecha, limpié mis ojos, creyendo ingenuamente que así se limpiarían a su vez las asperezas de la vida para las mujeres en la pampa, me acomodé el paletó¹⁸ extremadamente delgado, como quien puede acomodar las cajas en la alacena de la pulpería, aclaré mi voz, más no era la mía, sino la de quien amargamente lamenta los designios de una época marcada por la miseria y la nostalgia. Me fui de vuelta a mi “querido” infierno llamado vida, aquel que en la pampa las mujeres estábamos destinadas a vivir. Pronto alzaríamos la voz y seríamos realmente escuchadas.

Segundo lugar regional

Pozo Almonte

14 años

¹⁸ Paletó: prenda de abrigo de paño grueso y larga (nota de la edición).



★
REGIÓN DE TARAPACÁ

La caja de Luz

Jazmín Estrada Quispe

Érase una vez un pueblo llamado Huaraziña, que no poseía la luz y solo tenía a la luna.

En dicho pueblo había un joven que vivía en una cabaña y que, intrigado, quería subir al monte y averiguar sobre una caja que estaba escondida y que poseía la luz que había robado hace mucho tiempo al pueblo una malvada bruja.

Una mañana el joven desapareció del pueblo y se fue en busca de aquella caja.

Pasó el tiempo y regresó al pueblo, los habitantes lo recibieron y vieron que llevaba consigo una caja muy extraña, entonces él les dijo:

— Queridos vecinos, dentro de esta caja está la luz, pues se la quité a la bruja del monte, aquella que nos maldijo con la oscuridad hace mucho.

Entonces, el joven decidió abrir la caja, los habitantes observaron muy atentos y anhelosos por saber si estaba ahí la luz. De repente:

¡OH! Salió una luz muy brillante, hermosa y resplandeciente. El joven lanzó la luz con mucha fuerza al cielo, creándose así el sol.

Tercer lugar regional

Iquique
12 años



★
REGIÓN DE ANTOFAGASTA

La Añañuca y yo

José Carmona Femenias

Era un lindo sábado por la mañana, me levanté de la cama y me puse la típica ropa que un adolescente se pondría para salir a la calle, crucé la puerta de mi hogar y quedé atónito: no estaba la linda vista al mar que usualmente divisaba cuando hacía estas travesías para despejar mi mente después de una agotadora semana de colegio y entrenamiento, no había calles repletas de autos por aquí y por allá, estaba en medio de la nada, ningún ser humano, ningún indicio de vida ni nada, sólo un desierto que se extendía hasta donde la vista no me permitía apreciar. Estuve tratando de comprender qué era lo que había pasado hasta que unos llantos y lamentos me dieron esperanza. A lo lejos vi un poblado pequeño, me alegré hasta que me di cuenta de donde provenían aquellos llantos, era una chica joven, llorando desconsolada a solas. Corrí a toda velocidad para asegurarme de que estuviera bien.

—Hola, te había escuchado llorar en la lejanía, ¿te encuentras bien? —pregunté acercándome lentamente para no espantarla; ella me miró con unas cuantas lágrimas en sus ojos, yo quedé impresionado, era una chica hermosa, probablemente la más hermosa que había visto en mi vida.

—Saludos viajero. No, no estoy bien, mi marido me dijo que había tenido un presagio acerca de una mina llena de oro, pero han pasado días y noches ¡y no he sabido nada de él!

Yo la miré con algo de tristeza, hasta que razoné algo: ella me llamó viajero. ¿Acaso sabe que no soy de por aquí? ¿Cómo aquella chica podría saberlo?

—¿Cuál es tu nombre bella dama? —dije viendo como las lágrimas salían de sus ojos y escurrían por sus mejillas, era una escena bastante triste y penosa.

—Mi nombre es Añañuca, joven viajero, ¿me podría decir su nombre usted también?

Tras su respuesta me quedé helado, por un segundo mi mente comenzó a funcionar hasta que todo me cuadró, de alguna manera estaba dentro de una historia de la mitología chilena, en este caso, la de la conocida leyenda de la Añañuca. ¿Pero cómo llegué aquí? ¿Acaso afuera de mi casa había un portal? No podía creer que de verdad esto estaba ocurriendo.

—Mi nombre es Antonio, un gusto señorita Añañuca —dije para no quedar como un mal educado, pero estaba algo confundido todavía, así que por eso contesté con algo de dudas.

—Un gusto haberte conocido también, viajero Antonio, ahora si me disculpas me quedaré esperando a mi amado, si no vuelve entonces moriré de la tristeza.

Yo sabía exactamente lo que iba a pasar si es que me iba del sitio, así que en vez de eso tomé su mano y me acerqué a ella.

—Escúchame, Añañuca, hay centenares de chicos que quisieran estar contigo, no puedes decir que morirás sola porque la persona que amas se ha ido y quizás vuelva, o quizás no, nadie puede saberlo con certeza, pero tienes que seguir adelante, dejar de lado el pasado; de donde yo vengo varios chicos y chicas se alejan de sus parejas para no volver nunca más, y no es malo, tendrás que encontrar a alguien más que te quiera y que te ame mucho, pero no hagas tal cosa, créeme, eres una chica tan bella como para perecer.

Traté de convencerla así, con unas palabras salidas de lo más profundo de mi corazón. Ella se acercó a mí y me abrazó.

—Tienes razón viajero Antonio, he sido cegada por mi enorme amor hacia él, tu gran sabiduría me ha ayudado a tomar una decisión mejor a la cual yo estaba pensando previamente, me ayudaste a entrar en razón en el momento justo, muchas gracias.

Ella se veía feliz, su estado de ánimo había cambiado tan repentinamente, que me alegró haberla ayudado, sentí que había hecho lo correcto.

—No tienes que agradecermelo Añañuca...

No pude terminar mi oración, porque ella me había dado un suave y dulce beso en los labios, mi cara se puso roja en un instante, en ese momento de verdad no supe qué hacer o decir.

—Bueno, con respecto a lo que dices acerca de los cientos de chicos que quieren una oportunidad, bueno, estaba pensando, ¿quisieras intentar... tener algo entre nosotros?

Yo la verdad encontré eso raro, pero, en la historia original, el minero y la Añañuca empiezan su relación a las pocas horas de haberse visto, entonces... supongo que no discutiré ni me opondré a lo que los antepasados de mi patria dictaminen.

—Esteeeeeee... claro, no veo algún motivo para negarme.

Ella me tomó de las manos y de la nada algo creció en ellas, era una añañauca, no una versión mini de la humana, sino de la flor.

—Cuídala bien cuando vuelvas a tu mundo.

Yo me paralicé: ¿Mi mundo? ¿Qué significaba eso?

— ¿Mi... mundo? —pregunté totalmente confundido.

—No hay tiempo para explicarlo... ahí veras a lo que me refiero, nos vemos pronto, viajero Antonio.

Acto seguido, me desperté en mi cuarto, todo era igual. ¿Acaso fue un sueño?, pensé, hasta que noté una añañauca en un pequeño recipiente con una nota que decía:

Todos los sábados desde las 8 a.m. hasta la misma hora del otro día nos veremos, continuaremos nuestro romance y visitaremos cada semana un nuevo mito o leyenda, juntos.

Atentamente,

Añañuca

Y así fue. Todos los sábados a las ocho de la mañana era transportado a ese mundo, donde junto con Añañuca visitamos a la Pincoya, bailamos en el Caleuche, cenamos con el Tue Tue, etc. Una vez estuve a punto de contarle a mamá, pero si lo digo, nadie me creería, ja, ja.

Primer lugar regional
Antofagasta
14 años



Constelación de los deseos

Yomahyra Mamani Rosa

Era una noche tranquila, solo que esta era mucho más tranquila que las anteriores. Él estaba solo, acompañado de un tazón con imágenes de llamas, guanacos o alpacas o vicuñas, con café caliente, muy caliente y relativamente cargado para no caer en brazos de Morfeo. Y de ahí, luego, observar las constelaciones.

Recostado cerca de una llareta¹⁹, con mantas de lana gruesa, se sentó encima y en estado romántico (era viernes y su noche se apoderó como un beso entre dos galaxias calipsos y puras), extendió su brazo para sacar entre sus bolsos de cuero oscuro una libretita café para apuntar y dibujar las estrellas, vías, colores, simetrías, curvas, lucecitas, cometas fugaces, y un sin fin de mundos brillando sobre sus pobladas cejas.

Un hielo desgarrador calaba los huesos del muchacho, tuvo que cubrir su cara con un pasamontaña azul plateado que no le impedía observar las constelaciones que le parecían cada vez más interesantes para un joven al que suelen mencionarlo como “lugareño”, “poblador” o “atacameño”, y que ya vislumbraba un futuro astronómico inmenso. Su abuelo siempre le habló de los misterios del Universo, pero, sobre todo, de las bondades que se dejaban caer en la Madre Tierra o Pachamama, para que toda virtud de vida, aire y oxígeno provenientes del cielo, especialmente del Cosmos protegieran la cosecha y otros asuntos espirituales.

Eran las cero horas, y ya echado sobre la manta cuando sus párpados se fueron cayendo de cansancio, una mano maciza, redonda, pero muy tibia, le tocó el hombro. El muchacho se sobresaltó y vio la sonrisa más hermosa que había visto: paternal y amorosa. Era la de su abuelo, quien se arrodilló sobre la manta para tenderle una caja alargada, con palabras en inglés y otras incrustaciones *Made in China*. No hablaron, solamente su lenguaje eran la mirada y la sonrisa. La del joven detrás del pasamontaña y la del hombre a flor de piel.

¹⁹ Llareta o yareta: es un arbusto nativo de las regiones altioplánicas, conocido por su apariencia similar al musgo (nota de la edición).

Sebastián se sentó y se sacó los guantes de alpaca para palpar la caja. Jugaba con sus brillantes ojos entre la caja y la sonrisa de su abuelo. Balbuceó, diciendo el joven:

—*Achachila*²⁰, no sabes cuánto deseaba tener este aparato. No sabes la cantidad de estrellas que podré observar. ¡Y la luna, *achachila!* La luz gigante que ilumina nuestro pueblo por las noches.

El hombre viejo seguía sonriendo con una mirada templada y emocionada. Pero no emitía ninguna palabra.

—Abuelo, si te quedas un ratito, te enseñaré algunas constelaciones y mañana invitaré a mamá Elsa. O después del pastoreo, ya al atardecer veremos el lucero y podríamos comer acá un ratito mientras descubrimos otras estrellas o galaxias o...

Sebastián estaba muy excitado, muy emocionado; pese a su adolescencia parecía un niño pequeño recibiendo el más bello y grandioso regalo que jamás imaginó recibir. Acercó la lámpara y mientras acariciaba la caja, comenzó a abrirla.

Sebastián fue armando cada pieza y la mira fue el último dispositivo que instaló. Reguló el lente y apuntando hacia el cielo, comenzó a enfocar unas de sus constelaciones favoritas: Andrómeda. Se quedó admirándola un rato para después cambiarla por Felis, que bautizó con cariño con el nombre de su preciado amigo felino que ahora descansaba en paz.

—*Achachila*, mira. Observa esta estrella, abuelo... ¿abuelo?

El hombre viejo no estaba. Se retiró como apareció: en silencio. El joven miró a su rededor y luego se quedó quieto revisando el telescopio. Pero le nació una tremenda angustia al no ver a su abuelo. Se recostó, puso sus brazos de almohada.

Otra mano acarició su hombro y el muchacho despertó de súbito.

—¡Mamá Elsa! ¿Dónde está mi abuelo?

—¿Por qué preguntas por él?

²⁰ Achachila: abuelo en lengua aymara (nota de la edición).

—Mamá Elsa, él me trajo este telescopio. Estuvo acá conmigo.

—Él se quedó dormido en su cama, a mi lado, junto con tus papás y hermanos. Y me pidió que te dejáramos observar las estrellas y que te dijera que cuando comenzaras a trabajar esta cosa, no olvidarás nunca, jamás, agradecer al Universo todos los deseos que nos ha brindado de manera ancestral. Él se sumergió en un sueño profundo. Su espíritu estará siempre en nosotros, Sebita.

Nieto y abuela se abrazaron con ternura. Sus lágrimas brillaron en sus rostros; Sebastián, con su mentón apoyado en el hombro de la anciana, alzó su húmeda mirada hacia las estrellas desde donde divisó el rostro de su amado y eterno *achachila*.

Segundo lugar regional

Antofagasta
13 años



¿Existirá un encuentro entre los vivos y los muertos?

Antay Araya Soto

Ella se preguntaba por qué tras el fallecimiento de su abuelo su familia hizo tantas cosas, se sentía un poco perdida por todo lo que pasaba, sin embargo, decidió no preguntar y seguir haciéndolo y ayudando. Al pasar un año de aquella fecha tan difícil y con tantos recuerdos, su familia le dijo que era momento de despedir el alma de su abuelo y dejarlo descansar en paz. Había que hacer un ritual de un *huaqui*²¹ y volver a realizar la ceremonia de velarlo. En ese instante también pensó que le estaban hablando en chino, así que se atrevió a preguntar:

—¿Qué es eso? ¿Para qué sirve? ¿Por qué hacemos estas cosas? ¿Cómo se hace?

—Esto es parte de nuestras tradiciones. Al cumplir un año, el alma del abuelo baja a despedirse y a visitar a los vivos. Para ello primero ponemos su ropa, para representar nuevamente su velatorio y además colocamos una mesa de ofrendas con todas las comidas que a él gustaban.

Ella aún se sentía confundida respecto a lo que hacían. ¿Por qué había tantas cosas en el suelo y sobre un *aguayo*²²? Harinas de todos los colores, hojas de coca, vino, alcohol de caña, chicha de maíz, cerveza.

Al momento de hacer todas esas cosas del ritual, ella sintió a su abuelo, sabía que estaba ahí, aunque nadie lo notara.

Aprendió tantas cosas que a muchas personas les parecerían inservibles, pero para ella fue un gran aprendizaje saber que realizar el ritual con la mano derecha era para nuestro mundo, el mundo de los vivos, y que la mano izquierda era para el mundo de los muertos, las almas. Y saber que todo esto puede ser un punto de conexión con los que ya no están.

²¹ Huaqui: Ritual altiplánico relacionado con el ganado (nota de la edición).

²² Aguayo: prenda rectangular multicolor usada en el mundo andino como mochila, abrigo o adorno (nota de la edición).



Al llegar casi al término de aquella ceremonia, sintió que la presencia de su abuelo ya tomaba su camino al mundo de la izquierda, que ya era su momento de descansar. Y que ya tomaba su camino con nuestros antepasados.

A pesar de la tristeza, ella sintió un gran alivio al saber que su abuelo volvería a visitarla, ya que, para su cultura, el 1 de noviembre nuevamente se pueden conectar los mundos al realizar las ceremonias, para recibirlo con todo lo que al él le gustaba y que pasaría un día entero con ellos.

Con el paso de los años, ella empezó a entender que las tradiciones que se hacen para cada situación no son insignificantes, cada una le hacen sentir aquello que ya no está, uniendo el presente con una cosmovisión ancestral.

Tercer lugar regional

Calama

13 años



La vieja Amanda

Anaís Tello Varas

Al interior de Ovalle existe un pueblo llamado Punitaqui. En una quebrada, alejado, pero muy alejado del pueblo, en la cima del cerro vive Amanda. Anciana de ochenta años, pero con una fuerza y vigor de una mujer de treinta años.

Amanda ha vivido toda su vida en ese lugar. Su madre no la mandó al colegio, y al pueblo solo va los fines de mes a comprar la mercadería y a visitar a sus padres al cementerio. Su vida la ha dedicado a las labores del campo. Se levanta a las cinco de la mañana, prende el brasero y se toma un caliente mate con una churrasca con queso de cabra y está lista para empezar su jornada. Va a los corrales y saca a pastar a las cabras, las cuales son cientos. Ella dice que las conoce y distingue a todas, luego pasa a alimentar a sus gallinas y pavos; una vez que sus animales ya están comidos va a cortar leña para empezar a hacer el almuerzo.

Amanda vive con su hijo Antonio, que se dedica a la venta de huevos y frutos secos en el mercado de Ovalle. Por ello, para la vieja Amanda su gran compañía son sus animales, a quienes llama guachos.

Una tarde, Amanda se prepara para ir a la búsqueda de sus cabras a la pradera, esa tarde está muy nublada, casi a punto de llover, por lo que Amanda se pone su poncho y gorra de lana y, apoyada en su viejo bastón, empieza su trayecto en busca de sus queridos guachos antes de que se largue a llover. La vieja Amanda llega donde están sus cabras y con un fuerte silbido empiezan a reunirse alrededor de ella. Pero Amanda se da cuenta de que le faltan dos animales, no está la Rayada ni el Flaco, por lo que deja a su perro cuidando el rebaño y ella, a tranco largo y fuerte, sale en busca de los guachos perdidos. El viejo bastón ya casi se quiebra debido a la fuerza que hace la anciana sobre él. La tarde empieza a avanzar y la lluvia ya se ha largado con fuerza, pero eso no es impedimento para que Amanda siga avanzando con fuerza. Los animales no se ven por ningún lado. Antonio, mientras tanto en casa, se preocupa porque su madre no ha llegado, por lo cual sale en busca de ella.

Mientras tanto, la anciana ve a lo lejos una luz reflejada en una gran roca que ilumina la silueta de los animales perdidos. Pero Amanda siente que le cuesta avanzar y cada vez se le hace más pesado el camino. Siente como un muro invisible que no la deja avanzar, la lluvia ya pasa a ser tormenta hasta con rayos, pero Amanda no va a dejar a sus guachos abandonados, nunca a sus ochenta años ha perdido un animal y hoy tampoco lo va a hacer.

Luego de casi una hora de luchar con esa fuerza invisible que no la dejaba avanzar, Amanda logra llegar a la roca, el chivo y la cabra la rodean y no la dejan avanzar. Luego de dar la espalda a la roca, Amanda escucha una voz que la deja paralizada. A la anciana, por primera vez en su vida, le tiritaron sus rodillas y un escalofrío le recorrió su cuerpo.

La voz le dice:

—No temas hija, nada malo te va a pasar, solo vengo a pedirte perdón y decirte lo orgullosa que estoy de ti.

Amanda seguía paralizada de espalda a la roca, nunca pudo voltearse y no porque algo se lo impidiera, sino que solo porque no fue capaz.

La voz continúa:

—Yo nunca te llevé a la escuela porque de esa forma me criaron a mí, me dijeron que las mujeres debían estar en casa haciendo las cosas del hogar, criando a los hijos y atendiendo al marido. Pero me di cuenta del gran error que cometí contigo, pero ahora vengo a remediar lo hecho.

A todo esto, la vieja Amanda seguía paralizada, sólo una gruesa lágrima corría por su arrugado rostro.

Al mismo instante en que la voz dejó de hablar, se apagó la luz y la lluvia paró de caer. Amanda aún con miedo, giró hacia la roca y avanzó lentamente. A los pies de la roca Amanda encontró un cuaderno viejo con hojas amarillas y casi rotas.

Amanda tomó el libro y, como si lo hubiera hecho toda su vida, empezó a leer y a llorar a la misma vez. Lo que leía la vieja Amanda era un testamento que había dejado su mamá, en el cual decía que todas las hectáreas que se encontraban a su alrededor, en donde Amanda había sacado a pastar a sus animales toda su vida, ella era la única dueña.

Amanda no paraba de llorar, poco le importaba lo que había heredado. Su asombro era por haber escuchado a su querida madre y el reconocimiento que ella le hizo y que por fin podía leer, algo que la vieja Amanda había anhelado toda su vida.

Primer lugar regional

Copiapó
14 años



Del misterio y la vida del pirquinero atacameño

Eduardo Castillo Rojas

Pero qué día más caluroso, extraño la lluvia y su tañer en la tierra, el río y las garzas... Solo espero que el invierno y sus procesos nos ofrenden un desierto florido o al menos un río donde se escuche el grito de la vida... Solo nos queda la noche despojada de nubes y la hermosa bóveda al desnudo, ofreciendo al caminante la esperanza de hallar sin ser visto y seguir la huella del Alicanto o el oasis del Tololo Pampa...

En medio de la madrugada, el pequeño Juan Godoy tuvo deseos de orinar y, a pesar de su corta edad, la oscuridad y el especial frío nocturno del desierto de Atacama, se encaminó en solitario al urinario. Por muy contrario a lo común de la gente, Juan siempre decidía ir al patio de la casa para tal necesidad, le gustaba eso porque podía saludar a los perros, mirar las gallinas dormir y cumplir con sus necesidades. No sentía miedo alguno, a pesar de que en algún momento de sus escapadas nocturnas escuchó a la Llorona. Eso congeló su ser y sólo se limitó a regresar de forma rauda a su cama, aferrarse al pijama de su madre y cerrar con fuerza sus ojos hasta dormir.

—Hola Chañar, mi perro viejo. ¡Hey Negro!, mi perro chato —dijo Juan a sus amigos perrunos. Ambos canes sólo se limitaron a levantar sus orejas, alzar sin muchos ánimos la vista, levantar tierra con su rabo y seguir durmiendo—. Ja, ja, ja, qué cómico cómo duermen ustedes señoritas y usted señor gallo, ¿a qué hora nos despertará con sus gritos?

Y así iba la rutina, hasta que miró hacia el muro del patio para continuar con su ritual, cuando de forma súbita este se iluminó junto a una porción del patio. De inmediato volteó para ver qué producía tal resplandor, pero no había nada, imaginó que podía ser alguien de su familia, pero no, estaba solo.

El gallinero estaba en paz, los perros ni se inmutaron, era como si estuvieran hipnotizados por esa bella luz, que a pesar de ser intensa, no incomodaba a su vista. Miró hacia los lados y nada, hasta que Juan Godoy levantó la vista y eso cambió todo.

Fue algo majestuoso, encontró la fuente de aquel estado hipnótico. Esta era de gran tamaño, quizás como el cóndor que había en la mina de la que hablaban sus abuelos, solo que este era de un muy bello metal, plumas de oro con bellos detalles en vetas de plata cubrían su cuerpo

y alas, sus patas eran robustas, sólidas, de color cobre en fundición y sus garras eran como si pudiesen rasgar hasta el más sólido de los elementos con un color como el del acero pulido. Su rostro era imponente, con una mirada clara y potente, como si sus ojos fueran cuarzos incandescentes que apuntaban hacia el horizonte, hacia la cumbre del cerro Capi.

Este mítico ser estaba posado sobre un poste de madera que iluminaba el camino con una lúgubre luz, más aún comparada con el fulgor que emitía esta ave.

Sintió que su cuerpo se congelaba, pasaron sus cortos ocho años de vida en sólo un segundo. Se dijo: "Debo estar dormido". Por cada segundo que pasaba más se sumía en los detalles y en los movimientos que el ave realizaba, se alongaba, galanteaba su belleza nacida de la tierra minera, del polvo y la sílice, estiraba sus alas a todo su ancho.

Su mente estaba en blanco, ni siquiera pensó en correr o gritar, pasado un momento Juan bajó su mirada para verificar que todo era verdad y no parte de su imaginación. Para su sorpresa, al alzar la mirada, el ave todavía estaba en la cima del poste, deseó poder emitir algún grito para llamar su atención, pero antes de poder realizar esto, el ave clavó su mirada en él, como clavando un destino sobre el pequeño Juan Godoy. Y junto a esto realizó un impulso con sus poderosas piernas y aquellas aceradas garras soltaron la madera y con un poderoso aletear, que hizo que el arisco cabello de Juan se moviera, encumbró el vuelo y se perdió entre los cerros Capi y Antena, para así desaparecer de la vista de Juan Godoy.

Pasaron los años y Juan se volvió pirquinero, un extractor feroz de metales desde las entrañas de la tierra, y en su mente siempre estaba aquel recuerdo vívido del Alicanto, esto lo supo cuando se alimentó de la cultura minera.

El Alicanto es un ave compuesta completamente por los metales más nobles de la Región de Atacama: oro, plata, cobre, etc. Este guía al afortunado hacia la riqueza donde se hayan extensas vetas de oro y plata pura, entre otros minerales de alto valor, pero se debe de ser cauteloso, ya que, si el Alicanto te sorprende siguiéndolo, te empuja hacia el fondo de los barrancos desde lo alto de las cumbres, para así abandonar la vida.

Esto, a pesar de todo, a Juan no lo deprimía ni atemorizaba, ya que decidía continuamente acampar por días y hasta meses en cerros y cumbres de la cordillera de los Andes en busca de las famosas riquezas del Alicanto o el tesoro de Fraga, acompañado siempre por alguno de sus fieles perros, mantas de abrigo, charqui y herramientas.

Una noche en que Juan Godoy estaba acampando, su carpa se iluminó de forma súbita y esto lo hizo recordar de inmediato su niñez. Salió a toda prisa de su carpa, más solo pudo ver entre unas lomas que estaban a distancia de él, una especie de estela, como la de un cometa, de color dorado. Si enfilaba de inmediato hacia el lugar, podría llegar en unas cuantas horas, pero ni la espesura de la noche ni el complejo terreno se lo permitirían.

Al llegar el alba, Juan ya tenía todo preparado y salió en busca del rastro que había visto la noche anterior. Pudo ver que existía un pequeño sendero entre cerros, como hecho por animales; por coincidencia tenía el mismo destino hacia donde se dirigía. Continuó este arduo camino, fueron horas soportando el sofocante calor del desierto, la fatiga, la arena, las rocas con distintos filos y colores, hasta dar paso al ocaso. Ya en lo alto de una colina encontró que había hermosas casas, bares, gente disfrutando de la cueca. En este lugar Juan se entregó al jolgorio, no podía creerlo, quizás había encontrado el tesoro, porque las mesas tenían pilas de oro puro; Juan llenó sus bolsillos de oro y plata y colgó a su cuello un pañuelo de seda rojo para su mujer y terminó su noche entre risas, comida, tragos, fiesta y baile.

Despertó con su cabeza apoyada en una roca, a pleno sol, sin ciudad, sin jolgorio, sin nada. Sólo el pañuelo rojo de su cuello, una pepita de oro en la mano, el fondo del barranco y un brillo dorado volando hacia las cumbres.

Segundo lugar regional

Copiapó
8 años



Las monedas de oro

Joely Araya González

Mi abuelo trabajaba la tierra, en aquellos tiempos entraba a las cinco de la mañana y salía a las ocho de la tarde. Era un hombre muy fuerte, cuyo trabajo lo mantenía en forma, él decía que la mejor manera de ganarse la vida era trabajar en el campo.

Como estaba acostumbrado a un trabajo solitario, no le daba miedo estar fuera de la casa a oscuras, siempre se mantenía ocupado. Sólo le interesaba sacar adelante a su familia con su propio esfuerzo. Trabajaba en su tierra día a día, sembrando, ocupándose de las malezas y plagas y manteniendo en buen estado su cultivo.

En aquellos tiempos, los gastos de la familia eran en su justa medida, pero hubo una temporada muy difícil, inundaciones, sequedad que afectó a muchas familias. Mi abuelo ya tenía experiencia en estas situaciones y logró salvar su cultivo; decía que la manera de tener el cultivo en buen estado era trabajando duro, así era la vida para mi abuelo y su familia. Parecía que nunca iba a cambiar. Pasaron los años y mi abuelo envejecía, le empezaron a pasar la cuenta los años, pero él se hacía más fuerte y sabio.

Mi abuelo y su familia eran muy humildes. Un día como cualquier otro, salió al campo como era de costumbre, estaba muy oscuro, gracias a la luz de la luna lograba ver donde podía pisar. Empezó a limpiar donde sembraría nuevos vegetales, pero se encontró con una piedra muy grande donde la maleza crecía y daba lugar a que los animales hicieran sus madrigueras, al menos eso pensó él al ver esa piedra gigante que estorbaba su cultivo.

Dice que en los años que llevaba trabajando nunca se había topado con esa piedra y esta permaneció en ese sitio. Al día siguiente decidió sacar la piedra que le estorbaba, la levantó y arrojó a un lado del camino. Les recuerdo que mi abuelo trabajaba casi a oscuras, pero lo que vería esa mañana lo dejaría atónito.

Justo debajo de la piedra había una compuerta, del tamaño para que un perro cayera ahí dentro, este hecho dejó a mi abuelo helado, porque al trabajar toda su vida en el mismo campo nunca había notado esa compuerta. Por la impresión salió corriendo, dejando atrás sus herramientas. Entró a su casa y su familia lo vio muy pálido, su mujer le dijo que se sentara en la mesa porque podía desmayarse, él no mencionó nada sobre la compuerta a su familia y cuando le preguntaron por ello, él se limitó a decir que no era nada y que no se debían preocupar.

El día pasó y mi abuelo estaba listo para seguir con su trabajo, porque sabía que sus herramientas de trabajo estaban ahí, queriendo creer que nunca pasó eso y que sólo fue parte de su imaginación, se armó de valor y emprendió camino.

Llegando al lugar, vio sus herramientas tiradas en el piso, pero nunca más vio la compuerta; no sintió temor, pero sí guardó un gran respeto a todo lo que no conocía. Pasó mucho tiempo para que contara algo, porque él no quería que su familia se preocupara. Trabajó en el campo hasta los sesenta y cinco años, dejando su dura labor a sus dos yernos, quienes tomaron su ejemplo para mantener el campo en buenas condiciones.

Años después, el esposo de una de sus hijas, mi papá, se encontraba tomando tragos con unos amigos en el pueblo, para celebrar que aquel año la cosecha había sido todo un éxito y como era de suponer, todos los involucrados estaban muy felices. Cuando todos estaban hablando oyeron la puerta del bar abriéndose, al abrirse entró la policía preguntando por un hombre con buen estado físico, de 1.70 metros de altura, con cuarenta o cuarenta y cinco años, a quien buscaban por robo de dinero, lo habían visto salir hacia esa dirección.

Las personas que estaban en el bar contestaron una a una que no lo habían visto. Ya era muy noche y mi padre invitó a los dos policías a celebrar con ellos el éxito de la cosecha. No había pasado mucho tiempo cuando la puerta del bar se abrió nuevamente, pero esta vez muy estrepitosamente, hacía mucho frío por las lluvias y estaba muy oscuro. De inmediato los policías reconocieron a la persona que entró al bar: era la persona que estaban buscando. Lo más curioso fue que el hombre no se interpuso a su arresto, más bien se sentía aliviado cuando los policías lo sujetaron, lo esposaron a una silla y continuaron con la celebración. El hombre estaba muy frío, pálido y mojado, no decía nada ni tenía ninguna intención de escapar; minutos después se escuchó que el hombre decía gracias y tartamudeaba algo. Mi padre y los dos policías se acercaron y el hombre les dijo que había corrido, pasó por delante del bar hasta llegar a un campo, el campo del que estaba hablando era de mi abuelo, pues era el único campo que estaba cerca. El hombre les comentó lo siguiente:

Llegué al campo pensando que ya me había escapado, ya estando en ese campo encontré una compuerta pequeña, la abrí y entré dentro de ella, fue un poco difícil, ya que la compuerta era muy pequeña. Estaba lloviendo y pensé que nadie me iba a encontrar, antes de eso pensé qué haría una puerta en el campo, pero no me importó, más tarde di por hecho que estaba en una especie de bodega. Al entrar volteo y veo una luz brillante, pero no era nada parecido a una vela o a una fogata, era más bien como la luz de la luna, parecía ser el brillo de unas monedas de oro. Dentro de aquella compuerta era muy amplio, como si se tratase de un cuarto, me acerqué a las monedas, estaba muy contento, pues creía que

esa noche estaba de suerte por encontrar todas esas monedas de oro que estaban dentro de una caja. Cuando quise agarrar una de las monedas, escuché al fondo de la habitación, justamente donde la luz no alcanzaba a llegar, una voz que me puso los pelos de punta, la verdad hasta me oriné del susto, la voz decía:

—O todo o nada —una y otra vez, a lo que le respondí:

—Todo.

En ese momento sentía más avaricia que miedo. Salí de ese cuarto por la compuerta, había arrastrado la caja con monedas, justo para el momento que saliera solo tenía que agarrar la caja e irme, pero lo que me pasó en ese instante me dio un tremendo susto: un perro que brillaba como las monedas me estaba ladrando a mis espaldas, al voltear dejé la caja con monedas dentro de la compuerta, escuché como el perro me hablaba y me miraba con esos ojos que te clavaban la mirada, tenía una cara horrible; él se acercó y me dijo:

—Estas no son tuyas.

Razones me sobraron para salir corriendo de ese lugar, no lo pensé, solamente corrí y corrí hasta llegar a este bar.

Los policías le soltaron las esposas y le dijeron al ladrón:

—Ya aprendiste tu lección.

Mi padre agregó una historia que le contó mi abuelo:

—Verás hombre, la persona que era dueño del campo también vio esa compuerta, pero por miedo nunca intentó abrirla y cuando decidió abrirla no la volvió a ver nunca más.

El ladrón al escuchar esas palabras se desmayó por lo cansado que estaba por todo lo que le había pasado esa noche, o porque mi padre le estaba confirmando que lo que él vivió era real y que no fue parte de su imaginación.

Tercer lugar regional

Copiapó
14 años



Los dinos jurásicos en la comuna de Combarbalá

Gaspar Arroyo Banda

Hace mucho, mucho tiempo, es decir 16.936 años atrás, vivían en la recóndita comuna de Combarbalá; los dinosaurios. Eran seres majestuosos, carnívoros y herbívoros. Estaban el apatosaurio y el argentinosaurio, los cuales eran muy grandes, también había raptos y tiranosaurios. En mi imaginación, yo vivía en ese peligroso lugar. Un día de pronto en la tierra apareció un portal de piedra y entré. De repente los velocirrautores me estaban persiguiendo y salí enseguida. Al salir, vi que todos los *dinos* estaban afuera, ¡mi pueblo estaba llenos de *dinos*!

De pronto apareció algo raro, era un tiranosaurio que era solo esqueleto y estaba vivo, porque lanzó al raptor muy lejos.

También en unas cavernas vi a un ser humano con largas barbas que actuaba como un doctor malvado. Este doctor cavernícola había creado al dinosaurio esqueleto y quería crear más, pero yo lo convencí de que esas criaturas eran malas, porque se comían a otras personas cavernícolas, y cuando este doctor intentó matar al esqueleto, se lo comió a él.

Le dije a los *dinos* que el *rex* esqueleto los mataría, enseguida lo atacaron. A lo lejos vi un meteorito y corrí muy rápido a la caverna profunda, cuando el meteorito chocó con la tierra hubo una explosión; tiempo después salí de la caverna y fui a ver, pero ya habían muerto todos los dinosaurios.

Fue por el meteorito que esta tierra combarbalina pudo ser habitada por combarbalinos. Aún quedan algunas cavernas por aquí, pero todavía no han sido muy exploradas, quizás qué podríamos encontrar, un esqueleto de *dino*, ojalá sea bueno.

Primer lugar regional
Combarbalá
10 años



Las costumbres de mi pueblo

Cristóbal Pizarro Castillo

Esta es una historia que ocurrió hace tiempo en un pueblito lejano, ubicado en una localidad rural de la Región de Coquimbo y es parte de su cultura.

Cuentan nuestros abuelos que han vivido por muchos años en ese lugar, que cuando moría alguien lo velaban en su casa y todo el pueblo acudía a celebrar con música ranchera y con comida. Este acontecimiento duraba entre tres o cuatro días.

La gente del pueblo preparaba sus canastas con alimentos para llevárselos a la familia del fallecido. Al comenzar el atardecer se reunían en torno al ataúd a rezar unos padrenuestros y avemarías, esto hacía que surgieran gritos y llantos lamentosos por parte de los presentes, especialmente de las mujeres, pero de repente el ambiente fúnebre cambiaba a un ambiente de jolgorio.

Mientras la música se hacía sentir, las mujeres se encargaban de cocinar y los hombres preparaban el vino navegado. La noche avanzaba con lentitud y aumentaba el bullicio, las carcajadas y el baile duraban hasta el cantar de los gallos.

Con los primeros rayos del sol terminaba la fiesta, luego venía el desayuno para aquellos que habían dominado el sueño. Alrededor de una mesa surgían las conversaciones y las experiencias vividas con el fallecido, de pronto aparecían los llantos espontáneos de los familiares y expresiones como: "*Tan bueno que era*" o "*qué Dios lo tenga en su santo reino*".

Cuando llegaba el día del entierro, el pueblo detenía sus actividades para esperar al difunto y llevarlo al cementerio. Este quedaba en las faldas de un cerro, por lo que tenían que caminar un buen trecho. Los amigos y familiares se encargaban de llevar el ataúd y los demás iban en una procesión hasta el sacramental. En ese lugar despedían al fallecido con alegres cantos y aplausos. Al rato, uno a uno salían del cementerio rumbo a su casa, para luego seguir su vida con normalidad.

Segundo lugar regional

Monte Patria
13 años



Conociendo el campo chileno

Víctor Álvarez

Este año mi padre nos dice:

—Niños, en vacaciones iremos a conocer el lugar donde nació su abuela y están nuestros antepasados.

Muy contentos e ilusionados comenzamos a preparar nuestro viaje a una hacienda llamada El Tangué, que se encuentra hacia la costa, al interior de Tongoy en la Región de Coquimbo.

El día llegó, salimos muy temprano y comenzamos a recorrer kilómetros, cada cierto tiempo preguntaba: "¿Cuándo vamos a llegar?".

—Falta mucho — nos decía nuestro padre.

Nos adentramos en un camino de tierra donde el auto saltaba por tantas piedras y baches, al comenzar a bajar una cuesta se veían varias casas enclavadas entre los cerros y mi padre dijo:

—Ahí está la hacienda.

Ahí podía imaginar que estaba en otro mundo, y al atravesar ese camino polvoriento, pero que en sus orillas lo rodeaban algunas florecillas que asomaban entre las rocas, encontraría un paisaje lleno de verde y grandes árboles. Luego atravesamos un estero y entre los arbustos se divisaban jugueteando varias cabritas, caballos, gallinas. Al fin llegamos a casa, donde bajamos del auto un poco asombrados por ver un mundo tan distinto a la ciudad. En eso apareció una viejita bonachona con delantal, que tenía su pelo plateado por los años y mi padre dijo:

—Ella es tu abuela.

Pero no podía imaginar que a tantos kilómetros de mi casa existía un lugar donde no había luz y agua potable, menos televisión. El rostro de la abuela muy contenta nos invitó a entrar y ya instalados nos dijo:

—Acá después de cinco minutos ya no son visitas, por lo que deben trabajar, en el campo hay mucho que hacer.

De esta forma, mi madre se acomodó para preparar el almuerzo y todos entramos a la cocina, donde el olor a leña era penetrante en el aire. Quedamos extrañados al ver como cocinaban, ya que en la ciudad vemos cocinar con carbón o leña solo cuando se realiza un asado en una fiesta, pero en el campo es parte de la vida diaria. Luego nos dijo:

—Los niños deben ir buscar el rebaño de ovejas y las cabritas que se fueron hacia el cerro con un sol ardiendo porque baja el león o los perros y les hacen daño, por eso hay que encerrarlas en el corral.

Así partimos, arriamos las cabritas, la abuela las entró en un corral y de una en una comenzó a sacarles leche, las cabritas muy dóciles se dejaron manipular con las manos de la abuela; como es su costumbre, llenaron unos baldes de leche que se veía calentita y muy blanca, primera vez que veía ese quehacer y pensé: es esta su costumbre en el campo.

Luego comenzaron a cantar las gallinas y pregunté:

—¿Por qué meten bulla las gallinas?

Y la abuela me contestó:

—Cacarean avisando que ya pusieron un huevo.

Me acerqué a los gallineros, las gallinas estaban echadas, con miedo y sorpresa junto a mi abuelo sacamos los huevos, nunca había visto tal forma, todo era tan nuevo para nosotros.

Mientras esperábamos el almuerzo, con mi abuela decidimos escalar un cerro que estaba frente a la casa. El tío Alberto nos decía que allí bajaba el león, pero con el afán de subir y vivir una nueva experiencia subimos por un camino muy pequeño por donde suben las cabritas en busca de pasto. Al llegar a la cima, se respiraba aire puro y parecía que estábamos más cerca del cielo. Los pajarillos nos deleitaban con su canto o quizás nos saludaban y nos daban la bienvenida, con sed probamos un copao, fruto de los cactus. Con calor bajamos resbalándonos por el camino, pero muy entretenidos; y vimos a las cabras que ya andaban subiendo por el camino hacia el campo para volver a alimentarse con las hierbas y volver llenitas de leche.

Al llegar a casa el almuerzo ya nos esperaba, compartimos y bajamos a una pieza en donde estaba la abuela preparando el rico queso tan blanquito como la luna; nunca imaginé que desde ese campo llegaba el queso que compraba en el supermercado o en la feria.

Por la tarde, al tomar el tecito, la abuela se puso a amasar mientras el tío preparaba un gran hoyo, donde colocó arena y leñas e hizo mucho fuego; para mi gran sorpresa llegó la abuela con una gran masa redonda y la tiró en la tierra, luego colocó toda la arena sobre la masa, esperaron unos minutos mientras los más adultos disfrutaban un mate alrededor del fogón en el suelo y pasados unos minutos, sacaron la masa, allí supe lo que era una tortilla de rescoldo.

Así pasaron los días, disfrutando de la vida del campo, una bonita aventura y experiencia, conociendo la cotidianeidad de los abuelos cuya vida era muy sacrificada, pero muy bonita porque se escuchaba el silbido del viento y el canto de los pájaros. A diferencia de mi ciudad que estaba llena de bocinazos y ruidos, y que huele a smog y bencina.

En cambio, el campo huele a leña, a pasto mojado con cristalinas gotitas de agua del amanecer, era maravilloso levantarse con un entorno lleno de naturaleza, con atardeceres llenos de nubes que dibujan figuras en el cielo, quizás por esa razón, la de vivir en el campo, la abuela vivió ciento cinco años. Dios me permitió conocer y compartir esta historia de campo de aquella hacienda llamada El Tangué, Región de Coquimbo, y donde la vida de campo continúa presente.

Tercer lugar regional

Coquimbo
14 años



José y la propuesta del diablo

Antonella Díaz Gallardo

Hola, soy Mony y quiero contar una historia que pasó hace muchos años. Esta historia se trata de un joven llamado José y de otro personaje que todos sabemos que no es muy buen amigo, todo lo contrario, se trata del Maligno, como es conocido en el campo. Bueno, pasaré a contarles lo que pasó con estos dos personajes.

José era un joven trabajador y muy honesto, él vivía en el cerro, poseía unos animalitos típicos del campo como: caballos, vacas y cabras. De estas últimas, él hacía queso, los cuales vendía en Putaendo. En esas circunstancias conoció a una mujer muy hermosa, él se enamoró de ella, pero la mujer no de él. Fue tanto el deseo que él sentía que no midió las consecuencias.

Una noche, al estar solo en su casa que se ubicaba en el cerro, José miró al cielo y se preguntó por qué esa bella mujer no se fijaba en él. En ese momento escuchó una voz que decía:

—José no preguntes al infinito, acá estoy yo para ayudarte.

José, al escuchar esa voz, miró por todos lados y no podía ver quién era el intruso que estaba escuchando sus palabras. José se asustó y quiso tomar entre sus manos una cruz, la que cayó al suelo y en ese instante vio parado en la puerta de su casa a un hombre completamente vestido de negro, que poseía una mirada penetrante y una sonrisa como ninguna. José asustado trató de pronunciar algunas palabras que salieron entrecortadas:

—¿Qui-quién e-eres tú?

El hombre le respondió:

—Soy quien te ayudará a tener todo lo que quieras. Soy tu amigo de las tinieblas, no me tengas miedo, no soy tan malo como dicen, tampoco soy tan vengativo, esas son solo mentiras, tú solo debes darme algo a cambio y ya.

José tomó valor y le dijo:

—¿Qué me vas a pedir?

El hombre malo le preguntó:

—¿Qué tienes de valor para darme?

José le mostró sus animalitos. El Mandinga se echó a reír y dijo:

—¿Para qué quiero yo esos animales? No me sirven.

José le mostró su casa y los terrenos. El Mandinga volvió a reírse y le dijo:

—No, quiero algo de más valor.

José le respondió:

—No tengo nada más.

Y el Mandinga le respondió:

—Sí, tienes algo que yo deseo y mucho... tu alma.

José se asustó y lo corrió de su casa con un hermoso rezo y éste, mientras desaparecía, le dijo:

—Esa bella mujer será de otro, uno más valiente que tú, cobarde...

José esa noche no le hizo caso. Al llegar una nueva noche, salió de su casa y se sentó en unas rocas y volvió a hablar, el Mandinga no se demoró mucho en aparecer y le dijo al joven:

—¿Me darás lo que te pedí?

José le dijo:

—Sí, pero quiero estar seguro de que me darás el amor de esa bella mujer.

El Mandinga respondió:

—Confía en mí.

Y José se echó a reír.

A la noche siguiente debían reunirse en el cerro, pero tenía que ser en un lugar que no se escuchara nada. José como conocía el campo, lo guió a un lugar tranquilo y ahí se encontraron ambos, cara a cara, pero ninguno de los dos se atrevía a dar el primer paso para hacer lo que habían acordado.

Antes de continuar, debo decir que José pensó la noche anterior que no era de hombre tener a la fuerza el amor de una mujer, por lo que José preparó un plan y esperaba que todo saliera bien.

José se dio valor y le dijo:

—Acá estoy, pero ya no quiero un amor a la fuerza, porque sería un amor de mentiras.

El Mandinga le respondió con furia:

—¿Tú crees que estoy acá para perder mi tiempo? ¿Quién te crees que eres?

El Mandinga furioso, comenzó a tirar fuego por la boca y chispas por los ojos, cada vez aumentaban más de tamaño. José trató de correr, pero el Mandinga lo tomó con sus largos brazos y lo llevo a su lado y le dijo claramente:

—Esto no es un juego, eres un miedoso, jamás serás un hombre de verdad, no eres de palabras, así que te llevaré en cuerpo y alma.

José lo miró y le pidió un último favor:

—Solo déjame tocar por última vez el suelo, solo eso te pido.

El Mandinga al verlo tan frágil lo dejó caer al suelo, José se paró y entre los arbustos tenía una cruz escondida y un poco de agua bendita. Tomó el agua y la lanzó al Mandinga, mientras con la otra mano sostenía la cruz y a la vez rezaba. Mientras hacía todo esto, José jamás dejó de mirarlo a sus ojos, hasta que el Mandinga desapareció entre rezos, aullidos, un fuerte viento y a lo lejos se escuchó cantar un gallo.

José recapacitó y nunca más se dejó llevar por los malos pensamientos de tener a una mujer a la fuerza y gracias a eso con el tiempo conoció el amor de su vida y fueron inmensamente felices.

Primer lugar regional
Putando
12 años



La noche del diablo

Catalina Navarrete Troncoso

Mi abuelo de setenta y nueve años, llamado Rubén Troncoso, nació en Angol, Región de la Araucanía. Casi toda su vida la pasó en ese lugar. Provenía de una familia pobre, su casa era de adobe y con muy pocas comodidades. Trabajó de muy pequeño, cuidando animales por las noches en temporadas de verano, por lo que vio cosas que muchos no creerían. Me contó varias historias, pero una de ellas fue la que más me llamó la atención y será la historia que les contaré a continuación:

Un día de verano a eso de las seis de la tarde, nos preparábamos para salir al cerro. Iba en compañía de mi padre y dos de mis hermanos. Como cada viaje, preparábamos las cosas para pasar la noche, llevábamos comida, agua y una linterna. Así llegamos donde pasaríamos la noche.

Mi hermano Juan Carlos hizo fuego, mientras nosotros hacíamos un recorrido entre los animales. Ya eran las nueve y media y la nada quedaba del sol, así que volvimos al refugio que estaba bajo un árbol. Mientras hablábamos y comíamos frente al fuego, empezamos a escuchar un ruido extraño, como un animal. Salimos para ver si era algún zorro, pero miramos y no encontramos nada así que volvimos al refugio. Mi padre junto a mi hermano se quedaron dormidos, mientras yo que cuidaba volví a escuchar un ruido como que había algo afuera, se sentían como pasos, por lo que me armé de valor y salí con la linterna.

Todo estaba oscuro así que iba alumbrando mientras avanzaba. Me metí entre los animales, estos dormían y algunas vacas despertaban al ver la luz. De sorpresa veo un animal que nunca había visto detrás de dos vacas, un animal negro con grandes ojos rojos, una mezcla de perro y lobo que se empezó a acercar y mi linterna con pilas nuevas se apagó. Pegué un grito tan fuerte como pude y de repente siento a la bestia al lado mío. Respiraba fuerte, sentía su aliento caliente con olor desagradable, pensé que iba a morir; en eso sentí unos pasos cerca de mí, me doy vuelta y la linterna se vuelve a encender. Alumbré la cara de mi padre y creo que volví a respirar. Él me agarró del brazo y me llevó al refugio, no quiso preguntar lo que había pasado.



A la mañana siguiente, me dijo:

—¿Lo viste?

Yo le respondí:

—¿A quién?

—Al Mandinga, él se hace pasar por un perro y le gusta asustar a quien visita el cerro en la noche, marcando su territorio.

Desde aquel día mi abuelito no quiso ir nunca más al cerro a cuidar a sus animales.

Segundo lugar regional

Putando
14 años



Desde mí

Thiara Arriagada de la Paz

Mi vida fue difícil, crecer en el campo no la mejoró mucho. Nunca tuve la oportunidad de ir a la escuela, estaba muy lejos y no había dinero, como era el mayor de once hermanos tenía que ayudar a llevar dinero a la casa porque justamente no había.

Me dediqué toda una vida al campo, algunas veces tuve que rechazar trabajos y otras no me aceptaban y todo esto porque no sabía leer ni escribir, porque nunca pude aprender. La gente que no me aceptaba en los trabajos la mayoría era porque no confiaban en que yo pudiese hacer las cosas bien, varias veces me perdí en mis idas a la ciudad por culpa de no saber leer.

Cuando pedía ayuda para saber qué estaba escrito, la gente me miraba con burla o pena y me daba mucha vergüenza. El que, por culpa de otras personas, de otras cosas y hasta por mí mismo yo no pudiese estudiar, aprender a leer y escribir, a sumar y restar, me daba mucha tristeza; el no poder ayudar a mis propios hijos con sus tareas, el querer aprender, ya que siempre quise estudiar, siempre lo quise.

Me llamaba tanto la atención descubrir cosas nuevas, pero la necesidad me lo impedía, de tener que poner un plato de comida en la mesa, que a mi familia no le faltara nada, que mis hijos pudiesen estudiar, ir a la escuela, hacer lo que yo siempre quise, me impulsaba todos los días a trabajar desde bien temprano en la mañana hasta bien tarde en la noche, todos los días.

La pobreza era horrible en esos años del cacerolazo que hicieron las mujeres porque no había comida, nos moríamos de hambre. Como dije antes, había una necesidad. Yo no me quejo de todo el trabajo que hice, porque gracias a todo ese esfuerzo mis hijos pudieron ir a la escuela, pudieron estudiar, aprender a leer y escribir, a sumar y restar, todo eso y mucho más. Y ahora de viejo me doy cuenta de que yo todavía puedo aprender y que ya no me voy a avergonzar ni tener pena, porque voy a hacer lo que siempre quise, lo que siempre anhelé. Aprender a leer y escribir, a estudiar todo lo que pueda, porque ahora nada me lo puede impedir, porque yo puedo y nada ni nadie me lo va a negar.

Tercer lugar regional
San Felipe
14 años



Ilustración: Juanca Cortés

El cementerio del Mandinga

Sofía Flores Cautre

Me llamo Laura Muñoz y en mi pueblo, Valdivia, es muy común escuchar historias sobre el mismísimo Mandinga, el ser del mal, el de los cuernos y al final todos terminan con lo mismo. Los ancianos y las campesinas dicen ver y hasta interactuar con el mismo mal, que viene vestido de oveja como un ser inocente, pero muy pronto se descubre su verdadero ser. Pero estas son puras patrañas, ¿verdad?, porque a mis veintidós años nunca he visto ni escuchado nada fuera de lo común, a excepción de las vacas en la mañana. En fin, ¿quién podría creer en estos cuentos que se crean para mandar a los niños a dormir en las noches? Pues yo no, a ver si el Mandinga puede con eso, ja.

Un día de invierno en la mañana desperté con una incertidumbre sobre mí, aunque no había nada que hubiera olvidado o por lo que estuviera nerviosa, así que rápidamente traté de olvidar esa sensación para que no me arruinara el día, me levanté y me dirigí hacia donde estaba mi madre cocinando sus famosas sopaipillas y pan amasado; esto me alegró otra vez, entonces me senté a la mesa y mi madre me dijo:

—Laura, si vas a salir a andar a caballo en las montañas, tienes que volver antes del anochecer, don Luciano me dijo que habían visto a un hombre desconocido andando a caballo por aquí cerca, y además a la llegada de él, las cosechas repentinamente empezaron a morir, y con toda esta información, ya podemos saber quién es.

Con mala cara le respondí:

—¿Por qué crees todo lo que te dice don Luciano, mamá? Sabes que esos cuentos no son reales, ¿verdad?

Ella me respondió:

—Laura, ten un poco más de respeto, don Luciano es el hombre más sabio del mundo, además, no tienes a la suerte, hija mía. Ahora escúchame bien, te quiero de vuelta en casa antes de las seis.

Sin ganas de discutir más, asentí con la cabeza y me retiré de la mesa.

Ese mismo día en la tarde decidí dar una vuelta en mi caballo solo hasta el arroyo, para tomar una foto y aprovechar que mamá estaba durmiendo plácidamente en su habitación. Así decidí salir y galopé hasta adentrarme en un bosque cercano; ahí noté que mi caballo tenía sed y estaba muy cansado, decidí bajarme y buscar algún lugar cercano en donde pudiera conseguir agua para el caballo y así poder volver a casa. Caminé un largo tiempo, hasta que de pronto pude divisar unas rejas a lo lejos, entonces sin más opción, decidí ir; mientras más me acercaba, más me daba cuenta de que no era una casa, era un cementerio, entonces me bajé del caballo y fui a donde estaba un pozo para poder darle agua al caballo, después lo dejé descansar un poco, mientras yo estaba dando vueltas por ahí.

Investigando el lugar, me di cuenta de que la muerte tenía una belleza oculta, ya que no todos comprenden las formas, las flores, las dedicatorias y el amor eterno de las personas que despiden a su ser más amado. Busqué mi cámara para capturar esa tranquilidad y silencio que emanaba de ese lugar, pero mi tranquilidad pronto se acabó, pues en el momento que iba a tomar la foto, me sobresalté al escuchar a una niña detrás de mí preguntarme:

—¿Eres fotógrafa?

La miré detenidamente, era una niña de unos siete años, hermosa, por cierto, y le respondí:

—Algo así, ¿dónde están tus padres? —le pregunté, porque estaba sola e instintivamente uno tiende a preguntar por el paradero de los padres, la miré aún más detenidamente y me señaló con el dedo a unos cuantos metros de donde estábamos.

—Allá están —me dijo mientras me miraba casi analizándome; luego volvió a hablar y me dijo—: Quiero pedirte un favor, ¿nos podrías tomar una foto?, ellos están sentados en la tumba de mi abuela y me parece muy tierno como están, así que ¿puedes hacerlo?

Dudosa, asentí con la cabeza, esperando poder irme pronto, ya que la incertidumbre que tenía en la mañana había vuelto repentinamente. Con una sonrisa escalofriante me dijo:

—Gracias, yo me sentaré a su lado y tomas la foto, ¿está bien?

Le dije que sí, entonces comenzó a caminar hacia donde estaban sus padres y a la mitad del camino se dio vuelta y con unos ojos malévolos me dijo:

—Ah, pero debo decirte algo, a ellos no les gustan las fotos, sabes, si les dices no voltearán, y yo quiero que salgan así sin más, sin darse la vuelta.

Luego de esto se dio la vuelta nuevamente y me dijo:

—Mira que yo sea la más bella.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, no sabía qué me estaba pasando, ya no tenía ningún control sobre mí, las manos me temblaban, el corazón se me aceleraba, tenía escalofríos y la mala sensación de que algo no estaba bien. Cuando iba a tomar la foto la cámara no enfocaba y la distancia no era tan larga, así que me desesperé, hasta que al fin tomé tres o cuatro fotos, pero cuando el *flash* salió, todo estaba oscuro, así que me asusté y comencé a gritar:

—¡NIÑA, NIÑA! ¿DÓNDE ESTÁS?

Nadie respondía a mi llamado, cuando de pronto me di cuenta de que era de noche, se había oscurecido mucho. En ese momento me arrepentí de haber salido de mi casa, un terror horrible invadió cada extremo de mi ser y mis piernas se debilitaban a cada paso que daba alejándome de esa tumba, alguien me gritó:

—¡Oye tú!

Entonces de mí salió un grito de horror, pero luego me di cuenta de que era el velador que se acercó y me dijo:

—No puedes estar aquí a esta hora, ya que además de tarde, a esta hora los sucesos extraños se hacen mucho más fuertes.

Entonces después de un momento de silencio y tensión me preguntó:

—Viste a la niña, ¿verdad?

Llorando asentí con la cabeza y él sólo dijo:

—Dios mío, apiádate de nosotros.

Después de eso, el velador me llevó hacia la pequeña casa que habitaba mientras cuidaba el cementerio y ahí me entregó un caballo y me dijo que galopara lo más rápido y lejos posible, pero antes le dije que quería que me contase la historia de la niña que vi, pues había sentido algo malo venir de ella, vi que se puso tenso y muy serio, me respondió:

—Eso no es una niña.



Yo le pregunté:

—¿Entonces qué era?

Y el velador me respondió:

—Era el Mandinga.

Yo quedé totalmente espantada, pues nunca imaginé que los cuentos eran ciertos y menos que el mismísimo Mandinga estaba cerca. El velador me contó que la niña había cometido actos muy crueles e inhumanos en contra de su familia, misma razón por la que ahora estaban muertos, pero un día fue una valiente muchacha a la cueva en donde se ocultaba y ahí mató a ese ser. Cuando el Mandinga vuelve a Valdivia la niña sale al cementerio a visitar a su familia y recolecta personas que quieran jugar con ella, pero las personas que juegan con ella nunca sobreviven a sus juegos, por eso estoy seguro de que es el diablo el que comete estos bárbaros actos.

—No vuelvas nunca a este lugar —exclamó el velador, y prosiguió diciendo—. Si ella te vio, ahora querrá seguir jugando contigo.

Después de ese día, me encerré en mi casa cuatro días seguidos por el miedo que sentía de que el Mandinga fuera por mí. Uno de esos días recordé la foto que le había tomado a la niña, y al revisarla me percaté de algo que me puso los pelos de punta, en esa foto había más de tres personas, había alrededor de treinta personas, todos sin cara, a excepción de la niña, que estaba al frente con los ojos rojos y dientes filosos, como los de un tiburón. Sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo y de inmediato solté la cámara, horrorizada por lo que vi, hasta que escuché a alguien detrás de mí decir:

—¿Me tomas otra foto?, en esa no salgo bella.

Primer lugar regional
Padre Hurtado
14 años



Ilustración: Paulina Leyton

Lo que el mar oculta

Sofía Flores Cautre

La vida es una sucesión de lecciones que uno debe vivir para aprender.

Cuenta la leyenda que hace muchos años, en una tierra de gigantes, vivía una hermosa gigante de gran gentileza y corazón, tan bella por fuera como por dentro; su nombre era Matilde y vivía en las costas de Puerto Montt. Matilde era muy apreciada por todos los pobladores y personas cercanas a ella, era la felicidad de su pueblo y la felicidad de ella era su pueblo.

Una mañana de verano, Matilde salió a arar la tierra como de costumbre, cuando de pronto sintió la necesidad de ir a caminar al lado del mar y obedeciendo a su corazón fue al lado del mar, sin saber lo que le esperaba y deparaba el destino. Matilde caminó y caminó admirando el mar y la tierra, conectándose con el hermoso paisaje que la naturaleza le ofrecía, hasta que de pronto divisó algo acercándose desde el mar. “¿Qué es eso?”, pensó la joven, pero pronto descubrió que era la forma de un barco que se acercaba rápidamente hacia la orilla, al parecer Matilde no era la única que había visto como se acercaba el barco, puesto que casi todos los aldeanos estaban en el otro extremo de la playa viendo también como llegaba el gran barco.

Cuando por fin llegó el tan esperado barco, Matilde se asombró al ver salir a un hombre que parecía ser extranjero y que en un parpadeo se llevó su corazón, el mismo corazón que la había llevado a caminar a la orilla del mar. La muchacha quiso acercarse, pero debido a la gran cantidad de curiosos que rodearon al misterioso muchacho, no pudo hacer nada. Entonces se fue a su casa y pensó: “La paciencia y el tiempo permiten conseguir logros mayores que la fuerza o pasión, así que confiaré en que mi camino se cruzará con el de este extraño en algún momento, sé que todo llega a su tiempo”.

Justamente, dicho y hecho. Un día al amanecer, Matilde salió a caminar por el campo y escuchó un ruido a lo lejos, no se asustó, pues podía haber animales que habitaban la zona, así que sin tomarle mucha importancia siguió su camino, hasta que de nuevo escuchó el ruido y en voz alta dijo:

—Sal de ahí quién quiera que seas, pues no te podrás esconder mucho más tiempo de mí.

En ese entonces salió de entremedio de los árboles el muchacho misterioso que había bajado del barco, Matilde lo reconoció inmediatamente y se quedó atónita ya que en ese lugar era donde menos esperaba encontrarlo. El joven se presentó como Sir Damián Cárdenas y luego de que Matilde se presentara, tomó un minuto para analizarlo, era alto y de rizos dorados, su mirada era tierna y su sonrisa sincera, se veía de su misma edad y a su parecer, era el joven más atractivo que haya visto en su vida, así que sin pensarlo dos veces lo invitó a caminar con ella.

Después de un tiempo ella notó que se llevaban de lo mejor, su personalidad era tímida y divertida, también era muy respetuoso y educado. Damián era muy atento y protagonizó los actos más divertidos y asombrosos que Matilde hubiera visto. Luego de pasar un rato agradable, Matilde le preguntó qué lo traía hacia Puerto Montt, porque ese lugar no era muy concurrido por los extranjeros. Damián le dijo que su corazón lo había llevado hacia ese lugar y que estaba agradecido de haber atendido los deseos de su corazón, pues de otra forma no estaría con ella en ese momento:

—Vive aquí y ahora —dijo Damián.

Esto a Matilde le sorprendió porque no mucha gente se atrevía a seguir a su corazón, entonces Damián le dijo:

—Mi corazón me está diciendo que bailemos ahora.

Matilde con una sonrisa le preguntó:

—¿Ahora?

Y Damián le respondió:

—Sí.

Entonces Matilde entre risas le dijo:

—Estás loco, ¿sabes?

Y Damián le respondió:

—Las personas locas son más divertidas y mucho más felices.

Entonces ambos se sacaron los zapatos y comenzaron a bailar en medio del campo, con el amanecer sobre ellos, sin importarles nada, solo eran dos jóvenes disfrutando de la vida.

Al otro día Matilde se volvió a encontrar con Damián en el campo, y lo mismo al día siguiente y a la semana siguiente y al mes siguiente, así durante un año, el cual había pasado en un parpadeo. Los recuerdos de cada día permanecían en el corazón de Matilde, ella estaba cada vez más enamorada, un amor fuerte y leal crecía en ella, al mismo tiempo que una tristeza enorme invadía a Damián.

Esos meses fueron los mejores para ambos, entre risas, conversaciones y canciones que quedaron en lo profundo del campo, se llegaron a olvidar de todo y todos los demás, hasta que como siempre, la realidad llegó de golpe, y justamente, en algún momento tenían que poner los pies sobre la tierra.

Se acercaba el momento en el que Damián tenía que volver a su país, pues había ido a Puerto Montt con la promesa a sus padres de que cuando volviera se casaría con una joven de su país con buena fortuna, que ayudaría a salir de la pobreza a su familia. Matilde y Damián eran dos jóvenes ilusos y enamorados que fueron víctimas de la sociedad en la que vivían, eran el amor perfecto en el momento equivocado.

El día llegó, Damián debía partir a su hogar, aunque decía que su hogar era Matilde, por lo que le prometió que volvería a su tierra para romper el compromiso y que al regreso se podrían casar y ser felices. Damián le dijo a Matilde con una voz melancólica:

—Mi querida Matilde, volveré a tus brazos para sentir tus caricias, espera por mí, ten paciencia y mantente firme en estas palabras, mi mente y mi corazón te pertenecen y te pertenecerán por el resto de nuestras vidas, te amo, te admiro y te aprecio más que a nada en este mundo, nos vemos querida mía.

Con estas palabras se subió al barco y navegó hasta su hogar, mientras que Matilde le gritaba:

—Te deseo lo mejor amor mío, esperaré tu regreso hasta el último de mis días, suerte en el viaje.

No podía llorar, pero su alma estaba hecha pedazos. Al menos encontraba consuelo al saber que él iba a volver, así que se sentó en la orilla del mar, abrazando sus piernas, dejando que el viento se llevase sus lágrimas.



Pasaron días y meses. Después de diez años Matilde seguía sentada a la orilla del mar, como si se hubiese sentado recién, esperando pacientemente y con el mismo amor hacía su amado. Era como si llevara meses estando sin estar. Matilde siempre le hablaba al mar pensando que así su amado la podía escuchar:

—Le conté a las estrellas sobre ti, siento que los recuerdos son la única forma en la que puedo detener el tiempo —le decía en un susurro, mientras que las personas que la veían decían:

—Mírala, todavía no se ha rendido, pobre alma, pobre muchacha, la marea subió y el agua ya le está tapando los tobillos, si no se mueve el mar se la llevará.

—Que todo lo bueno te siga, te encuentre y se quede contigo.

Estas fueron las últimas palabras que Matilde le dedicó al amor de su vida antes de ser parte del mar. La que en algún momento fue joven y llena de vida, ahora estaba hundiéndose en el mar, las olas y la marea la habían alcanzado y ahora Matilde se estaba volviendo parte del mar, pues su amado nunca volvió y ella nunca perdió la esperanza de que volviera. Así es como después de treinta años la hermosa muchacha estaba casi totalmente hundida en el mar y lo único que sobresalía era la coronilla de su cabeza, en donde empezaron a llegar barcos llenos de personas diminutas llamados humanos, que iban a habitar la coronilla de Matilde, la que ahora era una isla recién descubierta. Entonces le pusieron a este descubrimiento Chiloé, sin saber que abajo habitaba la más dulce joven que ahora daba hogar a muchas familias con diferentes historias y vidas, que conformaban la isla de Chiloé.

Segundo lugar regional

Padre Hurtado

14 años



El duende de mi abuelo

Manuel Manzo Núñez

Me contó mi abuelito Juan que cuando él era más joven y vivía en Carmen de las Rosas, una localidad cerca de Melipilla trabajaba en una parcela muy grande, estaba encargado de esperar a los trabajadores y tenía que hacer las fogatas en invierno para que se calentaran.

Un día, al llegar y comenzar a prender las fogatas, miró hacia atrás y vio como un niño de alrededor de un año se calentaba en la fogata. Mi abuelo, muy impresionado de ver a un niño a esa hora, se acercó a mirar y casi se desmaya al ver que tenía barba y muchas arrugas. Estaba viendo a un duende.

Mi abuelo Juan se acercó lentamente y le ofreció algo de comer, el duende tomó la manzana, se la comió y luego salió corriendo, perdiéndose de vista.

Cuando llegaron los otros trabajadores, mi abuelo les contó lo sucedido y ellos le comentaron que era común ver duendes a esa hora.

Tercer lugar regional

Melipilla
8 años



Ilustración: Paula Bustamante

★
REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O´HIGGINS

La milagrosa de Doñihue

Isabel Becerra Pérez

Hace mucho tiempo, la comunidad de Doñihue fue azotada, al igual que muchos otros lugares de todo Chile, por la peste de la viruela.

Mientras la gente enfermaba y moría, las autoridades no podían quedarse con los brazos cruzados. Con desesperación buscaban una cura o forma de paliar la epidemia, a la vez que la misma se propagaba por los distintos lugares del pueblo. Esta fue una gran tragedia, ya que enfermaban tanto niños como ancianos.

En Camarico, un sector de la comuna de Doñihue vivía una mujer muy dulce y hermosa a la que le gustaba mucho ayudar, ya que era muy bondadosa. Su nombre era Lucrecia Segovia y trabajaba de lechera en el fundo Quimávida.

Lucrecia creía que el suero de la leche que quedaba después de hacer los quesos podría ayudar a sanar esta enfermedad. Luego de un tiempo tuvo que dejar de trabajar, porque su marido enfermó y ella cuidó de él con gran dedicación. Le daba a beber infusiones de hierbas y el suero de la leche. Al pasar los días, él fue recuperándose, ya no tenía fiebre y las manchas fueron desapareciendo. Además, en el pueblo la gente comenzó, también, a recuperarse. Sin embargo, sin darse cuenta, ella enfermó gravemente. Tenía fiebre muy alta y las manchas características de la peste.

Cuando su esposo se dio cuenta, se asustó mucho porque no quería contagiarse nuevamente. Lucrecia le pidió, le suplicó que la ayudara. Él, muy cobardemente, se negó y tomó un tren hacia el sur, abandonándola a pesar de sus ruegos y al hecho de que le debía su propia vida.

Cuando la gente se dio cuenta de que ella estaba enferma, empezaron a exigir al alcalde que la sacaran del pueblo para no volver a enfermar. El alcalde trató de que los habitantes conservaran la calma y decidió mandar a construir una choza en el cerro, al otro lado del estero. Mandó que llevaran allá las pertenencias de Lucrecia.

Al siguiente día, llevaron a la infeliz Lucrecia a dicho lugar, el pueblo la trató muy mal, olvidando que ella había ayudado en la recuperación de muchos. Enviaron al cabo segundo para que hiciera guardia y cuidara de ella, hasta que mejorara o simplemente muriera.



Algunas personas del lugar que la compadecían iban a diario a dejarle una olla con comida, la que ataban a un palo y se la pasaban al carabinero por sobre el canal La Parralina, para no acercarse a la choza.

El carabinero cuidó muy bien de ella y fueron pasando los días, tras los cuales, a pesar de su enfermedad, sin darse cuenta se enamoraron.

Ellos soñaban con estar juntos y con el día en que ella se recuperara para casarse y vivir muy felices. Pero llegó el invierno, y junto con él, las noches muy frías.

Una noche de esas en las que el frío cala hasta los huesos, Lucrecia no resistió y en la mañana falleció. El carabinero, luego de llorar hasta cansarse, fue a dar aviso del deceso, ante lo cual le mandaron que la sepultara donde mismo estaba la choza y quemara todas sus pertenencias. El cabo, con gran dolor, obedeció y desde ese día nunca más se supo de él.

Con el paso del tiempo, alguien del lugar comenzó a hacerle mandas y a pedirle favores a la mujer fallecida, los cuales fueron cumplidos. Así se corrió la voz y llegaron personas de distintas partes, y hasta hoy en día, la gente la visita para pedir o agradecer los favores cumplidos. En el lugar donde estaba la choza se le hizo una grutita para recordarla por siempre y agradecer lo que no se le agradeció en su momento por el miedo de los habitantes.

Primer lugar regional

Doñihue
12 años



★
REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O´HIGGINS

El potrero embrujado y la poción de la vieja Juana

Ignacia Vásquez Soto

Era una noche de verano, cuando con mi tata salimos a ver los caballos, en eso vimos a un señor de negro. Mi abuelo le habló, pero el señor no respondió.

Mi tata fue a buscar una linterna y se demoró unos minutos, mientras yo me quedé aterrorizada en la oscuridad. En esos minutos escuché los ruidos de los árboles y pájaros, a lo lejos se podían divisar algunas de las luces de las casas cercanas a la de mi abuelo; cuando volvió me preguntó si había visto algo y le respondí que no, luego me dijo:

—Quédate muy quieta.

Y en ese momento ocurrió algo impresionante, algo impensable, un terror invadió todo nuestro ser. Mi tata alumbró con su linterna, pero no se vio nada, nos quedamos con la boca abierta de lo imposible que era ver eso ocurrir, luego de esto nos fuimos a dormir, con muchas dudas y temores.

A la mañana siguiente, nos levantamos muy temprano pues los ladridos de los perros no nos dejaban dormir. Me levanté y lo acompañé nuevamente a ver sus caballos; una vez en el establo vimos que había un par de caballos muertos. Mi tata se puso muy triste por lo ocurrido y nuevamente volvió la intriga y el temor por lo que muy rápido salimos de ahí.

Con mi tata muy desorientado, nos dirigimos inmediatamente al pueblo para averiguar que estaba sucediendo. Llegamos a la plaza de San Ignacio, donde estaban las personas más ancianas del lugar y ellos nos contaron que la casa que había comprado mi tata era llamada “el potrero embrujado”, y que había una leyenda que decía que si ves un señor de negro en tu potrero no lo molestes ni le hables, si tú lo haces él va a matar a tus animales, empezando por los caballos como lo ha hecho con cada dueño que ha tenido este lugar.

—Oh, mi Dios, nosotros le hablamos al señor de negro, entonces él se molestó.

También contaba la leyenda que él volvería noche tras noche a nuestra casa a matar a todos los animales de mi abuelo, a menos que él fuera donde la vieja Juana, una anciana del lugar que tenía una poción mágica que nos ayudaría a salir de esta terrible tragedia. Los ancianos del lugar nos entregaron la dirección de la señora Juana.



Durante la tarde partimos al lugar que nos dijeron los ancianos. Pasamos por campos maravillosos, ríos y una hermosa montaña llena de colores, árboles y flores.

Al lugar que llegamos lo llamaban El Carmen. Preguntamos a la primera persona que vimos en ese pueblo por la vieja Juana e inmediatamente el caballero nos dijo donde era. Llegamos al lugar y adivinen: era la casa más hermosa que había visto en mi vida, llena de flores de múltiples colores, muchos, pero muchos animales, un riachuelo que pasaba por el lugar dándole una paz y tranquilidad que jamás había podido experimentar.

La vieja Juana nos dijo que teníamos que hacer una poción para que ese señor dejara de matar a nuestros animales y que su alma descansara en paz. Para esa poción teníamos que conseguir tres ingredientes que serían: un copihue, un mechón de pelo de caballo negro y una canción de amor escrita por nosotros y solo teníamos veinticuatro horas para hacer efectiva la poción.

Con mi tata conseguimos los ingredientes en diez horas y llegamos justo a tiempo. La vieja Juana estaba terminando la poción y nos dijo que teníamos que regar el potrero entero con ella sin dejar de cantar nuestra hermosa canción de amor. Con esto podríamos poner un escudo protector, para que el señor no volviera ni matara a nuestros animales y así calmar su alma; ya que se decía que era un alma en pena que vagaba por los potreros que tuvieran los más lindos animales y así conseguirlos para su colección fatal.

Cuando llegó el momento de hacer nuestro trabajo, con mi tata estábamos con mucho miedo, pero el amor por nuestros animales lo hacía todo posible, con nuestra canción pudimos alejar del potrero a este señor de negro.

Esa semana en la casa de mi abuelo fue muy loca y terrorífica. Hoy en día, espero que la poción de la vieja Juana funcione bien por mucho tiempo, así cada animal que viva en el potrero no vuelva a vivir esta terrible historia y el hombre de negro no aparezca para matarlos.

Con el paso del tiempo, el potrero de mi abuelo ya no se llamó "el potrero embrujado" sino que "el potrero encantado". Era el lugar más hermoso del pueblo.

Segundo lugar regional

Doñihue
9 años



★
REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O´HIGGINS

Persecución alocada

Isidora Jara Soto

Estas vacaciones están siendo muy tediosas y aburridas. Mis padres, al ver que repetí de curso por mis malas notas (porque me quedaba hasta tarde jugando en el computador), tomaron la horrible decisión de enviarme a la hacienda de mi abuelo, ubicada en un pequeño pueblo de campo, para que lo ayudara con sus plantas.

Acá no hay más que canales nacionales en la televisión, no hay internet y los negocios más grandes son un mall chino y un supermercado Unimarc. No puedo quedarme hasta tarde despierto y me tengo que levantar temprano para trabajar en el campo.

Pero ayer ocurrió algo que me dejó pensativo. Era mediodía y me estaba asando al calor del sol mientras plantaba tomates, cuando vislumbré una cosa blanca. Me fijé en ella y me di cuenta que era un ave con el pecho gris y la cabeza negra; me acerqué cautelosamente, poquito a poco, entonces el ave se echó a volar, y yo me largué a correr.

Una hora duró aquella loca carrera, hasta que llegué a una pequeña loma cubierta de blando pasto, en medio de una arboleda en donde me desplomé encima y me di cuenta lo pacífico que era. Estuve allí una media hora, y una hora y media más me demoré en encontrar el camino y volver a casa del abuelo.

Me regañó ya que eran las tres de la tarde y me había perdido el almuerzo y encima ni siquiera había terminado de plantar los tomates y a pesar de que no comía desde el desayuno y estaba totalmente agotado, me obligó a terminar de plantar los tomates.

Cuando se le había pasado el enfado, le pregunté a mi abuelo qué ave era y me contó que era una gaviota de Franklin, un ave migratoria, había oído de ellas en clase de ciencia. Aquellas aves iban al norte en invierno y regresaban en verano por lo que debían hacer un esfuerzo agotador. Nunca había pensado realmente en ello.



Han pasado varios meses desde que fui a casa del abuelo y mi vida ha mejorado significativamente ya que ahora estoy más centrado en mis estudios y mis notas han mejorado muchísimo desde el año pasado. Mis padres ya ni me retan, de hecho, me felicitan por haber mejorado tanto. Sé que ir donde mi abuelo me hizo reflexionar y mejorar, en especial con mi experiencia con la gaviota. Quizás siga así o siga mejorando, no lo sé, lo que sí sé es que nunca olvidaré esa experiencia.

Tercer lugar regional
Chimbarongo
11 años



Ilustración: Daniela William

Weñi Kutral, el niño que pudo controlar el fuego

Sofía Venegas Sanhueza

Küdell era un niño pehuenche que vivía a las faldas de la cordillera de los Andes con su madre y su hermano menor Wellpiñ; su padre había fallecido a manos de un español y la situación era complicada. Él, junto a su familia y unos cuantos pehuenches más, armaron un grupo y escaparon para no ser asesinados, en los bosques de la Araucanía armaron sus toldos. Küdell estaba contento en su nuevo hogar, pero a la vez angustiado por su madre, Lancuyen, que estaba devastada por la muerte reciente de su *wentru*²³.

Küdell y su hermano Wellpiñ salían todas las mañanas a bañarse en el lago Icalma, luego al mediodía iban a almorzar junto a su madre, hacían un fogón y preparaban sus alimentos, lo hacían todos los días a la hora del almuerzo y cena. Küdell era un niño tímido, pero también era fuerte y capaz de levantar su propio peso varias veces, mientras que Wellpiñ era cuatro años menor que su hermano y era un infante travieso que le encantaba meterse en problemas y la adrenalina.

Una tarde, mientras se podía ver el bello crepúsculo a través de las montañas, Küdell y su familia, como siempre lo hacían, preparaban el fogón para la hora de la cena. Wellpiñ había quedado castigado por perder uno de sus ponchos y estaba molesto con Lancuyen por dejarlo sin poder salir a jugar y divertirse en la laguna. Ese día Lancuyen se sentía más afligida que el resto de los días, estaba aún sin poder superar la muerte de su querido esposo por lo que durante la cena se generó una discusión entre *ñuke*²⁴ y *fotëm*²⁵.

—¿Por qué tienes que ser tan mala conmigo? yo en serio quería salir a jugar con Küdell. Le dijo furioso el niño a Lancuyen.

—Tú ya sabes el porqué, perdiste el poncho que tu abuela te tejió, ella ya no está con nosotros, ¡deberías sentirte avergonzado! —le gritó desahogándose la pobre mujer.

²³ Wentru: esposo, hombre, marido en lengua mapudungun (nota de la edición).

²⁴ Ñuke: madre, mamá en lengua mapudungun (nota de la edición).

²⁵ Fotëm: hijo varón en lengua mapudungun (nota de la edición).

—¡Bueno, al menos yo no me la paso el día lamentando la muerte de un familiar! —gritó el niño sin pensar con cuidado sus palabras.

Lancuyen, muy enfadada, le pegó una cachetada a su hijo para luego irse llorando hacia su toldo; por su parte Wellpiñ, sin sentir remordimiento de sus actos, solo se fue caminando sin dirección alguna entre los pehuenes. Kúdell, sin decir ni una palabra, se quedó junto al fogón viendo como las llamas del fuego se terminaban de apagar, hasta que de pronto una reluciente llama se asomó entre la oscuridad de las cenizas, era grande y resplandeciente y tomó la forma humanoide de una niña. Kúdell, asustado ante la mítica presencia, tomó un palo para defenderse y se alejó unos metros.

—Mmm, hola, yo soy Ailin, hija del fuego. ¿Y tú? ¿Tienes un nombre? —preguntó la majestuosa figura hecha de puras llamas incandescentes.

—Yo-yo soy Kúdell, hijo de Lancuyen, mmm. ¿Eres un espíritu o algún tipo de ser mágico? —preguntó asombrado y a la vez tembloroso de que pudiera hacerle algo malo.

—No, no, ya te dije, yo soy Ailin, hija del gran dios del fuego —dijo el pequeño ser acercándose con confianza a Kúdell.

Kúdell estaba asombrado por la extraña, pero maravillosa presencia de lo que parecía ser la hija del supuesto dios del fuego y supuso que si era la hija de tan poderoso ser era una semidiosa.

—Está bien, Ailin, ahora que ya nos conocemos, ¿podrías explicarme por qué has venido hasta aquí? —preguntó sintiéndose astuto el muchacho.

—Verás, a mí me gusta divertirme y yo puedo observar a las personas a través de las llamas del fuego, porque yo nazco de estas y te vi a ti y a otras personas teniendo una discusión, así que me pareció interesante y vine —dijo Ailin con total normalidad y un tono sereno y tranquilo.

—Oh, bueno, ya que estas aquí por eso, mi hermano menor tuvo una discusión muy fuerte con mi madre respecto a la muerte de seres queridos —dijo Kúdell, sintiéndose de inmediato triste y melancólico al recordar cuando recibió la trágica noticia.

—¡Eh!, ¿por qué la cara tan larga? Ya sé. ¿Te gustaría aprender a generar fuego cuando a ti se te plazca sin necesidad de un fogón? —preguntó entusiasmada con un gesto de felicidad en sus fulgurosos ojos el ser de fuego.

—¿Cómo?, ¿eso es imposible? Se necesitan dos trozos de hulla o carbón o palos de árboles para poder generar el fuego —dijo sorprendido, pero a la vez estupefacto el joven pehuenche ante lo dicho por Ailin.

—Mira, muy simple, te daré uno de mis mechones de cabello. Ves que claramente están hechos de fuego, puro y divino, y una vez lo sostengas, deberás frotarlo entre tus manos —dijo la chica arrancándose con delicadeza uno de sus cortos, pero hermosos mechones de cabello.

Küdel estaba desconcertado al estar tomando una flama de lo más bien entre sus manos sin quemarse, era como si realmente pudiese controlar el fuego. Entonces, sin olvidarlo, frotó la pequeña llama entre sus manos y esta se deshizo.

—Bien, ahora tienes el poder, buenas noches Küdel.

El niño cerró sus ojos y al abrirlos ya no estaba en frente de Ailin, estaba en su cama dentro de su toldo, muy perdido y confundido. ¿Habría sido todo un simple e irrelevante sueño? se preguntó a sí mismo. Luego se levantó de su plana y diminuta camilla y se dirigió directo al lago Icalma como todas las mañanas; se lavó su cara con un poco de agua y luego empezó a mirar sus manos, las juntó y volvió a pensar en Ailin y el peculiar sueño, y de repente se prendió fuego entre sus manos. Muy asustado, las empezó a refregar en el agua de la laguna y el fuego se apagó, pero se percató de algo muy extraño, no le quedó ninguna quemadura o herida.

Entonces volvió a su toldo y trató de dejar de pensar en su sueño. Pasaron los meses y los años y Küdel ya era un adolescente y su hermano un niño un poco más grande. Su madre había decaído con el paso de los años y se había empezado a poner débil, siempre se le veía triste y sensible, por lo que Küdel debió empezar a ser más responsable y cuidar de su hermano Wellpiñ, ya que su madre siempre se sentía enferma y sin fuerzas ni ganas para hacer algo, ni siquiera prender un fogón.

Un día un grupo de españoles llegaron en forma de expedición y encontraron el toldo de Küdel y su familia y de inmediato arrasaron con todo, tomaron el toldo y todas las cosas de la pequeña familia, pero lo peor, tomaron como presa y esclava a la pobre Lancuyen, mientras Küdel había salido a refrescarse como normalmente lo hacía junto a su hermano. Al regresar y ver el desastre provocado por los españoles, muy enojado fue a golpearlos para que soltaran



a su madre, pero estos no cedieron y si bien no tenían rifles ni escopetas a mano, habían sido entrenados por la Militar y Kùdell cayó fácilmente; al verlo caído empezaron a burlarse y reírse de él, mientras su hermano menor sin saber qué hacer sólo empezó a llorar y pedir ayuda, aunque nadie lo iba a socorrer. Kùdell, ya sin fuerzas y casi al borde del desmayo, vio ante él una figura alta y grande, hecha por llamas. ¡Era Ailin!, quien lo ayudó ofreciéndole su mano para ponerse en pie. Kùdell pudo ver lo bella que Ailin estaba, se había convertido en toda una diosa, ahora sus mechones de cabello eran tan largos que llegaban a sus talones.

—¿Y bien?, ¿vamos a derrotar a estos ineptos juntos o qué? —le preguntó Ailin frunciendo el ceño de cierta manera que la hacía ver agradable.

Entonces Kùdell se paró y los españoles siguieron burlándose ya que sabían que no era tan fuerte como ellos. Pero entonces, nuestro protagonista se convirtió en una figura amenazante y peligrosa, cubierto de llamas. Los españoles muertos del susto se fueron dejando todo lo que querían llevarse, luego Kùdell apagó todas las llamas alrededor de su cuerpo y vio como la figura de Ailin se despedía después de él, desapareciendo de manera misteriosa entre los pehuenes y demás árboles.

Primer lugar regional

Maule
13 años



Ilustración: Tomás Olivos

La loica aventurera

Máximo Silva Abaca

Había una vez una loica que quería mucho explorar, conocer el mundo, tener nuevos amigos y sentirse segura.

Un día la loica salió de su casa, se despidió de sus familiares con mucho pesar, pero en su corazón sabía que los volvería a ver y les contaría de cada lugar, cada amigo, cada paisaje y experiencia. “Algunas veces para cumplir los sueños hay que hacer sacrificios”, pensó la loica y se fue.

Voló sobre los árboles muchos kilómetros y de repente vio un pato que estaba en peligro, rodeado de culebras de cola larga que lo querían atacar, el pato no leyó el letrero que decía: “Cuidado con las serpientes”, y se adentró al bosque.

Sin dudar, la loica voló al bosque a ayudar al pato, pero era demasiado tarde, ya estaba casi rodeado, pero no se rindió, sacó unas ramas de sauce, las unió e hizo una cuerda y rescató al pato.

El pato le dio las gracias por salvarlo ya que no se había dado cuenta de ese letrero, descansaron un rato y la loica le comentó sobre su sueño y la aventura que estaba emprendiendo.

El pato le preguntó:

— ¿Puedo acompañarte en tu aventura, por favor?

La loica dijo:

— Claro que sí, iniciar una aventura acompañado es más entretenido y fácil, además juntos podemos enfrentar cualquier desafío que se nos presente.

La loica y el pato vieron un río y pensaron navegarlo. Se les ocurrió juntar unos troncos, los ataron con ramas de sauce y los pegaron con savia de árbol e hicieron una balsa, y así atravesaron el río con muchos árboles, nenúfares, ranas, renacuajos, peces y agua muy limpia, pura, sin contaminación. De repente vieron una cascada, trataron de agitar las alitas para mover la balsa, pero no funcionó, no había vuelta atrás. De repente: ¡trac, trun!, la balsa se rompió y

cayeron de la cascada, estaban muy asustados, pero recordaron que podían volar, abrieron sus alitas y tomaron vuelo y planearon hasta el final de la cascada donde encontraron un hermoso campo lleno de flores, mariposas, abejas y otros animalitos.

Exploraron todo el campo hasta que vieron unas rocas muy juntas y en ellas, una golondrina atascada, estaba muy cansada, con hambre y sed. Intentaron sacarla, pero no pudieron. De repente la loica se acordó de una historia que le contaron sus padres de cómo, según la leyenda del pueblo mapuche, todas las loicas fueron bendecidas con su pechito muy rojito. Recordó que en la historia la loica le daba agüita con su piquito al cazador, entonces ella voló al río, guardó agüita en su pico y empezó a darle a la golondrina, dio muchas vueltas hasta que la golondrina reaccionó y pudo hablar y contarles lo que le sucedió.

La golondrina les contó que estaba posada entre las rocas cuando el piso se movió muy fuerte y se cayó dentro de ellas, quedando atrapada. La loica le contó que esos movimientos se llamaban temblores y le dijo que ayudarían a sacarla. Le gritó al pato que trajera una ramita muy larga, ambos tomaron una esquina y la golondrina la otra esquina, tiraron muy fuerte y la golondrina salió, pero la loica y el pato saltaron lejos cayendo al pasto.

Muchas gracias, les dijo la golondrina y les preguntó si los podía acompañar a donde fueran, la loica respondió:

—Claro que sí, pero no sabemos dónde iremos, estamos en una aventura conociendo el mundo.

Los tres siguieron caminando por el campo cuando encontraron un camino de tierra y vieron un pueblo con unas casas muy lindas. Se acercaron, pero los humanos intentaron cazarlos, tirándoles palos y piedras con una onda, por lo que se asustaron y salieron volando muy rápido. Volaron tanto tiempo que llegaron a la precordillera muy cansados, a lo lejos vieron una pequeña cueva detrás de unos arbustos y decidieron dormir ahí. Estaban asustados, no sabían qué peligros escondía la oscuridad, no veían nada, hacía frío, por lo que se acurrucaron, se dieron calor y durmieron.

A la mañana siguiente despertaron y fueron a buscar comida, pero la loica tenía una alita lastimada de tanto volar, se sintió triste, cansada y decepcionada. Se quedó mirando una hermosa y curiosa cascada invertida, ya que el agua se devolvía al sentido contrario; se quedó mucho tiempo ahí, muy triste ya que no comprendía por qué los humanos querían hacerles daño.

De repente la vio un humano, trató de arrancar, pero no pudo ya que su alita estaba lastimada. El humano se acercó, la arrulló en sus manos y le dio comida, le dijo que la llevaría a su casa para que se recuperara. La loica no quería, tenía miedo y no quería separarse de sus amigos, se desesperó, el humano notó esto y la observó mirando a sus amigos, se acercó al pato y la golondrina y les dijo:

—Pequeños pajaritos, nos les haré daño, acompáñenme a mi casa, les daré comida y curaré la alita de su amiga, no tengan miedo de mí—. Lo dudaron, pero decidieron confiar y se fueron con el humano.

Al llegar a su casa, él los alimentó, cuidó y curó la alita de la loica, era un humano muy amable, cuidaba a los animales y protegía la naturaleza. Pasaron los días y los fue a dejar a donde los encontró, la alita de la loica ya estaba curada.

La loica le dijo:

—Gracias por ayudarnos y enseñarnos que no todos los humanos son iguales, hay muchos que aman y cuidan a los animales

El humano sonrió, no entendió nada, pero escuchó un hermoso canto de la loica.

La loica, el pato y la golondrina se alejaron sin mirar atrás y dijeron:

—Seguimos nuestras aventuras sin tener un destino, sólo donde nuestras alitas puedan volar.

Segundo lugar regional

San Rafael

9 años



★
REGIÓN DEL MAULE

El pozo de la culebra colorada

Agustín Castro Yáñez

En la comuna de Florida había un fundo llamado Las ranas, allí había muchas bodegas. El dueño del fundo criaba culebras para la suerte y al costado de las bodegas había un pozo de agua, y al interior de ese pozo habitaba una culebra colorada. El pozo se mantenía con el agua hasta la mitad y no se secaba.

Con el tiempo, el patrón contrató a un inquilino que dio muerte a la culebra colorada por haberle asustado, el pozo comenzó a bajar su caudal hasta secarse y nunca más dio agua.

Al enterarse el patrón de lo que había hecho el inquilino, lo despidió de su trabajo y trajo una nueva culebra al pozo, haciendo que el agua regresara.

Hasta el día de hoy los habitantes del lugar saben que no deben hacer daño a la culebra porque ella es quien cuida el agua del pozo.

Tercer lugar regional
San Javier
11 años



El jinete misterioso

Camilo Cortés Tapia

Había una vez un niño llamado José, que vivía en un campo muy hermoso y tranquilo llamado Toroico. lejos del ruido de la gente, la tecnología y las luces de las grandes ciudades.

A él le encantaba escuchar las historias de misterio que cada noche a orillas del fogón le relataba su abuelita. Esos relatos que, con solo escucharlos, hace que se te coloque la piel de gallina y solo ruegas que llegue pronto el amanecer. Su historia favorita era una que, según la señora Nancy, su abuela, estaba basada en hechos reales. Y no solo eso, sino que fue algo que le ocurrió a ella, en una de esas tantas noches en las que regresaba a su casa, luego de un arduo día de trabajo junto a su padre. Si te atreves, te invito a leerla:

Era una noche fría y oscura, esas en las que el hielo te cala hasta los huesos. Regresaba a casa junto a mi padre, ya que durante el día a mí me gustaba acompañarlo a arrear los bueyes y a arar la tierra para así sembrar las ricas papitas que luego venderíamos en la feria del pueblo más cercano. Eran como las doce de la noche, hora en que nadie se atreve a andar afuera de sus casas, porque dicen que a esa hora el diablo anda suelto.

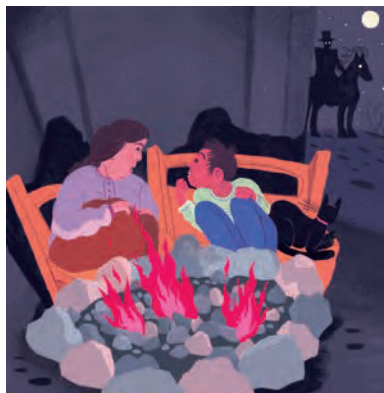
Caminábamos de prisa, cuando de pronto sentimos tras nosotros el relincho de un caballo. Dimos un salto, del puro susto. Sin decir ninguna palabra y menos mirar hacia atrás, seguimos nuestro camino hacia casa. Sin embargo, a medida que avanzábamos el galope del caballo se hacía más cercano. Y sin más, al lado de nosotros apareció un hombre elegantísimo, vestido de un negro resplandeciente y montado en un hermoso caballo negro. Este nos saludó amablemente:

—Buenas noches, siento mucho molestarlos.

—No se preocupe —respondió mi padre—. ¿En qué le podemos ayudar mi caballero?

—Sabe que busco a un hombre llamado Juan, me dijeron que vivía por estos lados.

—Ah, debe ser el vecino Juan. Sí, él vive en la casa verde que se encuentra al final del camino.



—Muchas gracias, llevo buscándolo mucho tiempo. Tiene una deuda conmigo.

Y se alejó, por el estrecho camino.

A la mañana siguiente, llegó la señora Carmencita a casa:

—Vecinos, ¿supieron lo que pasó?

—No —respondió mi padre.

—Hoy en la mañana encontraron muerto a don Juan, nadie sabe qué fue lo que pasó. Porque según cuentan, anoche andaba más que bien.

Con mi padre nos miramos asombrados. Y nunca, jamás, le contamos a nadie lo sucedido esa noche. Hasta el día de hoy, que te la cuento a ti.

Primer lugar regional

Coelemu

10 años



Ilustración: Juanca Cortés

★
REGIÓN DE ÑUBLE

Ceci y la flor mágica

Paola García Araya

Había una vez en Pinto, en la Región de Ñuble, una flor mágica que se encontraba en la cima del cerro. La leyenda contaba que esta flor concedía deseos, pero para llegar a ella había que atravesar muchos peligros, por lo que era imposible alcanzar la cima.

Un día, una niña que se llamaba Ceci quiso ir a buscar la flor porque su hermanita había enfermado y ya no tenía cura, por lo que recurrió a la viejecita de la aldea, Tonia, que era la más sabia de toda la aldea, para preguntarle cómo subir el cerro.

Tonia le dijo que era imposible llegar caminando porque había muchos acantilados, así que Ceci decidió intentar con unas alas de plumas, las cuales pegó una a una por su cuerpo con cera de abeja. Antes de partir a su aventura, la viejita le advirtió que la flor concedía deseos, pero a cambio pedía compañía.

A Ceci no le importó, era mayor el amor a su hermana, así que a la mañana siguiente voló con sus alas y llegó a la flor más bella que había visto y le pidió que sanara a su hermanita. En ese momento el sol se hizo muy fuerte, por lo que al volar se derritió la cera y terminó cayendo al suelo y muriendo.

Todos en el pueblo fueron a ver a Ceci, pero no encontraron su cuerpo y su hermana abrió los ojos, estaba recuperada.

Desde ese día en la cima del cerro creció una bella flor azul junto a la flor amarilla, son tan bellas y grandes, que las personas pueden verlas desde abajo.

Segundo lugar regional

Pinto
13 años



★
REGIÓN DE ÑUBLE

De tus ojos

Diego Villa Ceballos

Cuenta una historia de amor, que había dos jóvenes que se encontraban cada noche, escabulléndose bajo la luz de una hermosa luna que era la única confidente y compañera.

Pertenecían a tribus distintas que buscaban poder y territorio en el valle que hoy conocemos como pueblo de Quillón. Ambos, noche tras noche, iban en busca de su amor, encontrándose tras una gran roca.

Pasado el tiempo, algo cambió, una noche un brillo distinto cubría su amor. Algo crecía en el vientre de esta bella joven, que la hacía contar las horas y llenaba su joven corazón de amor, de esperanza, de ilusión, que la protegía y proyectaba con su amado. Fue a su encuentro, quien la esperaba impaciente y al saber la noticia tomaron la decisión de contar todo a sus padres esa misma noche. Se despidieron con la esperanza de que al día siguiente serían bendecidos por las familias y estarían juntos por siempre. Partieron decididos a evidenciar su amor, teniendo en cuenta que, si algo no resultaba, lucharían como nunca para permanecer juntos y se encontrarían en esta roca al día siguiente.

El joven enfrentó a su padre, pero el viejo testarudo decidió castigar ese amor, mirándolo como una traición imperdonable, expulsando a su hijo de la tribu.

El joven fue hasta donde la consejera y curandera de la tribu a pedir ayuda. Esta era una mujer muy joven y bella que estaba enamorada desde hace mucho tiempo de él, y al escuchar sus palabras, se enojó al notar que su amor nunca sería correspondido y urdió un plan, lo hizo beber un brebaje con el que cayó rendido. En ese estado, la mujer lo llevó al cerro, ya que este brebaje no sólo lo adormeció, sino que también le hizo perder la memoria y la razón, haciéndolo deambular por siempre en el cerro Cayumanque. Solo descansaba por las noches contemplando la luz de la luna, como buscando lo que nunca logró recordar.

El padre, al recapacitar, decidió buscar a su hijo, mandó a todos sus hombres a su búsqueda, pero jamás fue encontrado. La culpa lo llevó a la pobreza y a la locura, llevando a su tribu a vivir a los pies de este cerro, donde según él se encontraría con su hijo, quien lo perdonaría.



Por su parte, la familia de la joven bendijo esta nueva vida. Desde ese día la cuidaron, pero la tristeza de su perdido amor era tan grande que cada noche, acompañada con la fiel luna, se sentaba a esperar, en aquella roca en la que tantas veces declararon su amor, la llegada de su amado. Su llanto se fue multiplicando para convertirse en un lago de aguas cristalinas llamado hoy lago Avendaño.

Son muchos los que cuentan que han visto a esta joven sentada en esta roca en noches de luna llena a la espera de su amado.

Entre tanto, del joven se cuenta que se escucha el lamento en las noches oscuras al adentrarse en el cerro Cayumanque, donde dicen que su alma aún deambula en busca de lo que nunca recordó.

Mi madre me contó esta historia que, a ella, de pequeña se la contó mi Lela. Es la historia de cómo se formó la laguna de mi pueblo.

Tercer lugar regional

Quillón
11 años



★
REGIÓN DEL BIOBÍO

El arcoiris

Jim Vega Jara

Mi abuelito decía que después de la tormenta siempre llega la calma. Y efectivamente así era.

Acá en el sur llovía a cántaros, pero apenas dejaba de llover el cielo se ponía azul y aparecía un hermoso arcoiris. Mi abuelo decía que desde donde nacía el arcoiris había un entierro²⁶, pero nunca lo comprobó. Se fue sin saber si su teoría del arcoiris era cierta.

Pero cada vez que veo uno recuerdo sus palabras.

Quizá un día me arme de valor y tome una pala y vaya en busca del entierro. O quizá solo siga pensando que eran inventos de mi abuelo y simplemente me quede contemplando los hermosos arcoiris.

Primer lugar regional

Los Ángeles

14 años

²⁶ Entierro: así se le llama en algunas zonas rurales a los tesoros y cosas de valor que se ocultaban bajo tierra (nota de la edición).



Escape fortuito

Benjamín Quintrileo Guzmán

El clima en Isla Mocha es cambiante. Sin embargo, en verano hace calor y los días se tornan hermosos. Fue por esto por lo que, cansadas de la ciudad, dos turistas, que mantenían una amistad hace años, decidieron visitar este paradisíaco lugar, sin imaginar lo que ocurriría días más tarde.

El 27 de febrero de 2010 la isla estuvo cubierta de un sol maravilloso, el cual se reflejaba en el mar. Esto motivó a las dos amigas a dirigirse al sector del faro viejo, específicamente en el lado sur de la isla. Una vez en el lugar, se instalaron con carpas y colchones, aproximadamente a unos veinte metros de la orilla.

Disfrutaron de ese día como nunca, capturaron muchas fotografías, que pretendían subir a redes sociales y así, de paso, albergar en sus corazones un viaje inolvidable. Sin darse cuenta, la noche cobró protagonismo y decidieron dormir, para continuar con su travesía al día siguiente. Se acomodaron en la carpa y una de ellas se durmió de inmediato, a diferencia de la otra, quien no lograba conciliar el sueño.

Las horas pasaron, llegaron la una, las dos y las tres de la mañana y aún no podía quedarse dormida. Cuando al fin creyó caer rendida, unos leves movimientos la interrumpieron y fue así como decidió despertar a la otra joven, aunque era casi imposible, ya que tenía el sueño pesado. Tras varios intentos fallidos lo consiguió y no por esfuerzo propio, sino porque esta vez el movimiento fue más fuerte. Sin emitir una sola palabra, se percataron de que no era un simple temblor, era un terremoto.

Intentaron salir desesperadas de la carpa, pero el suelo se movía de tal manera que apenas pudieron abrirla. Unos segundos después lograron salir y antes de arrancar de la orilla de la playa, tomaron algunas cosas, como cámaras y también un GPS por si se llegaban a perder. Era tanta la desesperación que echaron a correr sin destino claro, lo cual se mezclaba con el desconocimiento de la zona.

Se dice que el destino siempre es sabio y ese día lo comprobaron ya que, pasados unos minutos, se encontraron con dos pescadores, quienes lograron tranquilizarlas, asegurándoles que todo iba a estar bien, ya que ellos habían tomado contacto para recibir ayuda antes del desastre. Esto calmó a las jóvenes, pero cuando uno de los hombres terminó de hablar, oyeron un ruido muy fuerte y ahí se dieron cuenta de que se venía un tsunami. Los cuatro se miraron perturbados, sólo uno de los pescadores sacó la voz y les indicó que era necesario escapar del lugar, que se venía saliendo el mar.

Todo parecía una especie de pesadilla, de esas que cuesta despertar y que cuando se logra salir de ella, todo marcha bien, pero lamentablemente era la realidad y todo estaba muy lejos de acabar. Estaban en pleno escape cuando una de las amigas se percató de que había dejado en la carpa algo muy preciado para ella y que, aunque su vida estaba en peligro, no podía perderlo. Se trataba de un collar de diamantes y manchas de oro, con perlas muy grandes, una reliquia familiar que no estaba dispuesta a regalar al mar. Fue así como, a pesar de las súplicas de sus acompañantes, se devolvió hacia la carpa en busca de su tesoro y su amiga la siguió hasta continuar con su escape. Debido a esto, dejaron atrás a los pescadores y tras lograr el objetivo de rescatar sus objetos preciados, corrieron con toda el alma, muy asustadas, como si se tratara de la maratón más importante de sus vidas.

Corrieron hasta el punto de no poder continuar y, a pesar del miedo, decidieron tomar un descanso, aunque fuera por unos segundos, lo cual les dio fuerzas para seguir huyendo. Cuando retomaron su escape, encontraron un gatito bebé, el que obviamente tomaron y cobijaron en una de sus mochilas, si ellas se salvaban, consideraron humano salvar al animalito. Después de avanzar varios metros, se percataron de que estaban alejadas de la costa y a salvo. Se recostaron en un monte y ver el mar tan lejano les dio la tranquilidad que necesitaban, aunque las réplicas del terremoto seguían cobrando protagonismo. Miraron a su alrededor y se dieron cuenta de que había muchas personas que habían logrado escapar y decidieron acercarse a ellas y hacerse compañía mutua en esa noche tan ajetreada.

A la mañana siguiente, un poco más en calma, las chicas despertaron y lo primero que hicieron fue alimentar al gatito que habían rescatado y recorrer el lugar para ver las consecuencias que había dejado la catástrofe natural que habían presenciado.

Fue así como se volvieron a encontrar con los pescadores que habían guiado su camino durante la noche anterior, quienes estaban muy cansados y sedientos de tanto correr. Las niñas les dieron agua y curaron las heridas de uno de ellos, que al escapar había rasgado su pierna

completa al pasar por las piedras y apenas podía caminar del dolor. Pasaron las horas y el día se hizo muy corto, todas las personas que evacuaron la costa hacia el monte permanecían ahí, ya que la mayoría tenía sus casas cerca del mar y lo más probable es que hubiesen quedado completamente inhabitables.

A lo lejos, divisaron a los marinos, quienes ayudaron a todas las personas que necesitaban dirigirse hacia el continente. Se apreciaba la tristeza en cada rostro que las jóvenes vieron en ese momento. Agradecieron estar con vida y esos pescadores que guiaron su camino. Comprobaron que aún no era su momento para dejar este mundo, se fueron de la isla con el recuerdo de un escape fortuito, que jamás olvidarán.

Segundo lugar regional

Lebu
13 años



★
REGIÓN DEL BIOBÍO

Lucas, el caballo

Víctor Moraga Jara

Campo, un campo enorme, gigantes dormidos según los *conspiranoicos*, y de paso el hogar de Lucas y su familia. Lucas estaba en ese campo desde que nació, siempre fueron él, su hermano y su mamá.

José era el dueño de ese enorme campo, el cual se llamaba *Gold Apple*, bastante popular, infinidad de niños iban al día, todos querían montar a caballo y Lucas pronto fue uno de los caballos populares por ser veloz y ágil.

Un día cualquiera, como el de ayer y probablemente como el de mañana, a Lucas le tocó un niño, como los de ayer y probablemente como los de mañana; sin embargo, esta vez algo fue distinto: el niño se cayó estando demasiado lejos de la entrada como para que alguien pudiera escuchar sus gritos. Sangre salía por sus rodillas al igual que lágrimas por sus ojos y Lucas no sabía qué hacer, nunca había pasado en el campo, era insólito, obviamente al nunca haber pasado no había ningún protocolo para seguir. La escena podría parecer rara, un niño que gritaba lleno de sangre y un caballo que se veía absolutamente preocupado, pero a la vez parecía una estatua.

Los minutos pasaban y en su desesperación Lucas comenzó a arrastrar a ese niño hasta la entrada, la situación no parecía mejorar porque sólo se pudieron mover un metro luego de dos minutos. Otra idea cruzó la mente de Lucas: podría subir al niño a su lomo y volver, sería más rápido que arrastrarlo por el campo y que terminara con los *blue jeans* verdes rotos. Lo intentó alrededor de cinco veces, y al cabo de esos cinco intentos y un poco de ayuda del niño, lograron su cometido, corriendo tan rápido que probablemente haya roto un récord.

Llegó a la entrada con el niño en su lomo, que ahora reía por el rápido viaje. Fue entregado a su madre, quien lo llevó de vuelta a casa para poder curarlo. Lucas decidió tomar un día libre para descansar sus piernas, porque ese viaje no había sido tan normal que digamos.

Lo que no se esperaba, es que al día siguiente aparecieran reporteros en vez de niños que entrevistaron a José sobre lo pasado el día anterior para luego dar paso a la premiación de Lucas por salvar a ese niño. Y con eso terminado, Lucas ya no era conocido solo por ser veloz sino también por ayudar a los demás y estar completamente capacitado para subir niños a su lomo sin ayuda.

Tercer lugar regional
Los Ángeles
14 años



Pequeñas manos frías

Francisco Cravero Huenuqueo

Esta historia le ocurrió hace más de cien años a Domingo Cayuqueo, quien era mi bisabuelo materno. Vivía en un lugar llamado Codihue Curaco, aquí en la Región de La Araucanía, rodeado de altos cerros, sin valles ni ríos y de tierras poco fértiles, con escasa vegetación. Abundaba el sol en verano y la lluvia en invierno; el lugar estaba rodeado sólo de bosques pequeños y un riachuelo al que llamaban Curaco, que en mapudungun significa agua entre las piedras. De aquí obtenía el agua para el consumo de su hogar y junto a sus padres y hermanos se dedicaban a la pequeña agricultura, además de tener algunas vacas, una yunta de bueyes y ovejas.

Durante la mañana de un día nublado, mi bisabuelo fue a dejar las ovejas al cerro para que comieran pasto, mientras que sus hermanos se preocuparon de las vacas y bueyes, luego él volvió a la *ruka*²⁷ a tomar desayuno. El pequeño Domingo, de unos ocho años, salió rápidamente al patio para jugar, estaba en eso cuando de pronto miró hacia el portón que estaba lejos de la casa, y vio que venía entrando un hombre desconocido montado en su caballo, el hombre vestía una manta de castilla²⁸ negra y un gran sombrero del mismo color. Le habló al niño antes de que este avisara que alguien venía y se produjo el siguiente diálogo:

—Hola, niño, estoy un poco perdido, voy al pueblo. ¿Cuál camino debo seguir?

—Hola, le voy a decir a mi papá.

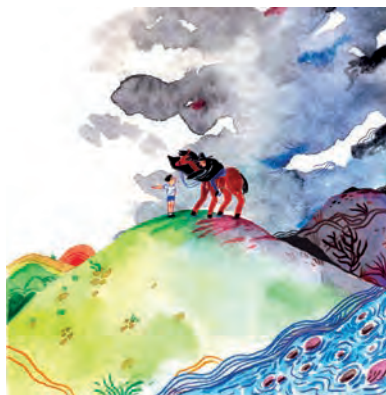
—No, no, dime hacia dónde ir no más.

—¡Ah! Ya, debe ir por ese camino—, indicándole con el dedo.

—Ya. Gracias por la ayuda.

²⁷ Ruka: casa mapuche construida de barro, colihues y techo de paja (nota de la edición).

²⁸ Manta de castilla: una manta de un material repelente al agua y muy grueso. Todas eran de color negro (nota de la edición).



En eso y en señal de agradecimiento, el hombre se inclinó para despedirse de Domingo extendiéndole la mano derecha; al darle la mano, el niño se paralizó, ya que la mano del extraño era muchísimo más pequeña que la de él y además estaba muy, pero muy fría. Apenas comenzó a alejarse el forastero, Domingo fue corriendo al interior de su *ruka* para contarle a su padre lo sucedido. No habían pasado ni diez segundos de aquello y junto a su padre miraron hacia el único camino por donde debía pasar, pero no había nadie. Fueron corriendo al cerro para observar mejor y nada, ni rastros de este extraño jinete.

En ese momento su padre le aseguró que era el mismísimo diablo quien había cruzado palabras con él, por eso sus manos estaban tan frías y eran tan pequeñas, además por la manta y sombrero negro no cabía duda de quien se trataba. Como Domingo era un niño, pronto se le olvidó lo sucedido, pero cuando ya era adulto volvió a recordar esa situación y se le erizaban los vellos cuando lo contaba. Esa fue su única experiencia con un encuentro tan raro, la del hombre de pequeñas manos frías.

Primer lugar regional

Nueva Imperial
9 años



★
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

El zorro futbolista

Génesis Cabrera Fontevalba

La madre de mi madre, mi abuela, me contaba que una vez había un zorrillo bebé, que se crió en una escuelita muy cerca de la Sierra Nevada. Olvidado por unos turistas fue adoptado por don Gabriel —quien era profesor de básica y en su tiempo libre era guía local de caminatas— con la intención de dejarlo libre en la siguiente subida a la montaña.

Casi al salir de vacaciones de verano, justo antes de Navidad, los niños del colegio jugaban en los pastizales. Ahí había una cancha de fútbol improvisada con unos arcos de colihues amarrados con pita. Martín y Nahuel comentaban que en la televisión vieron que un perro se metió a la cancha y se robó la pelota de fútbol y que todos los jugadores corrían detrás del perro sin poder agarrarlo. Todos los niños reían al escuchar esa anécdota, otro niño dijo que otro perro se metió a la cancha e hizo un gol.

Al siguiente recreo se fueron a jugar fútbol otra vez, y vieron que un zorrillo los miraba atentamente. Era el Ese, el zorro del profe Gabriel. Lo nombró así por el alfabeto, Ese de sierra, porque el zorro venía de la Sierra Nevada y tenía que ser devuelto ahí. De repente ven a Ese jugando con la pelota de trapo y papel. El zorrillo zamarreaba la pelota y con la punta de la nariz le daba golpes. Y con sus patitas la atrapaba. Nahuel, uno de los niños dijo:

—Y si entrenamos a Ese para el próximo mundial de fútbol, sería el goleador.

Todos los niños rieron.

Al escuchar esta historia mi abuela me dijo que las niñas como yo de seis años igual pueden jugar a la pelota, así como Ese, el zorrillo de la Sierra Nevada.

Segundo lugar regional
Temuco
8 años



★
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

El culebrón

Maira Espinoza

Esta historia lleva muchos años. Nosotros los indígenas sabemos y respetamos los terrenos, ya que según nuestros antepasados poseen dueños, al igual que los cerros, los árboles más antiguos y las vertientes. Son lugares sagrados que los mapuches respetamos mucho.

Bueno, hay antepasados que se aprovecharon de estos lugares para beneficio propio, por ejemplo, derramaron sangre de animales y árboles antiguos para tener poder, eso es más conocido como "pacto con el diablo", ellos son espíritus negros.

Una historia conocida de mi sector es la siguiente: un antiguo abuelo poseía un pacto con un culebrón, del cual no les comentó a sus hijos. Por lo tanto, esas generaciones no la conocen y no saben cómo manejar esa culebra. Sólo la ve la familia de la persona que hizo el pacto. Es un espíritu que anda de noche.

Si no le dan sangre, los persigue, no los deja dormir, se les aparece en el campo. Su presencia es aterradora, tanto que la familia tiene que abandonar su hogar, porque este espíritu se adueña de todo.

En fin, este espíritu se apoderó del lugar donde vivía esa familia y les ganó.

Esta historia es real, respetemos los terrenos mapuches y sus lugares sagrados.

Tercer lugar regional

Padre Las Casas

12 años



Millaguir el zorro

Vicente Painemal Rifo

En un pequeño caserío mapuche, hace muchos años atrás vivía una pequeña familia con una característica muy peculiar, tenían de mascota a un zorro, sus ojos eran cafés y su pelaje suave como la porcelana y de color oro, pero no cualquier oro, sino que el más puro y refinado que el mundo haya podido ver. Su nombre era Millaguir, que en la actualidad significa zorro de oro.

El zorro se repartía las labores con todos los miembros de la familia, junto al padre salía de caza, con la hija le gustaba correr y jugar, con la madre le gustaba acompañarla mientras hacía las labores del hogar y con el hijo le gustaba jugar, pero de forma más brusca. El zorrillo era muy querido por toda la familia y también por el resto de los habitantes del caserío.

Un trágico día de invierno, donde parecía que el cielo se estaba rompiendo, un rayo impactó en la *ruka*²⁹ y ante este evento, todos dentro del hogar quedaron inconscientes, excepto el zorrillo, quien con todas sus fuerzas intentó despertarlos, pero nadie lograba levantarse.

En un momento sucedió algo sobrenatural, su pelaje color oro comenzó a brillar y sus ojos se rodearon de una aureola roja, así empezó a sacar a cada uno de los integrantes de la familia, logrando rescatarlos a todos antes de que se incendiara por completo la *ruka*.

El zorrillo logró salvarlos a todos y lamentablemente en su último ingreso, buscando rescatar algún otro tesoro, las llamas lo abrazaron y terminó por ser parte de ese gran fuego. Ese día, el humo que siempre había sido negro, se tornó rojizo hasta su último suspiro.

Primer lugar regional
Panguipulli
13 años

²⁹ Ruka: vivienda tradicional mapuche (nota de la edición).



★
REGIÓN DE LOS RÍOS

El cuero vivo

Gido Escares Lincocheo

Un día eterno, como la mayoría de los días de agosto que había caído helada, estaba sentado a la orilla del calentador cuando mi abuelo se acercó, se sentó al lado mío y me dijo:

— ¿Quieres escuchar cómo asesiné al cuero vivo?

Si ese día sentía frío por la helada, escucharlo invitarme a oír esa historia me hizo quedar aún más helado. Acepté, porque siempre es un buen momento para las historias de mi abuelo:

"Era un día en el que, como siempre, me encontraba trabajando, habíamos conseguido unas correas de moto y me llamaron para que las pasara a devolver esa misma tarde, así que le pedí a un colega que me llevara en su auto. Íbamos de camino y cada vez la noche se ponía más oscura. Llegamos a Calafquén, entregamos las correas y quisimos devolvemos a nuestras casas, pero el camino se empezó a llenar de neblina y comenzó a caer helada, a tal punto que los vidrios del vehículo se nublaron tanto que era casi imposible conducir.

Por resguardo decidimos detenemos al costado de la carretera para pasar la noche, fue muy difícil porque hacía mucho frío y se oía un ruido estruendoso afuera como de chapoteo, pero no lográbamos ver nada y tampoco quisimos bajamos a ver, porque no se veía con la neblina.

Al amanecer, se sentía el crujir del hielo sobre el vehículo, así que me bajé del auto para investigar y saber qué era ese ruido de chapoteo que habíamos escuchado, caminé por la orilla de la carretera hasta un estero que pasaba por ahí y lo que vi me dejó perplejo. Era un cuero, un cuero bonito, color dorado que relumbraba en medio del estero...

Si tú alguna vez te encuentras con uno, no hagas tal de acercarte porque tienen mucha, mucha fuerza, lo primero que debes hacer es buscar un palo con espinas y tirárselo encima, porque así el cuero lo envuelve y se daña."

Mi abuelo no entró en detalles más profundos sobre como lo había hecho, solo me quedé con su consejo, el cual no había dicho en voz alta hasta hoy.

Segundo lugar regional
Panguipulli
14 años



Eluney, el regalo del cielo

Emilia Pérez Valdebenito

Hace un tiempo, mucho para algunos, poco para otros, vivió un hermoso niño mapuche llamado Eluney, que significa regalo del cielo. Tenía dulces cinco años, una preciosa piel color piñón y unos grandes y curiosos ojos negros. Vivía en una pequeña *ruka*³⁰ con sus padres y su *cheche*³¹ y su *chuchu*³².

Un día sus padres salieron a recolectar leña para el fogón y nunca volvieron. Así pasaron cinco largos años y nada se sabía de ellos.

Eluney tenía diez años ahora y disfrutaba de ver a su abuelo preparando el *muday*³³ mientras su abuela avanzaba con un colorido telar; era linda su vida, pero extrañaba mucho a sus padres. Una noche, como tantas otras, Eluney no podía dormir, porque se escabullía un rayo de luz de luna y le robaba el sueño, pensaba en que quizás si él mismo salía a buscar a sus padres, él sí podría hallarlos, estaba seguro de que su corazón lo llevaría hasta ellos.

Esa noche decidió armarse de valor y salir a ver si su corazón estaba en lo correcto, se levantó sigilosamente, se puso su manta y se fue caminando entre las araucarias en dirección a una laguna misteriosa que se encontraba donde terminaba la huella del camino. ¡Qué largo encontró esta vez el sendero!, la última vez que fue hasta allá con su padre le pareció más amigable, menos imponente.

Después de una larga caminata, llegó a la laguna; esta se veía diferente, quizás porque la luna reflejaba su apacible luz en ella o porque su corazón estaba más receptivo que nunca para percibir cualquier señal de sus padres, lo importante es que quedó cautivado con aquel lugar. De repente, el agua se comenzó a mover, eran movimientos suaves y ondulados que nacían desde el centro, de pronto apareció una hermosa mujer con una tierna mirada y desde un rayo de luz de luna descendió un varón al que no tardó en reconocer, era su padre y junto a él su madre, que abrieron sus brazos para estrecharlo.

³⁰ Ruka o ruca: casa tradicional mapuche (nota de la edición).

³¹ Cheche: en mapudungun, abuelo materno (nota de la edición).

³² Chuchu: en mapudungun, abuela materna (nota de la edición).

³³ Muday: tipo de bebida hecha mediante la fermentación de granos de cereales (nota de la edición).



Eluney corrió y pudo al fin acurrucarse entre ellos. Sus padres le explicaron que fueron escogidos para ayudar a la tierra y sus habitantes. Su padre había servido de guía, iluminando el camino de muchos viajeros y su madre había tenido la misión de llevar el agua, ya sea en cauce o en forma de lluvia a tantos que la necesitaban. Ellos le hicieron ver que cada vez que la luz de la luna alumbraba su rostro en su *ruka* quitándole el miedo, era su padre acompañándolo o que en cada momento en que el agua regaba su siembra o limpiaba su cuerpo era su madre, allí presente, cuidando de él.

Eluney quiso entonces ser parte de esta noble causa y decidió prestar ayuda en lo que fuera necesario, fue así como Eluney pasó a ser parte de la tierra, pasó a producir en abundancia los piñones dorados como el color de su piel, brindando así alimento y cuidando a toda la gente de la tierra.

Tercer lugar regional

Panguipulli
13 años



Ilustración: Daniela William

Los secretos de mi abuelita

Francesco Melato Muñoz

Hoy viene mi abuelita a quedarse unos días a nuestra casa y como siempre estoy muy contento por su visita, me divierto mucho escuchando sus historias, tiene un secreto para cada problema, ella dice que son secretos de la naturaleza y que lo aprendió de su mamá y su mamá de su mamá y así de generación en generación.

La última vez que nos visitó preparó milcaos; mi mamá y mi abuelita pelaron las papas, mi papá buscó leña y yo, bueno, mi trabajo fue ir a buscar las papas a la bodega en un canasto de junquillo (que es el mismísimo junco); mientras tanto mi abuelita rallaba las papas y mi mamá ponía a cocinar las demás.

Todo iba andando hasta que comenzaron los problemas. Una lluvia torrencial, viento fuerte, truenos y relámpagos y no estoy exagerando, pues así es como llueve en Chiloé. Yo con carita de susto y mi abuelita que bien me conoce me dijo que no me preocupara, se acercó al canasto en el que está la lana de oveja, tomó un poco de lana color negro y la echó al fuego de la cocina; le pregunté:

—¿Por qué haces eso?

Y me respondió:

—Para alejar los truenos.

Le dije:

—¿Por qué se alejan?

Y ella me contestó:

—Secreto de la naturaleza.

Yo me quedé pensando qué tiene que ver la lana negra con los truenos, pero en breves minutos sentí que los truenos pararon.



Comenzábamos a preparar los milcaos, yo le ponía los chicharrones junto con mi abuelita cuando: ¡puf poing, plang! ¡Se cortó la luz! Mi mamá buscó velas, pero solo quedaba una muy gastada, los celulares estaban descargados y las linternas con pila agotada, solo había una con muy poca batería. Nuevamente mi abuelita salvó la situación con una ocurrencia: hacer un mechero de nabo, dijo:

—Manos a la obra.

Mi papá y yo salimos en busca de lo necesario, primero a la huerta a buscar el nabo, luego a la bodega por la grasa de cordero que guardamos para engrasar las coyundas³⁴. Al regresar a la casa mi mamá ya había puesto a cocinar los milcaos y mi abuelita con una camisa vieja de algodón había preparado una mecha para el mechero, que nos salvó de la oscuridad y de las ansias de al fin comer los exquisitos milcaos.

Bueno, retomando la historia: yo hice un hoyo en el centro del nabo, mi papá puso la grasa de cordero en el agujero, y con extremo cuidado coloqué la tira de trapo dentro de la grasa y luego el fósforo hizo la magia, pero:

—¡Puf!, que mal olor —dije.

Entonces mi abuelita colocó en la grasa unas hojas secas de lavanda y pensé, que no cambió nada, pero bueno, al menos tuvimos luz para comer los milcaos y escuchar algunas historias y secretos de mi abuelita.

¡Ooooh!, ya llegó el bus donde viene mi abuelita. Me despido de ustedes y en otra oportunidad les contaré nuevos secretos de la naturaleza para que se los cuenten a sus hijos y sus hijos a sus hijos como yo lo haré.

Segundo lugar regional

Ancud
10 años

³⁴ Coyunda: correa fuerte o soga de cáñamo con que se atan los bueyes al yugo (nota de la edición).



Los ojos en el bosque

Renata Sasmay Davagnino

Una vez el tío Renato Cárdenas Álvarez, amigo de mi familia y uno de los más grandes investigadores de la cultura de Chiloé, me contó que vio al mismísimo Trauco, un ser horripilante de pelo largo y de una estatura poco favorable. Esta criatura vivía en el bosque y caminaba por sobre las copas de los árboles para que no vieran su horrible cara junto con su enorme nariz.

Me contó que antes había sido una persona totalmente normal, un señor que vivía solo en su pequeña cabaña. Siempre soñó con tener una esposa, alguien que lo acompañara por el resto de su vida, intentó tener pareja, pero todas lo dejaban por su feo aspecto. Con el tiempo se desesperó tanto que empezó a volverse un ermitaño, descuidó su apariencia y su casa, hasta que la gente empezó a verlo como un verdadero monstruo.

Al Trauco le empezó a interesar una joven, a la cual seguía a todas partes sin que ella se diera cuenta y, en las noches, se quedaba entre los árboles mirándola a través de la ventana para asegurarse de que no tuviera ningún otro enamorado.

Un día se encontró a la joven caminando sola por la playa y de repente, en un abrir y cerrar de ojos, la criatura se estaba llevando a la chica a su pequeña casa en el bosque para convertirla en su esposa y terminar con su soledad.

El padre de la joven estaba muy preocupado al ver que su hija aún no llegaba a casa, así que fue a buscarla a la playa, donde dijo que estaría. Al llegar a la costa, encontró huellas y decidió seguirlas para poder encontrarla, cuando llegó al final del rastro vio una pequeña cabaña que parecía abandonada, se decepcionó mucho y se dio la vuelta para regresar a su casa, pero entonces escuchó gritos diciendo:

—¡Papá!

Y fue cuando vio a la horrible criatura entre los árboles, llevándose a su hija sobre un hombro.



Decidió seguirlos hasta llegar a la playa y cuando llegaron se la arrebató al Trauco y logró llevársela en una lancha que estaba en la orilla. El Trauco, desesperado por acabar con su soledad, intentó nadar tras la lancha en la que iba el padre con su hija, pero no lo logró, así que empezó a tirar arena para formar un camino y, cuando se dio cuenta de que ya no había manera de llegar a la chica, no tuvo más opción que rendirse y regresar al bosque.

Es así como los antiguos chilotes dicen que se formó la isla de Aucar, a la cual puedes llegar caminando por una franja de tierra cuando baja la marea. Ese puente de arena que todavía se ve fue hecho por el mismo Trauco, que intentaba alcanzar a la joven que finalmente vivió para contar esta extraordinaria historia.

Tercer lugar regional

Castro
13 años



★
REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

La parte secreta del sendero

Alicia Steinmeyer Morgado

Corrió una tarde cálida en la que, de un momento a otro, se comenzaron a avecinar las suaves nubes en el cielo azul. Junto a mis amigos y nuestras respectivas familias nos encontrábamos caminando por el sendero del Pescador.

Con mis amigos decidimos jugar a las escondidas por el sendero, nuestro juego preferido. Caminé a esconderme bastante más adelante que ellos, ahí fue cuando me senté en un tronco cerca de un arrayán y me saqué los zapatos para tender mis pálidos pies sobre el musgo verde, cerré mis ojos y escuché el melodioso trinar de un chucao a mi derecha, me sentía adormilado del cansancio de tanto jugar, entonces las cosas cambiaron. Al despertar, el suelo del sendero eran unos adoquines negros y limpios, había faros entre los numerosos árboles y ya no oía a mis padres conversando cerca.

—¿Dónde estoy ahora? —susurré.

Al caminar más adelante me di cuenta de que sorprendentemente ya no me encontraba en el húmedo bosque del sendero. Este lugar tenía un aspecto parecido a Londres en el siglo XX, pero con la singularidad de que había árboles por las calles limpias y lluviosas, que eran como coigües, arrayanes, tepas e incluso arbustos de calafate, con hermosos pájaros zorzales, rayaditos y chucaos. Caminé sorprendido mientras las tenues gotas de lluvia caían sobre mí. Respiré con un gran sentimiento de calma, este era el aire de Aysén, todo era familiar, pero al mismo tiempo desconocido, me gustaba, pero también me sentía perdido. Además, las personas a mi alrededor eran muy extrañas, había una mujer con cabeza de paraguas y un vestido elegante, charlando con una chica que tenía el cuerpo parecido al de una flor de chilco, sus ojos morados me miraron un segundo, los pétalos rojos de su vestido la hacían deslumbrar. Me quedé confundido y embelesado por varios minutos. Hasta que la lluvia me estaba empapando demasiado y entré a una relojería con curiosos adornos y juguetes de madera y otros materiales para no mojarme más. Al entrar, una voz cálida me preguntó:

—¿Se le ofrece algo?

En ese momento conocí a Alamort, un hombre amable, algo serio, pero al mismo tiempo producía una sensación de calidez. Sus manos eran metálicas, pero también como las de un esqueleto, tenían un color oro opaco y cuando tocaban el vidrio de su ventana, hacían tic-tic igual que su cabeza, la cual, en vez de ser la de un humano, era la de un reloj de cuerda. A pesar



de ser un reloj sin expresiones faciales, se entendía cuando estaba feliz o disgustado con sólo oír su voz. No tuvo problema en que me quedara en la tienda hasta que dejara de llover.

—Después de todo, usualmente no viene nadie, no me molestaría —dijo.

El negocio estaba algo olvidado. Acabamos conversando como si nos conociéramos desde hacía tiempo, era un ambiente agradable y me contó una historia.

Hacía unos años, despertó sintiendo algo inexplicable, se sentía muerto. Por más que intentaba explicarles a los demás que no estaba mal de la cabeza o que estaba bromeando nadie le creía jamás, la gente dejó de visitarle porque era de lo único que hablaba, como si estuviera hipnotizado, hasta llegó al punto de cavar su propia tumba.

—También me he sentido así —dije con voz apagada, sonriendo dulcemente, y no mentía.

Entramos en confianza después de eso, yo lo entendía y él también a mí. Todo iba bien, hasta que decidí preguntar algo, la curiosidad me superó:

—¿Cómo puedes ver si no posees ojos realmente?

Él estaba con la cabeza baja, con sus metálicas manos sobre la mesa, que habían estado tamborileando alegremente, pero se detuvieron con brusquedad en silencio cuando expresé mi pregunta.

—Tengo ojos —afirmó con voz átona e inexpresiva, distinta a su tono anterior, lo cual me desconcertó—. Lo que pasa es que no puedes verlos —dijo alzando la mirada, levantó una de sus manos, la cual hizo un sonido oxidado y apuntando a su cara me miró fijamente—. Están aquí.

Y no sé si lo que en verdad me asustó en ese momento fue que creí haber visto sus ojos por un segundo, y aunque no tuviera labios podría jurar que lo vi sonreír.

Desperté nuevamente en el sendero, sin dejar de estar convencido de que lo que soñé era algo que había vivido realmente, aunque por más que me digan que algunos sueños pueden verse reales, pero no lo son, este era real para mí, en su máxima expresión.

Pero nunca me creyeron.

Segundo lugar regional

Aysén
13 años



★
REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

El equipo Condell

Tomás Matus Alfaro

Había una vez un niño llamado Mateo que vivía en la ciudad de Puerto Aysén, ubicada en la región más extrema del país. A él le gustaba mucho el fútbol, siempre jugaba con sus mejores amigos, Matías, Pedro y Alonso, los cuatros amigos eran buenos en el deporte. Un día el papá de Mateo lo inscribió en un equipo de fútbol llamado Condell.

Mateo se asombró porque Condell era el primer mejor equipo de Puerto Aysén y sus amigos, viendo sus logros, se inscribieron también. En el primer entrenamiento les fue muy bien, llegaban a casa muy cansados, pero seguían yendo a los entrenamientos.

Un día tuvieron un partido, estaban perdiendo cuatro a dos, pero después hicieron dos goles más y quedaron empatados, y así terminaron el primer tiempo. Después entraron al segundo tiempo y Condell hizo un gol más por lo que iban ganando cinco a cuatro, pero el otro equipo también hizo un gol y empataron. Terminó el segundo tiempo y fueron a los penales, primero le tocó al equipo Condell y anotó el penal, luego le tocó al otro equipo y falló el penal. Después le tocó al Condell y falló el penal, después al otro equipo y anotó el penal, iban uno a uno, después le tocó al Condell y anotó e iban dos a uno, y le tocó al otro equipo y falló, ganando el Condell.

El alcalde de Puerto Aysén fue a ver al equipo Condell y el entrenador presentó al equipo: los arqueros, Pedro y Julián. Defensas: Matías, José y Martín. Laterales o medios: Luciano, Felipe y Tomás. Delanteros: Benjamín, Mateo y Alonso; el alcalde se asombró porque tenían once jugadores que entrenaban en el Polideportivo. Un día jugaron la final de Puerto Aysén en fútbol, se enfrentaron contra el equipo Cochrane, que también era un equipo bueno. Comenzaron el primer tiempo, el Condell iba perdiendo dos a uno, pero le cobraron penal al Condell y anotó, y así terminaron el primer tiempo. Después empezó el segundo tiempo y pasó algo asombroso, Alonso se hizo una chilanita, así tomaron la delantera, ganando tres a dos hasta que acabó el segundo tiempo y así ganaron la final.

Moraleja: con esfuerzo se consiguen las cosas.

Tercer lugar regional

Aysén
9 años



★
REGIÓN DE MAGALLANES Y DE LA ANTÁRTICA CHILENA

La lluvia del campo

Bastían Oyarzo

La lluvia caía sobre la ventana, los niños corrieron a sentarse, el tata salió de la cocina con su café y unas galletas para los niños. Los niños comieron las galletas y el tata comenzó la historia:

"Había una vez dos dioses, el dios de la lluvia y el dios del viento, ambos eran muy amigos.

Un día el dios de la lluvia despertó de mal humor, mientras el dios del viento estaba cuidando el campo. El dios de la lluvia pensó que el dios del viento no lo había saludado y esto le disgustó. En un momento el campo se volvió un caos con tornados y lluvias demasiado fuertes.

Era porque el dios del viento estaba muy enojado, después de cinco horas, paró. La gente del campo estaba muy triste porque todo estaba destruido. Los dos dioses fueron al campo, la gente estaba asustada, pero les ayudaron a reconstruir el campo.

Una semana después, el campo estaba como nuevo y mejor que antes, los dioses se despidieron del lugar".

Cuando el tata paró de hablar, los niños quedaron impresionados, el perro ladró afuera de la casa. Eran los dioses que dejaron caer un poco de algodón de su nube, los niños quedaron sin palabras.

Primer lugar regional
Punta Arenas
11 años



El coleccionista

Benjamín Pérez González

Había una vez un coleccionista que juntaba cartas Pokémon. Él vivía en Punta Arenas. Un día de repente ¡PUM!, un vidrio se rompió.

El coleccionista fue a ver y vio a un ladrón que se robó una carta que estaba avaluada en un cuatrillón de dólares por lo que escapó rápidamente. El coleccionista se asombró, buscando entre el marco roto encontró huellas que iban directo a las Torres del Paine, ante eso el coleccionista dijo:

—Bueno no importa, hoy iré a las ¡Torres del Paine!

Y así nuestro coleccionista, llamado Pepe, se fue a las Torres del Paine, caminó, caminó y caminó como diez horas hasta que llegó y se encontró con un cóndor, y ¡chan, chan!, él era el ladrón.

Pepe le dijo:

—¿Ladrón, ¿dónde estás?

El cóndor respondió:

—Aquí.

El coleccionista le preguntó si le devolvía la carta, el ladrón le dijo que debía esperar 5 minutos. Pasado ese tiempo le entregó la carta. Pepe le dio las gracias y el cóndor le dijo de nada.

Segundo lugar regional
Punta Arenas
10 años



La montaña imposible de escalar

Cristóbal Puentes Guzmán

Javier había escuchado historias sobre el cuento de la montaña *inescalable*, una montaña que no se podía escalar, ya que cuando lo intentaban, un desastre natural ocurría.

Él soñaba con escalar la montaña, ya que, a sus veinticinco años, Javier había escalado todas las montañas de Punta Arenas, sólo le faltaba esa.

Después de unos meses de preparación, estaba listo, tomó todo su equipaje y comenzó a escalar la montaña. Todo el trayecto le pareció normal, pero cuando llegó a la cima y quiso poner su bandera, hubo un terremoto que lo hizo caer y se lastimó. Pero él no se rindió y volvió a escalar. Intentó colocar su bandera nuevamente, pero vino un tsunami que sacudió las costas, lo pudo observar desde arriba y se mantuvo por un buen rato.

La situación se repitió con la erupción de un volcán, luego un maremoto, luego un nuevo terremoto con tsunami, luego una tormenta eléctrica y le siguió un tornado. Por fin, Javier entendió que debía dejar esa montaña en paz, así que comenzó su descenso, de piedra en piedra.

Javier puso su bandera en la base de la montaña. Después de cinco años, él es un hombre de campo.

Tercer lugar regional
Punta Arenas
10 años



FUNDACIÓN
FUCOA 

30 años
CONCURSO
**HISTORIAS DE
NUESTRA TIERRA**



FUNDACIÓN
FUCOA

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FU**COA**
MINISTERIO DE AGRICULTURA

www.historiasdenuestratierra.cl